

JUAN

DOMINGA DE NUEVA
CENTRAL DE BIBLIOTECA

GREVILLI

A. AMIG.

PQ2235

.D6

A45



1020026390



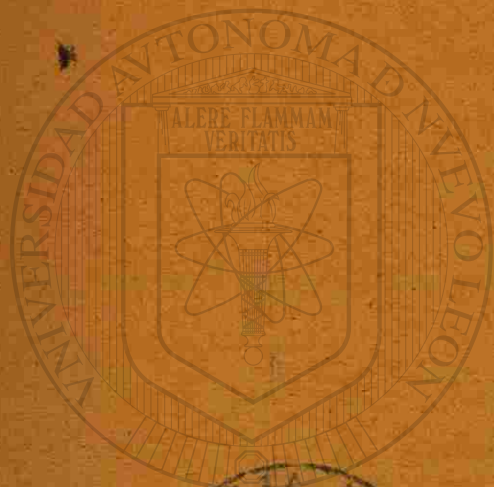
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



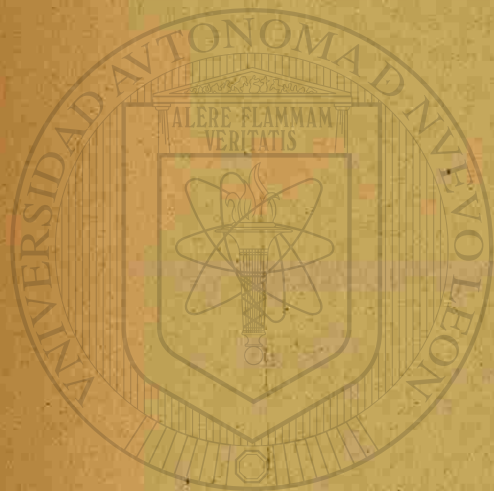
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COARRUBIAS

LA AMIGA

N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor D 948a
Núm. Adq. 30278
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 29
Catalogó _____



ENRIQUE GREVILLE

LA AMIGA

Traducción de "La Vida Literaria"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

TORIBIO TABERNER, Editor

Calle Rosellón, núm. 224

1905

099209

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVIÑO, 18.—BARCELONA

30278

823
G



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
FC

I

Pablo Brécart tiene el honor de
participar a V. su matrimonio con
la Srta. Clara Laugé
S. Martín, 15 Julio 1872.

Desde hacía largo rato, la hoja de papel satinado en que estaban escritas aquellas líneas no era á los ojos de Camila más que una mancha indescifrable; por fin la joven abrió los dedos, y la carta que entre ellos sujetaba cayó con suavidad sobre su falda... En aquel momento Camila vivía para el pasado: su imaginación se remontaba á algunos años atrás acordándose de las semanas que habían precedido al anuncio de aquella boda. Las lágrimas de todas las noches, la desesperación de todas las horas, la tranquilidad afectada de todos los días, alegres apariencias ocultando un corazón profundamente ulcerado, todo esto era lo que aquel pedazo de papel litografiado recordaba á Camila.

Estaba meditando, con la cabeza baja, cuando se abrió la puerta; la carta había caído al suelo, la joven la recogió tranquila en apariencia, y la puso entre otros papeles que había en un cajón colocado ante ella.

—Camila, ¿qué haces aquí?—le preguntó una señora anciana que acababa de entrar.

—Arreglo mis papeles antiguos, tía—repuso Camila.

—Despacha pronto; tu tío ha vuelto y tiene mucha hambre.

Camila ató con un elegante lazo el paquete de cartas, cerró el cajón, puso la llave en su portamonedas y siguió á su tía al comedor.

Era uno de aquellos pisos que aun se encuentran en algunos barrios de París, en varias calles de los barrios de Batignolles ó de la Isla de San Luis, uno de esos pisos en que el espíritu moderno no ha penetrado por ninguna rendija; todas las aberturas por las que pudiera deslizarse parecen estar tapadas por espesos burletes de prejuicios y de antiguas costumbres; el aire de 1847 aun no había penetrado bajo la forma de cortinas con dibujos argelinos, ó de muebles barnizados imitando caoba... El comedor estaba amueblado, no diré adornado, con muebles estilo imperio, tapizados de tisú y rellenos de crin; por debajo de la mesa se extendía una estera de junco blanco, cubriendo el suelo; cortinas de damasco de lana, color verde oscuro, adornaban el hueco de la ventana, y celosías pintadas de verde, cuyas tablillas chocaban mutuamente con raro sonido, cada vez que se las tocaba, impedían la entrada de los rayos del sol; delante de las sillas, había redecillas de paja para proteger los pies de la frescura del suelo, enlosado con ladrillos blancos y negros, á la vez que protegían el pavimento del natural desgaste por el calzado... En fin, todo estaba lo mismo que en el año 1848 cuando

el valiente Frogé entró diciendo que los salvajes de Noukahiva habían invadido á París para saquearlo.

El servicio de porcelana blanca, el de plata desgastado por el uso, la mantelería fina con listas azules, databan de 1840, lo mismo que la cocinera, que había perdido el gusto, pero á quien sus amos continuaban proclamando una notabilidad, á pesar de sus descuidos cada vez más frecuentes. En aquella casa todo había ido envejeciendo poco á poco, los objetos, al mismo tiempo que sus poseedores; pero nada era ridículo, pues hasta la atmósfera estaba saturada de un ambiente de seriedad que daba armonía á aquella vivienda.

El señor Frogé, sentado ante la sopera, con el cucharón en la mano, y la servilleta atada al cuello, hacía platos con la misma majestad que un sacerdote de Isis los sacrificios.

—Vamos, hija mía—dijo,—nos hemos retrasado y la sopa estará fría.

Camila se sentó al lado de su tío, dirigiéndole una sonrisa al recibir su plato, y empezó á comer. La señora Frogé se sentó en frente de ella y un beatífico silencio reinó en el comedor.

En aquel comedor, la señora se sentía alegre, á despecho del tétrico aspecto del mobiliario, los cabellos blancos y las cintas amarillas con que se adornaba, parecían prestar jovialidad al semblante de la señora Frogé.

¿Habría sido joven la señora Frogé? Podía creerse que no. Sobre aquel semblante fresco y terso, sobre aquellas mejillas de un sonrosado suave como las rosas de Bengala, en aquellos ojos azules y claros, no se veía otra expresión, que la de una calma profunda, la de

una alegría interna; no era solamente la tranquilidad, era la paz reinando sobre aquella frente lisa. Siendo joven había podido ser fea, pero con seguridad nunca fué más hermosa de lo que entonces lo era, con sus tirabuzones de un blanco plata, escapándose bajo los rizos de blonda de su cofia con cintas de satén amarillo.

La buena señora agitó una campanilla de cobre semejante á la que emplean los niños de coro en las iglesias, y se presentó la cocinera: un buen olor de lenguado al gratén vino con ella; el señor Frogé guiñó el ojo derecho á su alegre compañera.

—¿Hay alguna sorpresa?— dijo con jovialidad.—Hoy no es viernes; sin embargo, me parece adivinar...

—Que comemos de pescado; es verdad, amigo mío. He hecho una locura, la vendedora me ha asegurado que esto te alegraría...

—¡Tenía razón esa buena mujer! Veamos este lenguado...

Hundió con delicadeza el viejo trinchante de pescado en la sabrosa carne, con excesiva precaución separó los filetes, y cuando su mujer y su sobrina hubieron recibido su parte, se sirvió con satisfacción la suya, más una cucharada de setas.

—¡Demonio!— dijo con consternación después del primer bocado— ¡no están cocidas!

La anciana señora levantó las manos al cielo.

—¡Oh, Dios mío, no las habrá probado la cocinera; qué desgracia!

Los dos esposos se miraron consternados. Camila movió ligeramente los hombros y mordió su última

seta, casi cruda, como para demostrar su completa indiferencia sobre la comida.

—¿Pero te has comido eso?— dijo su tío con entonación de reproche.

—¿Y por qué no? ¿qué más da? Crudas ó cocidas siempre son indigestas.

—Camila no siente los dulzuras de la mesa— dijo con tranquilidad la señora Frogé;— es una virtud que tiene sobre nosotros, amigo mío.

—¡Um! una virtud... no lo sabía. ¿Es por ventura virtud el no saber lo que se come?

—Lo es, tío— repuso la joven sonriéndose á medias;— y es también una ventaja, pues usted experimenta ahora una decepción, por la que, si bien le compadezco, no puedo participar de ella.

Esta frase, dicha imitando las del antiguo profesor de literatura, tuvo el don de aplacarle; no sin suspirar apechugó con los filetes de lenguado, mirando con profundo desprecio las setas y concluyó la comida sin más incidente.

Los rayos de un sol hermoso, en su ocaso, penetraban por las abiertas maderas de la celosía: la señora Frogé tiró del cordón y la cortina se fué enrollando sobre el pesado cilindro: Camila que se había acercado á su tía para ayudarla, levantó la cabeza recibiendo en pleno semblante los rayos del sol que alumbraba los ángulos de las casas, las copas de los árboles, los arcos del puente y las aguas del Sena que corrían á lo largo de los muelles. Miró tantos esplendores, y ahogando un suspiro se volvió de espaldas.

—Camila, ¿estás cansada?— la dijo su tía con interés

—Lo estoy—repuso la joven sin mirarla.

Cogió un volumen encuadernado con piel y se dispuso á salir.

—¿Vas á dar alguna lección?—preguntó la señora Frogé.

La joven respondió con un ademán de cabeza.

—No vayas, estás cansada; por una vez te será fácil disculparte.

—No me gusta faltar á mis lecciones—respondió Camila continuando sus preparativos.

—Tiene razón—dijo sentenciosamente su tío.—La exactitud es la cortesía de los reyes y de los artistas.

—Buenas noches, tío; buenas noches, tía—repuso Camila—no pienso encontrarles á ustedes levantados.

—¿Volverás muy tarde?

—Tengo una sesión de dos horas para tocar el piano á cuatro manos, y me parece que no volveré antes de las diez y media.

Al decir estas frases abrió la puerta.

—En ese caso, buenas noches—respondió su tía;—coge algo para abrigarte; las noches son frescas.

—¡Y bien!—añadió su tío.—¿Te vas sin abrazarnos?

La joven volvió sobre sus pasos, presentó su frente al señor Frogé y dió un beso á su tía.

—Buenas noches—añadió atravesando el umbral.

—Ten cuidado de no coger un enfriamiento—exclamó la señora Frogé en el instante que cerraba la puerta.

Al quedarse solos, los dos esposos se miraron.

—¿Qué le pasa?—preguntó Philémon.

Baucés suspiró sin contestar.

—¡Qué idea tan extraña es la de ir á dar lecciones

de piano, cuando cien veces le hemos propuesto vivir con nosotros, como nosotros y participar de nuestro pequeño bienestar! Pero no, la señorita es orgullosa y no quiere deber nada á nadie; necesita ganarse la vida, dar lecciones y tocar de noche... ¡Si no la quisiera tanto me incomodaría por tan orgullosa ridiculez!

—No es solamente el orgullo—dijo la anciana con tristeza.

—¿Hay aún algo más?

—Se aburre entre nosotros ¡pobre viejo mío! Se aburre tanto, que cualquier pretexto le es bueno para irse. Mi querida niña tiene razón; con nuestras viejas preocupaciones, nuestras caras arrugadas y nuestra conversación antigua no somos muy divertidos. Camila es joven, le hace falta juventud, sus discípulas la divierten...

El antiguo profesor fue á hablar, pero pensando que, según el aforismo, el silencio es oro, se contentó con arrellanarse en su sillón. El rayo de sol huía, y la habitación iba cada vez quedándose más oscura; los esposos quedaron silenciosos, casi tristes.

—Sebastián—dijo la anciana.

—Isabel—repuso el viejo.

—He pensado que debíamos visitar algunos amigos, y atraer algunos jóvenes. Si Camila se divirtiese, no ten íria tantos deseos de salir de casa; estaríamos menos solos y ella más alegre... ¡Y además, tiene veinticinco años! ¡Si pudiésemos casarla!

—¿Por qué? ¡Gran Dios! No conocemos más que á personas tan viejas como nosotros...

—Sí, pero esos viejos tienen hijos, lo mismo que nos-

otros tenemos á Camila. Vienen solos, porque no invitamos á nadie más que á ellos; pero si invitásemos á sus hijos también vendrían.

—Es probable. Pero ¿cómo hacerlo?

—Sería necesario hacer á nuestros amigos y conocimientos algunas visitas y además dar una fiesta modesta.

—Un baile! ¡un baile en esta casa!—exclamó Sebastián Frogé con tanto terror que dejó caer el estuche de los anteojos.

—¡Nada de eso, Sebastián, nada de baile!—repuso su esposa con tan tierna súplica que hubiese ablandado á una roca.—Una velada. Se tocará, se jugará, se dará te, bizcochos, lo mismo que hacíamos otras veces, ya lo sabes, cuando estabas en el liceo de *Condoreet*, cuando recibíamos gente.

—¡Esto será muy molesto—objeto Frogé.

—¡No tanto, ya lo verás!.. ¡Y además, Sebastián, es una obligación! Hemos adoptado á Camila, considerándola como nuestra hija, la dejaremos nuestra fortuna, y es obligación nuestra hacerla que frecuente la sociedad, casarla.

—¡Casarla! ¿Y nosotros que haríamos sin ella?—exclamó con sencillez el profesor

—¡Lo que pudiéramos, pobre viejo mío!

Los jóvenes se casan y los viejos se quedan solos. Es la ley común.

—¡Pero no es justa!—exclamó Sebastián exasperado; cuando se vaya, nos quedaremos tristes lo mismo que dos buhos!

—¿Prefieres que pase el tiempo llorando sola como ahora lo hace!

—¿Llora?—preguntó el buen hombre emocionándose de pronto.

—Cuando fui á buscarla para comer estaba llorando y leyendo cartas antiguas, puesto que la hallé con un paquete de ellas en las manos.. ¿No has pensado que ame á alguien, que pueda ser desgraciada?

—¿Pero en este caso—dijo Frogé lleno de esperanza—si ama á alguien, puede permanecer fiel á este amor, y esto la impedirá casarse?

—Precisamente es lo que no debe hacer, Sebastián; es necesario que olvide y que se case; solamente así sería feliz y no viviendo con el recuerdo de sus tristezas.

Al ver desvanecerse su esperanza, Frogé puso mala cara.

—Viejo mío, no hay que ser egoístas,—dijo Isabel, colocando con dulzura su mano sobre el hombro del profesor;—hay que pensar en la felicidad de los otros, y además, es que tú y yo no hemos de permanecer juntos para morir uno al lado del otro lo mismo que hemos vivido?

Sebastián besó piadosamente la mano de su fiel compañera.

—Es igual—dijo lanzando un profundo suspiro;—había pensado que ella nos cerraría los ojos, y que cuando uno de nosotros muriese ayudaría al otro á tener paciencia y esperar resignado la hora de su muerte.

—Somos dos egoístas, amigo mío; su felicidad no estriba en cuidar á dos viejos y en consolar á uno; se casará, lo mismo que hicimos nosotros, y será feliz como nosotros.

—¡Dios lo quiera!—repuso Sebastián con lentitud.—

Hemos tenido nuestras penas, mujercita mía; pero también hemos sido muy dichosas. ¡Pues bien, que se case, puesto que es necesario! Pero ¿con quién?

Pasaron revista á todos los hombres que conocían, quedando de acuerdo en que ninguno era digno de Camila. ¿Sería preciso crearse nuevas relaciones? ¡Espantosa perspectiva ante la cual el repentino heroísmo de Sebastián retrocedía de antemano! Pero Isabel era más valiente y convinieron en que darían una velada con té y bizcochos.

Los proyectos futuros ocuparon dos horas á los esposos que aun no se habían dormido cuando volvió Camila. Durante un momento prestaron atención al ligero ruido que la joven hacía en su gabinete; luego reinó silencio completo.—Isabel—dijo en voz baja el profesor—me parecé que no se ha acostado.

—No—repuso la señora Frogé;—aun no se ha quitado las botinas, conozco el ruido que hace cuando las deja caer.

—¿Qué es lo que puede hacer?—preguntó el viejo con inquietud al cabo de un instante.

La señora Frogé se levantó del lecho con suavidad acercándose á la puerta de comunicación.

La luz de una bujía se escapaba por el ojo de la cerradura; la buena señora, después de un instante de vacilación se agachó mirando por aquel observatorio natural. Se enderezó en seguida regresando al lado de su marido.

—¿Y bien?—preguntó éste con nerviosidad.

—Miraba un papel que había ante ella.

—¿Eso es todo?

—Sí.

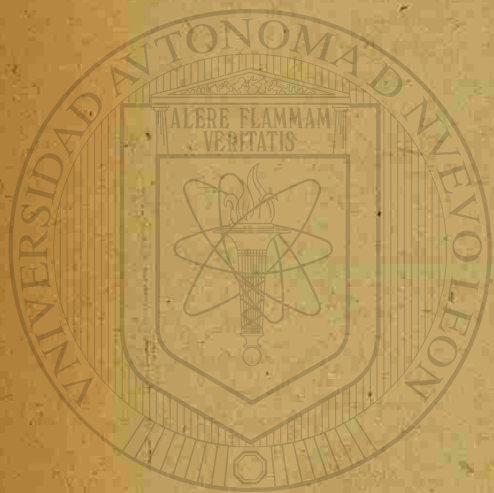
—¿Lloraba?

—No.

Los viejos, inquietos y mudos, escucharon durante largo rato sin que nada anunciase un cambio en la habitación de Camila. Al fin la joven se levantó despacio, puso la carta en el cajón de donde la había sacado y se acostó sin hacer ruido.

—Hay que casarla—dijo en voz baja Frogé completamente convencido de que era necesario.

Su mujer le respondió estrechándole la mano, y se durmieron en seguida fatigados de la larga velada y tristes hasta el fondo de sus buenos corazones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

II.

Al siguiente día, durante la comida, la señora Frogé, se hizo hacer por Camila un relato exacto de sus ocupaciones; la joven daba lecciones á algunas familias, numerosas en su mayoría y la ocupaban bastantes horas. Este trabajo era el único que hubiese tenido el consentimiento de los esposos Frogé, pues Camila fue adoptada por ellos siendo huérfana y sin fortuna personal.

Las lecciones habían sido buscadas por antiguos amigos de la casa en condiciones excepcionales que permitían á la joven envanecerse de su independencia, á la vez que tener un refugio y una protección en aquel hogar; los beneficios que obtenía con aquellas lecciones, le permitían obsequiar á sus tíos con algún regalito y atender á las necesidades de su modesto vestuario; pero no consistía en esto el principal atractivo. Como había adivinado su tía, Camila se aburría soberanamente en aquella casa burguesa; soñaba en otra cosa, en una vida, si no más novelesca, al menos más agitada, en un círculo menos mezquino, en una sociedad más moderna; sus lecciones, durante algunas horas, la hacían vivir en aquel ambiente, y por eso le eran tan queridas.

Camila no sentía pasión por su arte, del cual había hecho un oficio; otras encuentran en la música un algo

que llene su vida, un medio de satisfacer la necesidad de lo ideal; pero nada de esto sucedía á la joven profesora de piano. Daba bien las lecciones porque su natural era bueno y su sentimiento artístico no estaba tan desarrollado que la hiciese sufrir con los errores de sus discípulas.

Con una paciencia imperturbable corregía las faltas y marcaba el compás; respetaba de tal modo á los maestros que no permitía modificación en lo que escribían; si el texto llevaba nota falsa, por un error de impresión, no era de aquellas que se atreviesen á reparar el error; y la alumna y la profesora tocaban cien veces la misma sonata sin notar en que faltaba un sostenido en donde el impreso marcaba un bemol.

Camila, por regla general, era querida de cuantos la trataban, su indiferencia para todo lo que indirectamente no la concernía, se ocultaba bajo una sonriente cortesía; consideraba la amabilidad como una obligación; ejer ciéndola con tanta generosidad que se hubiese sorprendido si alguien la se hubiera acusado de ser egoísta. ¿Ella egoísta? ¡Gran Dios! ¿No se pasa la vida procurándose los medios de no ser gravosa á nadie? ¿Quién podía tener en este mundo más nobles aspiraciones que ella? ¿Quién se había dedicado al bienestar de los otros más que ella?

Seguramente nadie; hacia siete ú ocho años que los pensamientos filantópicos habían agitado el corazón de Camila; pero herida por un dolor intenso, imprevisto, había descuidado algo los dolores de los demás para cuidarse de su propio y dolorido corazón.

En 1871, al quedarse huérfana, abandonó la pequeña

población de San Martín de los Baños, para ir á vivir con los esposos Frogé; de su apartada provincia trajo algunas ridiculeces, de las que se libró pronto, y una rectitud de espíritu que debía durarle más tiempo; sin embargo, el trato de gentes modificó su exterior y su deseo de agradar la hizo más sociable hasta en el fondo de su alma: con sus grandes cualidades el firme amor para el deber, y un culto entusiasta para la virtud, Camila vivía reconcentrada en sí misma; no era dichosa y no sabía dar la felicidad á los demás.

Cuando la señora Frogé estuvo segura de que su sobrina no conocía á nadie que pudiese aportar un elemento á la sociedad que ella quería atraer á su casa, le participó su deseo de recibir á algunos amigos.

—¡Pero tía, es eso verdad!—repuso Camila sonriéndose.—¡Quiere usted dar reuniones; mi tío quiere remozarse: será esto muy divertido!

—¡Señorita, es usted una picarona!—dijo el tío encantado al verla sonreír—¡usted no respeta nada! Es por usted y no por vosotros, por lo que queremos volver á la sociedad.

—¿Es por mí, tío—dijo en seguida la joven poniéndose seria.—Le suplico á usted que por mí no hagan nada. ¡Se lo ruego con mucha seriedad! No quiero molestar á nadie. No cambien sus costumbres en lo más mínimo, no me consolaría nunca de haberles causado el menor contratiempo y...

—Tu tío se burla, Camila—interrumpió la señora Frogé lanzando á su esposo una mirada de reproche—he sido yo quien ha hallado esta vida que llevamos muy monótona y me he propuesto divertirme un poco. La

vez me hace ver siempre las mismas cosas y las mismas caras. El jueves próximo daremos una reunión —¿Conoces á alguien á quien quieras invitar?

—No, no—repuso con laconismo Camila.

Después permaneció silenciosa durante toda la velada, y durante los días siguientes, tuvo la señora Frogé que ocuparse por sí sola de todos los preparativos para la reunión. Sin embargo, el jueves siguiente, Camila preparó algunas golosinas, limpió los platos y la vieja vajilla de plata, que databa de la época de la Restauración, y de la que apenas hacían uso. El clásico azucarero con garras de león, limpio, brillante, centelleaba sobre un plato, y las tazas en orden de batalla se alineaban sobre el *bufet*.

Daban las ocho en el instante en que Camila se inclinaba sobre el espejo, para consultarle por última vez; había acogido la idea de sus protectores con indiferencia; pero al pensar que aquella fiesta era sólo por ella hizo subir á su semblante un ligero rubor de satisfacción. Después de todo le era muy dulce sentirse reina de la velada y sintió un placer que no había experimentado jamás. En la pequeña población de San Martín, donde pasó los primeros años de su juventud, su padre no tenía bastante fortuna, ni relaciones para que la joven pudiese exhibirse; pasaba por ser una de las más bonitas de la comarca, ¡pero de qué la servía! ¿Si al menos se hubiese dado un baile en su honor?

Hay algo mágico en el cerebro que á veces extravía á las personas, y á veces también las hace conquistar las simpatías de los demás; por ellos las criadas de los otros van á buscar coches, aunque sea gruñendo; por

ellos se riñe á la modista y adquiere importancia la lavandera; por ellos el confitero se presenta corriendo llevando en equilibrio sobre el tablero con blanco mantel un ramillete; por ellos se arreglan las mesas, se encienden las bujías, se alinean las sillas á lo largo de la pared; todo esto en honor de un semblante blanco ó moreno, de un par de ojos azules, grises ó negros. Cuando se es hija de un ministro, se invitan á tres mil personas y se hacen gastar cuatrocientos mil francos; cuando se trata de Camila Frogé, se gasta menos y se invita á menos gente; pero el placer es probablemente lo mismo.

Camila contempló en el espejo su frente tal vez un poco estrecha; sus cabellos castaños ondulados; sus magníficos ojos azules, muy variables en expresión hasta el punto que algunas veces cambiaban de color, desde el azul casi negro de los mares tempestuosos, hasta el azul celeste de los lagos; los rasgos eran regulares, y la sonrisa de triunfo que apareció en aquel hermoso semblante le dió lo que con más frecuencia le faltaba, una expresión alegre.

La joven se había puesto un traje de lana gris; la más austera sencillez presidía siempre á su tocado: sin embargo, se había puesto un ramito de tempranas rosas de Mayo, en los cabellos, y otro en el pecho; este era el único lujo que quería permitirse. El diablo nada perdía con esto; el lector puede estar convencido de ello. Entró en el salón, en el instante en que su tía, inquieta por no verla se esforzaba en cumplimentar á la vez á dos visitantes, misión muy superior á sus fuerzas. Camila se sentó ante ella y después de los treinta segundos de em-

barazo, indispensables á toda presentación, la señora Frogé se sorprendió al ver á su sobrina tan al corriente de lo que se decía y hacía en aquel gran París que era tan desconocido para ella.

Se puede vivir en París y no conocer nada de él; es una de las cosas que le hacen superior, é inferior, según quiera tomarse, á la población más insignificante de provincias.

Desde hacía veinte años, la señora Frogé vivía en la Isla de San Luis y apenas había salido treinta veces de ella. Es uno de los benditos rincones en que el hombre sedentario puede hacerse un nido y vivir apartado de todas las cosas: así es la Isla de San Luis y no es este su menor encanto. Así se explica el asombro de la buena señora, oyendo á Camila hablar de las nuevas vías de comunicación, del boulevard de San German, de la próxima Exposición, de los tranvías de vapor...

—¿Tu vas en semejantes máquinas? preguntó con horror la señora Frogé, en el momento que la campañilla anunciaba una nueva visita.

—¡Me es necesario, tía —respondió Camila con una sonrisa molesta y algo melancólica;— ¡de no hacerlo, nunca podría ir á dar mis lecciones tan lejos como voy!

El interlocutor de la joven la miró con curiosidad. Era un hombre de cerca de cuarenta y cinco años; pero que según la expresión vulgar, parecía *joven para su edad*. Todo el mundo ha visto tipos derechos, bien formados, de aspecto militar, robustos sin ser obesos, algo calvos, hasta con algunas canas pero de tinte fresco, vivo mirar y conjunto agradable; suelen ser buenas per-

sonas y muy buscados para esposos. El que nos ocupa, era jefe de oficina en un ministerio, y esperaba ascender, pues tenía buenos apoyos.

¿Cómo fué Gustavo Mirmont invitado á la reunión de la señora Frogé? Esto sería difícil de explicar, si en otro tiempo no hubiese sido uno de los discípulos más brillantes del profesor. Este, sin pensar lo que podría suceder, le había recomendado tanto, apoyado con tanto interés, que la recomendación de Sebastián fué la fortuna de Mirmont. Ocurren en el destino misterios muy extraños; un profesor bonachón alaba á su discípulo, lo oye un ministro, hay una plaza vacante, y empieza la buena suerte; es una cuestión que no tiene mérito ni hay intriga en ella; es un conjunto de felices casualidades.

Mirmont no creía en las casualidades felices; tal vez porque la habían favorecido mucho, ó por pensar siempre que el honrado Frogé tenía más poder y habilidad del que realmente poseía el viejo profesor y este error le había hecho guardarle infinidad de atenciones. Mirmont, que se preciaba de atento, agradecido y generoso, el primero de enero enviaba con puntualidad á la señora Frogé una lujosa caja de dulces y á su esposo un bote de tabaco prensado y rapé, molido exprofeso, para él, en la fábrica de tabacos, en donde Mirmont tenía muy buenas relaciones.

Camila respondió á la mirada de Mirmont con una sonrisa que significaba:

—Dios mío, sí, señor, voy en tranvía y doy lecciones de piano. Ya ve usted que á pesar de todo esto se puede ser muy bonita y no mal educada.

Si Camila hubiese sido una joven como todas las de-

más, crecida en el seno de su familia, teniendo una dote aceptable y acostumbrada á no hacer ningún trabajo manual, Gustavo Mirmont tal vez no se hubiese ocupado de ella. Aquel solterón había esperado con paciencia tener una posición que le permitiese hacer un casamiento brillante, se sentía con paciencia para esperar más tiempo. Pero Camila se ganaba el sustento, Camila era independiente y sola y se convirtió para él en un objeto de estudio muy interesante. Mirmont tenía una teoría completa sobre las jóvenes que atienden á sus necesidades, esta teoría no se revelaba en su lenguaje, preciso es confesarlo; pero Mirmont acatando todo lo que se quiere que se acate, tenía un alma profundamente excéptica.

Camila no era ingenua, en el sentido usual de la palabra, no se recorren impunemente las calles de París durante algunos años; un día ó otro, la mujer más honesta acaba por oír que le dicen que es muy hermosa, bajo una forma más ó menos velada: la joven leyó con claridad en el semblante del funcionario la impresión que sus palabras le habían producido y una cólera sorda se despertó en su corazón. ¿Por qué la despreciaba aquel hombre que no la conocía? ¿Por qué razón pensaba fuese menos digna de respeto que cualquiera otra joven? La idea de humillar á aquel hombre ante el cual se veía humillada, germinó, desarrollándose de repente en su corazón.

—Se verá obligado á ser respetuoso, si yo lo quiero, —se dijo la joven—podré hacerlo, las circunstancias me ayudan, y le pondré en ridículo ó le haré sufrir.

Se levantó sin afectación, para reunirse á su tía. Mirmont pudo admirar la naturalidad de sus movimien-

tos, la gracia de sus pasos, los encantadores pliegues que formaba sobre su cuerpo admirable la cachemira gris; pudo también admirar las abundantes trenzas de sus cabellos, en los cuales la joven no llevaba prestados relenos; el brillo de su cutis, la dulzura de sus ojos y la afabilidad de su sonrisa; pudo admirar todo esto con calma, pues pasaron más de dos horas antes de que le fuese posible cambiar una palabra con la señorita Frogé, quien parecía haberse olvidado de su presencia.

El té con pastas hizo su aparición, y la señora Frogé revisaba alegre y satisfecha que había de todo bastante para servir á los invitados, cuando una señora anciana, natural de San Martín, que estaba sentada en una mesa de juego, dijo de repente abandonando las cartas:

—¿Y su amiga de usted, la pequeñuela Laugé, que se casó con un tal Brécart, un ingeniero, si no me equivoco, que ha sido de ella?

La joven notó que todas las miradas se fijaban en ella, y especialmente la de Mirmont: venciendo la opresión que de repente acudió á su garganta, repuso con entonación tranquila, aunque un poco velada:

—No sé nada, hace tres años que no tengo noticias suyas,

—Si usted las quiere, yo se las puedo dar—añadió un señor anciano que jugaba al *ecarté* con el profesor; el año pasado, mi sobrina tuvo ocasión de entrar en relaciones con la señora Brécart, que según me ha dicho es muy agradable, pues mi sobrina fué á tomar aguas á San Martín; creo que hay allí aguas minerales, ¿no es así?

—Si, señor—repuso Camila con la misma entonación.

—¡Pues, bien!—continuó el implacable machacón sin pensar en el suplicio que hacía sufrir á Camila—mi sobrina se cartea con la señora Brécart, y hace pocos días ha sabido que su esposo ha sido nombrado profesor de la escuela central de París...

—¡Tan joven; si no pasa de los treinta y cinco años, exclamó el señor Frogé.

—Según he oído decir, es hombre de escepcional valía, se asegura que merece tan halagüeña distinción...

—Camila, tú debes conocerle—dijo el señor Frogé mirando á su sobrina.—Tú eras muy amiga de la Laugé, debes también saber qué clase de persona es el señor Brécart. ¿Es buena?

—¿En qué sentido quiere usted decirlo?—replicó la joven con la misma entonación tranquila y velada.

—No me refiero á su figura—respondió el tío riéndose—ya sabemos que los ingenieros son unos muchachos arrogantes, pagados de su mérito. ¿Qué pensaban de él en San Martín?

Camila fijó sus miradas sobre la concurrencia; todos aquellos provincianos esperaban su contestación como se aguarda un acontecimiento; la mirada que le dirigió Mirmont le pareció más investigadora de lo que las conveniencias permiten: detuvo sobre él su mirada fría é indiferente y haciendo un extraordinario esfuerzo de voluntad pudo responder con clara entonación:

—El señor Brécart pasaba en San Martín por ser un hombre serio, instruído y muy inteligente. Sus méritos son los que le han hecho alcanzar la mano de la señorita Laugé, que era rica, pues él no poseía bienes. Nunca he oído hablar de él más que con elogio.

Se volvió como para indicar que este punto estaba agotado; las conversaciones siguieron su curso, pero ella no oía nada; la idea de que Pablo Brécart iba á venir á París, abrasaba su cerebro haciéndole daño. El señor anciano, cuya sobrina había ido á San Martín, la detuvo al pasar á su lado.

—En este momento la señora Brécart debe estar en París—le dijo;—puesto que usted es amiga suya, supongo se alegrará mucho de verla; está en el hotel Louvois y piensa instalarse definitivamente aquí; cría á su hijo por sí misma.

—¡Ah!—exclamó Camila con el corazón oprimido—¿tienen un hijo?

—Un niño hermosísimo, según me ha dicho mi sobrina. No lo olvide usted, es el hotel Louvois, que está en esa plaza en que hay una fuente. Yo le aconsejaría que le escribiese.

—Ya me acordaré—repuso Camila.—¿Tienen un hijo? ¿De qué edad?

—De dos ó tres años...

Camila salió fuera del salón deteniéndose en el comedor, desierto y menos alumbrado. Por la abierta ventana penetraba de lleno la claridad de la luna. Camila se aproximó á aquella apoyando las manos en el marco.

—¡Tres años!—murmuró.—Tiene un hijo de tres años... Es una esposa feliz, una madre dichosa... Y yo...

Se retorció las manos con desesperación, esforzándose para no gritar sintiendo los latidos de su corazón oprimido.

—¡Nada, nada, jamás! se dijo en voz baja y sus manos cayeron á lo largo del cuerpo inertes, como después

que se sufre una convulsión. Pero sobre todo que no los vea. ¡Dios mío, hazme sufrir cuanto te plazca, pero que no los vuelva á ver!

Fué casi un grito lo que dejó escapar.

Espantada de su propia voz, se volvió; estaba sola, nadie la había oído. Pasándose con rapidez la mano por sus ojos secos y ardientes, se dirigió hacia el salón.

Cerca de la puerta halló á Mirmont que esta vez evitó mirarla.

Casi segura de que la había observado fué ella quien le interrogó con la mirada, pero le fué imposible descubrir nada.

—¿No tocará usted un poco?—le preguntó con exquisita dulzura.

—No, caballero, toco mucho por necesidad y no lo hago nunca por placer—repuso la joven con encantadora sonrisa.

—Pero ¿y los demás?—insistió el galante solterón.

Camila levantó los hombros como para indicar que no se ocupaba de los otros.

Mirmont replicó con una discreta sonrisa, se miraron y ambos se pusieron á reir.

—Bueno, pues, hablemos—dijo Mirmont presentándola con galantería una silla.—¿Le gusta á usted el teatro?

Conversaron cerca de media hora, luego Mirmont se levantó, convencido de que Camila tenía un secreto y era muy hábil para ocultarle. Se prometió descubrirlo y servirse de él, si así le fuera posible.

Cuando todos se fueron, los esposos Frogé se entusiasmaron á duo al ver el buen orden que reinó en su reunión, cuya armonía nadie había turbado.

—¿Y tú, Camila, has pasado bien la velada?—le preguntó su tía en el momento en que se separaban para acostarse.—Debes estar contenta de volver á ver á los Brécart, reanudarás tu antigua amistad.

—¡Yol...—repuso Camila cerrando la puerta de su gabinete—¡Mientras no les vuelva á ver!—se dijo al estar sola.—¡Es mi única esperanza, mi única salvación!

III

Durante ocho días, la señorita Frogé, cumpliendo con sus rutinarios deberes, se guardó mucho de pasar por las inmediaciones del hotel Louvois, esforzándose hasta por olvidar el nombre de Brécart.

Sus tíos, fatigados por el inmenso esfuerzo que tuvieron que hacer para dar su reunión, reposaban en dulce somnolencia con voluptuosidad; sus tazas de porcelana, vueltas á poner en el aparador, sus cucharillas de té alineadas en el orden de costumbre, las sillas y sillones colocados de nuevo en su sitio, todo aquel hogar puesto en regla, correcto y monótono, les parecía un paraíso perdido y vuelto á encontrar. Además, un sentimiento de legítimo orgullo henchía sus corazones al pensar el éxito que alcanzó aquella reunión.

—¡Cuando pienso que no me han roto nada!—decía la tía Isabel;—¡ni aun un platillo!

Los esposos interrogaron á Camila con infinito mimo. ¿Este le había parecido muy amable? ¿Aquél no era un muchacho agradable? Camila respondía no haberse fijado en la amabilidad de uno, ni en lo agradable del otro. Y entonces los buenos ancianos inclinaban la nariz sobre sus platos y se preguntaban con terror si sería necesario repetir la fiesta.

—El único hombre que he encontrado interesante — declaró un día Camila, molestanda por aquel interrogatorio — es el señor Mirmont; es desagradable, pero inteligente.

—Desagradable! ¿Tú crees que lo és? ¡Un hombre tan bien educado! — exclamó su tía.

—¡Un hombre que merece tantas consideraciones! — añadió su tío Sebastián. — ¡Mi mejor discípulo! ¡Un hombre que ha de ocupar un puesto elevadísimo! ¡Desagradable! ¿En qué le has hallado desagradable? ¡Si es el hombre más atento que conozco!...

—Tío, en efecto, es muy atento; pero yo me entiendo aunque no me sepa hacer comprender; es muy amable, usted tiene razón, muy respetable, y sin duda más digno aun de consideración.

—Seguramente — dijeron los dos esposos á la vez.

—¡Tanto mejor tío; tanto mejor, tía!

La conversación paró de pronto; los esposos Frogé se miraron consternados. La idea de que una persona tan respetable pudiese entrar en relaciones con su sobrina, nunca había cruzado por su imaginación: pero ¿no era aterrador el que un hombre tan amable como Gustavo Mirmont hubiese desagradado á la joven? La señora Frogé se propuso hablar á Camila de este asunto cuando hallase un momento favorable, pues la buena señora, sin atreverse á confesárselo, sentía que su sobrina le causaba algún temor, viendo su repentina frialdad cuando siempre fué con ella tan expansiva.

Camila era estoica á su modo, fué sin buscarlo, cuando á pesar suyo, arreglando los papeles halló el escrito en que se le participaba el matrimonio de Paul Brécart.

¿Acaso era culpa suya el que los esposos viniesen á París, donde residía ella desde hacía algunos años?

De todo esto nada tenía que reprocharse; á veces puede decirse que los acontecimientos se ensañan con uno, el nombre que quiere olvidarse, repercute en nuestros oídos; los indiferentes trabajan sin piedad con sus palabras banales contra nuestra alegría, á veces pasan por la calle silbando una canción; y sin saberlo hacen que amargas lágrimas broten de vuestros ojos, y el primer nombre que vuestra distraída mirada lee en un periódico, es el del ser que queréis olvidar.

Indudablemente, era culpa de las circunstancias el que Camila se viese obligada á hablar de los Brécart y á pensar en ellos; pero no debía permitir que su recuerdo preocupase de nuevo su existencia; ¡debía olvidarlo á toda costa! Sin saberlo, Camila era una mística; creía en la mala influencia de la carne sobre el espíritu; para mortificar su alma, torturó su cuerpo. Durante quince días, no bebió más que agua; se privó de toda alimentación regular, no comiendo más que pan y legumbres y prestando no tener apetito, suprimió el desayuno. Esto aun no era bastante; durante las noches, se puso á leer libros místicos, obras de moral, hasta que sus ojos hinchados por el sueño, no podían distinguir las letras; por la mañana se levantaba á la débil claridad del alba despertada por el primer grito de las golondrinas, daba largos paseos á pie, regresando fatigada, rendida tanto en lo físico como en lo moral, incapaz de pensar y contenta de sí misma.

—¡Será necesario — se decía con alegría — que obligue á mi corazón á no amar al esposo de otra mujer?

En efecto, creyó haber olvidado. Cuando abatió á su inteligencia y á su fuerza, creyó haber muerto á su amor, y en verdad estaba tan rendida que el nombre de Pablo, cesó de soliviantarla y la orgullosa Camila creyó que jamás volvería á mortificarla.

Hay seres que soportan su cruz con paciencia, y la arrastran trabajosamente por todas partes, humillados de sufrir, pero resignados con su humillación; Camila no era de estos, quería ser perfecta. No podía tolerar una mancha sobre el manto de armiño con el que se cubría con tanto orgullo.

—Hago todo lo que puedo, todo lo que debo hacer— se decía—y cuando falto á mis deberes, también sé castigarme.

Se castigaba, como hemos dicho, mortificando su envoltura mortal; pero su orgullo indomable, una vez rota la resistencia, triunfaba con más fuerza. Así es, que cuando notaba que el pensamiento fijo en Brécart y en su esposa, la dejaba tranquila, se envanecía de su fuerza de voluntad y de su valor.

—Todo el mundo hace lo que quiere—se decía;—los débiles son los únicos que no pueden vencerse.

Camila, al cabo de quince días, se sintió segura de sí misma, hasta el punto que dejó de evitar el paso por el hotel Louvois, pues hasta entonces daba la vuelta por la calle de Richelieu. Con resolución pasó por delante del hotel cada vez que sus ocupaciones la llevaban hacia aquella parte, y al pasar por delante de la plaza, se atrevía á lanzar una mirada de desdén sobre la fachada del hotel, medio oculta por la arboleda.

—Después de todo—se decía,—no es tan terrible el

pasar por aquí; si tuviese gusto en encontrar á Clara estoy segura de que no la encontraría.

De este modo, pasaron quince días más; una tarde, apresuró el paso para llegar pronto á su casa, cuando á eso de las seis, Camila, que regresaba un poco tarde, en la calle de Rívoli, cerca del Louvre oyó una voz juvenil y alegre, pronunciando su nombre.

—¡Camila!

No tuvo que preguntar quién la llamaba, pues una mano se posó sobre su hombro.

—Clara—dijo deteniéndose con brusquedad.

Ante ella estaba una mujer joven, casi rubia, con ojos oscuros, muy dulces y muy grandes: con hermosa sonrisa, dientes blancos, hoyuelos en las mejillas, y un indefinible aspecto de honestidad resplandeciendo en todo su ser. Tendió á Camila su mano izquierda, pues con la derecha sujetaba un cochecito de niño.

El niño miró á Camila al coger la mano de su antigua amiga. Era un muchacho robusto, con los ojos lo mismo que su madre; cabellos negros rizados, como los del padre; su mirada seria se detuvo sobre el semblante de Camila, y la contempló mientras hablaba, con la firmeza de esos seres pequeños, para quienes la cortesía es completamente desconocida.

—Camila, ¡qué feliz casualidad que nos hayamos encontrado! Hace días que quería ir á verte, pero cuando una monta casa, no le queda tiempo para nada... Mi Félix Brécart, ¡oh, puedes abrazarle, no soy celosa! ¡Hay madres que no les gusta que abracen á sus hijos, á mí me agrada.

Camila se inclinó sobre el muchacho, que la seguía

murmurando, y le besó en la frente; pero probablemente Félix halló demasiado ceremoniosa la caricia, pues extendió sus manecitas regordetas rechazó con fuerza á Camila, después que le hubo abrazado, y continuó mirándola con fijeza.

Clara se puso á reír.

—Está muy mal educado, ya lo ves, pero... en una edad tan tierna... ¿qué raciocinio se le puede pedir? ¡Ah, Camila! ¿Te recuerdas del colegio de la señora Boucin, cuando tú representabas el papel de Atalía y yo el de Josabet? ¡Siempre me ha tocado representar el papel de madre!

—No sin esfuerzo—Camila le respondió.

—¿Te has instalado en París?

—Sí; en la calle del Rívoli, esquina al boulevard Sebastopol, con vistas que dan sobre la arboleda de la plaza del Chatelet; ¡son divinas! Sobre todo por la noche á la salida de los teatros. No puedes formarte una idea de ello, y más cuando llueve. Además, paran muchos vendedores de naranjas. ¡Qué divertido es París! ¿Cuándo vendrás á verme? ¡Has de comer con nosotros! ¿Quieres venir mañana?

—Mañana, no puede ser—respondió con lentitud Camila.

—¿Entonces, pasado mañana?

—Pasado mañana, tampoco—dijo con tristeza la joven luchando consigo misma y sintiéndose vencida.

—¡Qué pesada eres! ¿Vendrás el domingo? Mi esposo estará en casa toda la tarde. Vendrás temprano, ¿no es verdad? Ven á las cinco, comemos siempre á esa hora, porque el niño necesita comer temprano. ¿Es cosa hecha?

—Sea—repuso Camila;—hasta la vista.

—¿Y mi marido? no me has preguntado por él. ¡Antes eras muy amiga suya! ¡Siempre hermoso, siempre encantador! ¿Te pones colorada? ¿Parece que quebrante tus principios? Me parece que una esposa tiene derecho á que su marido le parezca encantador? al menos así lo presumo. ¿Tú sigues siendo *metodista*? Bueno, no te incomodes por lo que te digo; hasta el domingo.

Empujó el cochecito, poniéndole en marcha, y dirigió á Camila un postrero y cariñoso ademán. El niño se volvió con brusquedad para contemplar de nuevo el semblante de Camila.

La joven regresó á casa de sus tíos en una situación semejante á la del sonambulismo.

—¿Quieres que el domingo vayamos á San Cloud?—le preguntó su tía.

—¿El domingo? No, muchas gracias, porque he encontrado á Clara... á Clara Brécart y me ha convidado á comer.

Los dos esposos se quedaron asombrados; Camila tuvo que relatar su encuentro: cuando la joven se retiró Frogé dijo á su mujer:

—Ya lo sabes, puesto que Camila no quiere ir á San Cloud, iremos nosotros, solos, como en nuestra buena época.

—¡Sebastián, qué idea tan extraña! ¿Los dos solos?

—Como dos enamorados. ¿Por qué no? ¡Hemos sido tan felices visitando esos lugares!

Y en efecto, al siguiente domingo, los dos ancianos fueron á visitar San Cloud.

IV

—¡Al fin!—exclamó Clara en el instante en que Camila penetraba en su saloncito—después de hace algunos años podemos conversar con libertad. Tengo mil cosas que decirte y lo menos dos mil que preguntarte. Ante todo abrázame. ¿Por ventura entre dos amigas antiguas como nosotras basta un apretón de manos?

Camila se dejó aplicar dos besos en las mejillas, sentándose en una marquesita.

—Ante todo, ¿por qué has dejado de escribirme?—le preguntó Clara.

—No he dejado de escribirte, son las circunstancias—repuso la joven con lentitud.

—¿Las circunstancias? ¡Dí la perezal! Siquiera hubieras contestado con dos renglones á la carta en que te participaba mi casamiento. ¡Pero cá! Ni siquiera una tarjeta. En fin, se te perdonará esto y todo lo demás.

Camila reprimió un ademán; la palabra perdón hería sus oídos.

—¿Siempre tan orgullosa?—dijo Clara sonriéndose.
—Eres una romana, estoica ante el dolor, y acorazada de orgullo ante los accidentes de la vida... Eres un carácter superior.

—He cambiado mucho—repuso Camilia ocultando su altanería.

—Entonces, tanto mejor, ó tanto peor—replicó Clara sonriéndose.—Vamos, no te pongas seria, pues ya sabes que te quiero tal como eres. Sin embargo, yo no he cambiado, sigo siendo una risueña tan incorregible como antes.

—¿Y tan burlona?—preguntó la joven dibujando una sonrisa casi imperceptible.

—Lo mismo, pero sin malicia, ya lo sabes, igual que antes. ¿Y tus tíos continúan igual?

—Así lo creo, no veo en ellos el menor cambio, me parece que están igual que antes.

—No me extraña; para apreciar estas cosas hay que vivir separados... ¡Te encuentro más hermosa! ¡No has envejecido!

—Tú tampoco—repuso Camila examinando el semblante de la joven esposa.—¿Qué edad tienes?

—Sigo teniendo diez y ocho meses menos que tú, unos veinticuatro años; pero estoy muy vieja.

—No me lo parece—dijo involuntariamente la señora Frogé.

—¡Oh, sí, la maternidad! Además yo he amamantado á mi Félix, y puedo asegurarte que el oficio de nodriza es muy penoso.

Camila bajó los ojos medio avergonzada.

—¿Siempre tan timorata?—dijo la señora Brécart.—Una estrella más que cae sobre mi plato, como decía el rey mago; á mí estas cosas no me ruborizan... ¿Y esto, quiere decir que yo sea mala? ¡Vamos, dílo! ¡Tú te mueres de envidial! Aquí se puede hablar con entera li-

bertad; yo te doy el ejemplo. No es necesario ocuparnos de los hijos, ni del arreglo de la casa, ni de enfermedades... Estas cosas no son muy agradables; pero una esposa ha de conformarse con ellas. ¿Tú no piensas casarte?

—No—repuso Camila con sequedad.—Creo que no he nacido para el matrimonio.

—¡Pues es una cosa muy agradable! Tener á su lado, ó al otro extremo de la población una mitad de sí misma, que piensa en una y una piense en él; vivir para serle grata; inventar mil cosas que le causen una sorpresa agradable cuando vuelva á nuestro lado: poder decirse todo, reír y llorar apoyada sobre su hombro; cuando uno se despierta de noche presa de un mal sueño, tender la mano y asegurarse que el protector, el esposo está á nuestro lado... ¡Ah, perdón! mis palabras pueden molestarte. Discúlpame... Veo que no podrías acostumbrarte á estas cosas. En fin, no te lo repetiré; por lo demás, yo digo como mi *bebé*: *no lo he hecho con intención*. ¡Harás bien en no casarte, pues sería tu esposo quien se escandalizaría! Mira, ahora viene el mío.

En medio de aquel flujo de palabras entrecortadas por risas, se abrió la puerta del salón y apareció Pablo Brécart. Su hermosa y varonil figura se destacaba del delicado tono de la tapicería, como un retrato de los maestros italianos del fondo claro de sus cuadros. Su mirada era firme; la frente alta é inteligente; los rasgos finos y espirituales, con grande expresión de bondad en su sonrisa. Pablo Brécart entró en su casa como el hombre feliz que ama y sabe que es amado.

Dejó el sombrero sobre el primer mueble que en-

30278

contró y á la vez que avanzaba hacia las dos mujeres las iba mirando alternativamente, con ojo de artista, pero á la vez de pensador; su mirada se detuvo un instante sobre su mujer con dulzura infinita, después tendió la mano á Camila.

—Abrázale—dijo Clara empujando á la joven hácia su esposo.

Presentó sus mejillas, invadidas de repentino rubor. Brécart depositó un beso ceremonioso y acto seguido cogió una mano de su esposa, llevándola á sus labios. El rubor desapareció con rapidez de las mejillas de Camila, dejando solamente una sombra sobre sus pómulos algo salientes.

—¡Como nos volvemos á encontrar!—dijo Clara acomodándose en un sillón.—Hace seis años, siete, no sé cuántos siglos, que no hemos estado los tres juntos.

—¡Cuántas cosas no han pasado! ¿No es así?—preguntó Pablo á la joven medio sonriéndose.

—¡Mi vida carece de acontecimientos!—respondió Camila con vivacidad. Su frialdad y su cohibición habían desaparecido; se hubiese dicho era una planta que acababa de ser regada después de sufrir un día de ardiente sol.—¡Pero la vuestra! ¿Estáis contentos de vuestra suerte?

—¿Contento de mi suerte? ¡sí! ¡Dichoso de vivir! Usted quiere mucho á Clara ¿no es verdad, señorita? Puedo asegurarla que ella ha conservado por usted la más viva ternura. Usted se alegrará también sabiendo que somos completamente dichosos.

Clara movió dos ó tres veces la cabeza en señal de aprobación, arrellanándose en el sillón con ademanes

de niña feliz.—¿Nuestro matrimonio debe haberla sorprendido?—añadió Brécart, dirigiéndose siempre á Camila que le escuchaba con los ojos fijos en él.—Creo, que también sorprendió á todo el mundo. Al haberse fijado un poco, hubiesen podido descubrir nuestro secreto, mas por fortuna nadie reparó en él.

—¿El secreto de ustedes?—preguntó Camila sintiendo por grados invadirle un frío mortal.

—Sí; la madre de mi esposa era la única que le conocía; el señor Laugé quería un yerno *establecido* y yo no era lo que se llama un *establecido*; esperaba mi nombramiento para hacer la petición; pero cuando la hice, hacía un año que ya éramos prometidos.

—¡Un año!—repitió Camila.—¡Un año... y tú nada me dijiste—añadió volviéndose penosamente hacia Clara.

—No lo podía decir—respondió ésta con jovialidad.—Habíamos jurado mantener el secreto, mamá, Pablo y yo, lo mismo que los tres suizos en *Guillermo Tell* ¡Ah, qué tiempo más hermoso!—añadió la joven tendiendo la mano á su marido.

Es mejor el actual—respondió éste sonriéndose.

—¡Ah! ¿Erais novios?—dijo Camila con lentitud.

Bebé, seguido de su niñera, vino á anunciar que estaba servida la mesa. Brécart cogió á su hijo en brazos dirigiéndose hacia el comedor.

Camila, al desplegar la servilleta, no pudo dejar de admirar su fineza y blancura; el hermoso servicio de mesa era de porcelana sencilla, pero de color y dibujo muy agradables; la cristalería, elegante y sin pretensiones, el mobiliario más alegre que suntuoso; pero fino y armonioso en todos sus detalles; nada de todo esto se

parecía al mobiliario de 1840 de los esposos Frogé, ni al lujo burgués de las casas que sus ocupaciones diarias le hacían visitar. Nunca había visto un hogar como aquél, en vez de una lámpara, un ramo de flores rodeaba las bujías que en una especie de copa de cristal pendían del techo; soportes de madera tallada, colocados á lo largo de las paredes sostenían vasos llenos de flores; en el aparador no se veían pesados objetos de plata, ni vajillas completas; había sólo algunos platos de Sévres esparcidos, tazas de China, y por último, curiosas piezas de orfebrería antigua, ennegrecidas por el tiempo y el uso, rellenaban aquel mueble de una manera grata á la vista; nada de todo aquello, era clásico, y, sin embargo era lo que se ha convenido en llamar un *mobiliario artístico*.

Más que *ver*, Camila, *sentía* todas aquellas cosas extraordinarias; el descubrimiento que hizo momentos antes de abandonar el salón, la sumió en una semiobscuridad. No se daba cuenta de nada. La idea de que aquel hombre y aquella mujer eran felices, que la habían engañado ocultándola su amor, penetró como un clavo en su cerebro causándole un dolor insoportable.

Sin embargo, con el estoicismo de que tan orgullosa se sentía, trató de ahogar su sufrimiento esforzándose para mirar á su alrededor. Se le servía una comida excelente, platos delicados, de esos que las esposas cuyos maridos son un poco regalones, y que quieren atraerlos al hogar saben preparar; pero todo aquello estaba de más para la joven, apenas probaba los manjares que le servían, y con seguridad no hubiera podido decir si comió trufas ó habichuelas.

—¿No tienes apetito? ¿Te sientes mal?—le preguntó Clara con interés.

Camila se irguió como si hubiese sentido un latigazo y repuso con voz tranquila, vibrante, como la de una campana de metal.

—¡Admiro que podáis comer tantas cosas! Yo me contento con mucho menos; con un poco de pan, legumbres y un vaso de agua tengo suficiente.

Había algo de provocativo en su entonación y en la mirada que paseó con desdén sobre los postres colocados en el centro de la mesa. Pablo Brécart la miró con atención y una sombra pasó por sus ojos.

—¡La compadezco á usted!—dijo con una entonación grave que nunca empleaba con su esposa ni con su hijo.—Pierde usted una porción de goces insignificantes, muy inocentes y muy agradables.

—¡Agradables! no lo dudo—replicó Camila con una sonrisa especial;—inocentes, ya es distinto.

—¿Qué puede haber de culpable en comerse un pollo joven, tierno, en vez de un gallo viejo y duro?—añadió Clara.—No es en la diferencia que pueda haber entre un pollo y un gallo, en donde está la falta—repuso Camila con algún desdén—es en el placer que se encuentra en sacrificarse á la carne, en satisfacer los instintos materiales...—Pero—interrumpió Clara—dar gusto á mi instinto material, que hace que me gusten los guisantes ó las fresas, eso no impide que pueda ser buena mujer, buena esposa, buena madre, en una palabra: tener las virtudes necesarias para ser honrada. Bebé ¿quieres más guisantes de esos que han de ser la perdición de nuestras almas?

Bebé asistía con gravedad á la comida, acomodado en su sillón alto y desde hacía un momento mojaba de *ocultis* en su vaso con agua teñida con vino, un corcho y una corteza de pan; al oír que le llamaba su madre levantó la cabeza y viendo la cuchara llena de guisantes, cogió su plato con las dos manos y lo presentó para que le sirviesen; y después de haberle servido, metió la cara en el plato poniéndose echo una lástima.

—Para eso se tienen hijos—dijo filosóficamente Pablo Brécart, mientras que su esposa limpiaba la cara y las manos del culpable.

Este, que no se daba cuenta de lo que había hecho, tan pronto como se vió libre de la servilleta de su madre, volvió á presentar el plato diciendo:

—¡Más!

—Poco arrepentimiento—dijo su padre sonriendo—y si le tiene, por poco que sea ha de ser muy imperfecto; me parece que el suyo es de dos clases.

Camila no respondió. En otro tiempo, Pablo Brécart, pasó largas horas interpellando su estrecho misticismo; y con la misma voz ligeramente burlona, le exponía tan temibles casos de conciencia como este. ¿Se tiene derecho de matar á un conejo [que se acaba de comer la hierba de los demás? ¿No es un crimen el hacer pasar de la vida á la muerte muerte un alma que esté cargada con tan grave pecado mortal.

En un momento, la joven recordó los pasadas conversaciones, el caso que parecían hacer entonces de ella, la manera con que á veces se miraban los dos...

—¡Yo no era más que una pantalla!—pensaba;—de común acuerdo con ella, me hacía el amor para ocultar

su secreto... ¡Qué juego tan ruin! ¡Y yo pobre loca, que le creí!...

Su cólera, inmensa, furiosa, cedió de repente al oír la voz de Pablo Brécart que hablaba á su hijo con indecible ternura. Bebé merecía que le riñesen, todo lo que había estado haciendo en su vaso de agua mojando el corcho y el pan acababan de notarlo y gimoteando prometía no volverlo á hacer más.

—¿Lo cumplirás?—le decía su padre con seriedad mientras la ternura y el orgullo paternal se desbordaban por sus ojos.

—¡Ah!—se decía Camila.—¡Ojalá que nunca me hubiese hablado así! ¡Qué desgraciada soy! ¡Le adoro!

—Vamos—añadió Clara una vez hechas las paces con Bebé—¿crees que para ser buena es preciso hacerse voluntariamente desgraciada?

Ante pregunta tan directa Camila vaciló un momento; después repuso con lentitud:

—Los que saben imponerse privaciones son mejores que los que únicamente viven de la vida material.

—¿Mejores, ó solamente superiores? señorita Camila.

Pablo había hecho esta pregunta de un modo negligente como si no tuviese importancia; la jovea se dejó sorprender.

—Con seguridad que son superiores; mejores ¿por qué no?

—¿Y la modestia, Camila qué hacemos de ella?—exclamó Clara riéndose—¡ya te he dicho que eres orgullosa! ¡He aquí que resultas superior á nosotros, porque no te gusta el pollo y por consecuencia mejor aun que

todos que comen guisantes! ¡muy superior al gordinflón de mi hijo! Por lo que á éste se refiere lo niego en absoluto; ¡no hay en el mundo nada mejor que él!

Aplicó un beso noble al rollizo semblante del niño, quien miró á Camila de reojo y con aire de triunfo, y amenazándola con su tenedor añadió con indignación:

—¡Hum!

Los dos esposos prorrumpieron en risas; Camila sonrió guardando silencio. Todo aquello le parecía soberanamente ridículo.

—¡Es posible que se embrutezcan de ese modo!— pensaba.—¡Las madres tienen derecho á ser tan necias como les parezca; pero estas expresiones deben guardarlas para la intimidad.

La infortunada joven no veía que al admitirla Clara en aquella intimidad le daba la mejor prueba de amistad y confianza; pero ignoraba todo lo que representa el sentimiento maternal; no sabía ni nunca podría comprender que la que es madre lo es en todas partes, y para todos; que su alma se hace generosa y expansiva; que á todos los niños los mira con ojos distintos de los con que antes les miraba; que tiene temores y sobresaltos por ellos, que nunca pudo sospechar; que la maternidad la hace indulgente hasta con los errores de los hombres, pues que pensará que su hijo, al ser mal educado, podría también ser malo y cruel.

Hay mujeres que han nacido madres, otras que lo llegan á ser; otras hay que no lo serán nunca, aunque lleguen á tener hijos. Camila era de estas últimas.

Concluyó la comida, los comensales volvieron al salón, por cuyas abiertas ventanas penetraba un buen

aroma de flores y verdor, la frescura de la fuente del Chatelet, la luz del crepúsculo y los alegres ruidos de la plaza; la campanilla del vendedor de cocos, las voces de los expendedores de billetes de los teatros, el rumor de la gente que se apretujaba á la puerta de los espectáculos, la multitud alegre y satisfecha de los domingos, todo un murmullo confuso.

Pablo se asomó á la ventana para fumar su cigarro, y las dos mujeres fueron á sentarse en la parte opuesta en sillones bajos y cómodos: Clara hizo rodar hacia el centro una jardinera llena de flores y para hacerla sitio apartó un sillón y recogió los espesos pliegues de una cortina.

—¡Dios mío, cuánto mueble, cuánto estorbo!— exclamó Camila cuando la joven volvió á sentarse.

—¡Sí, pero son tan bonitos!—repuso Clara.—No hay nada que me guste más que el vivir en una casa bien amueblada, bien organizada, donde todo está en su sitio y al alcance de la mano.

—¡Pero también, cuánto estorbo!

—¡No!

—¡Y cuando hay que mudarse?

—¡Ah!—repuso Clara sonriéndose—no sé precaver los males con tanta anticipación. Entre otras muchas que había para alquilar, hemos elegido esta casa. Es un poco cara y un poco grande para nosotros, pero á cambio de lo que nos cuesta hemos hecho ciertas economías, y en cuanto á lo grande, quién sabe aún lo que puede suceder... Si tuviéramos más hijos. ¡Mira, ya lo sabes; yo no he hecho ningún voto para no tenerlos! En cambio he hecho voto de amar á mi marido y así no es fácil

evitar que la casa resulte algún día pequeña. Pobre Camila, mis palabras te escandalizan; debería ser más reservada en presencia de solteras como tu. ¿No es así? ¿Pero después de todo, me parece que no digo tantas enormidades?

—¿Enormidades? ¡no!... pero no es necesario hablar-me de cosas que no me importan.

—¡Vamos, Camila, no seas así! ¿Hay cosa más natural en el mundo que la familia? ¿Hay nada más sagrado? ¡Te aseguro que á mí no me avergüenza ser madre! Cuando veo pasar á una mujer con un hombre que lleva el hijo en sus brazos, me digo: He aquí unos seres felices; ella tiene un buen esposo, el niño está bien atendido, y estos niños llegarán á ser padres. ¿No es esta una ley natural?

Pablo se retiró de la ventana, sentándose al lado de las jóvenes; el niño vino á apoyarse en sus rodillas esforzándose para subir á ellas.

¿Qué quieres?—le preguntó su padre.

—¡Aupa!—respondió el niño en seguida.

—Es la hora de la equitación; van ustedes á ver cómo monta á caballo mi hijo—dijo Pablo á las mujeres.

Félix sobre las rodillas de su padre ejecutó cuantos ejercicios de alta escuela le fueron posibles; después de un rato, pasó á los de trapecio, subiéndose por los brazos y los hombros de su padre.

Llegó la noche; el exceso de gas de los teatros vecinos alumbraba tanto la estancia que la luz de la lámpara no podía servir de gran cosa: la hermosa figura de Brécart, su talle elegante se dibujaban de una manera admirable sobre el obscuro fondo; reía con toda su alma

las cosas de su hijo, provocándole de continuo para que hiciese travesuras; el niño poníase de pie, á cuatro patas, se sentaba, cogíase á su pelo; y cuando se cansó de jugar fué en busca del regazo materno, y Pablo se acercó á la ventana, con el traje en desorden, el cabello despeinado, dándole un aspecto menos serio y más joven. Camila volvió á verle tal como le había conocido y el corazón le latió con espanto.

Hablaba bien y de todo; su conversación sólida con los que eran sus iguales, sabía prestarse á las facultades de sus interlocutores; supo distraer é interesar á Camila durante una hora; teniéndola suspensa de sus labios sin saber lo que le decía; la música de su voz, la gracia de sus palabras, bastaron para encantarla. Después y de repente reinó el silencio.

—¿Duerme?—preguntó el padre acordándose de su hijo.

—¡Como un plomo!—repuso la esposa;—déjame pasar, para llevármelo.

—Pesa mucho—añadió Pablo.—Dámelo, yo le acostaré.

Cogió al niño en sus brazos y se lo llevó con cuidado á otra habitación.

Como tardase en volver, Camila hizo un ademán violento.

—Tengo que marcharme—dijo.

—¿Ya? ¡Aun no son las diez!

—En mi casa nos acostamos muy temprano, Me voy.

—No te irás sola. Los domingos por la noche hay mucha gente por las calles y de todas clases.

—Estoy acostumbrada á ir sola; no tengo miedo. ¡Adiós!

—Mi marido te acompañará; espera que acueste á Bebé: no ha de tardar mucho en volver.

Camila volvió á sentarse: la idea de volver á ver á Brécart, la dejó sin defensa. Al cabo de un momento regresó Pablo; su mujer le dijo que había dispuesto de él, y en seguida cogió el sombrero para salir.

—Hasta la vista—dijo Clara abrazando á la joven.— Ven cuando quieras; á la hora de comer nunca salimos, al menos yo; alguna vez mi esposo come fuera, pero son muy contadas.

Cuando abrió la puerta de la escalera, Pablo la abrazó besándola en la frente.

—Volveré en seguida—dijo, y salió en pos de Camila.

En el momento en que pisaban la calle, Camila le preguntó:

—¿Se despiden ustedes tratándose de una separación tan corta?

—¡Aun que no sea más que para ir á la bodega—repuso el joven; no se sabe cuando llega el término de la vida y me sería muy doloroso no volver á ver á mi esposa sin haberla antes abrazado. Señorita, ¿quiere usted apoyarse en mi brazo?

Camila tomó en silencio el brazo que Pablo le ofrecía, y se pusieron á caminar á lo largo del muelle.

V

El Sena deslizaba sus aguas con rapidez encajonado entre sus elevadas márgenes; con sus tintes sombríos en donde los reverberos reflejaban algunos destellos de luz; los barquichuelos iban y venían como animales fantásticos, alejándose ó arrimándose á los pontones con pesados movimientos y sus faroles blancos ó rojos se reflejaban á lo lejos sobre las aguas del río, como si fuesen luces de bengala. El París fluvial, banal durante el día, tomaba por la noche misteriosas apariencias; á través de los arcos de los puentes de hierro, bajo las pesadas arcadas de los de piedra, se prolongaban las sombras que parecían llegar hasta lo infinito; las masas de arquitectura se reflejaban sobre el río casi fosforescente, y por encima de todo esto resaltaban los grandes álamos de las riberas con sus espesas copas verdes. A medida que uno se separaba del Puente Nuevo, remontando el Sena, hallaba una calma relativa, la navegación era más escasa, las orillas menos anchas, y el misterio desaparecía.

Sin embargo, á lo largo de los muelles de la isla de San Luis, se alineaban las viejas casas con su aspecto macizo y tético; sus extrañas fachadas, con ventanas muy irregulares, escapándose por ellas el resplandor de

—Mi marido te acompañará; espera que acueste á Bebé: no ha de tardar mucho en volver.

Camila volvió á sentarse: la idea de volver á ver á Brécart, la dejó sin defensa. Al cabo de un momento regresó Pablo; su mujer le dijo que había dispuesto de él, y en seguida cogió el sombrero para salir.

—Hasta la vista—dijo Clara abrazando á la joven.— Ven cuando quieras; á la hora de comer nunca salimos, al menos yo; alguna vez mi esposo come fuera, pero son muy contadas.

Cuando abrió la puerta de la escalera, Pablo la abrazó besándola en la frente.

—Volveré en seguida—dijo, y salió en pos de Camila.

En el momento en que pisaban la calle, Camila le preguntó:

—¿Se despiden ustedes tratándose de una separación tan corta?

—¡Aun que no sea más que para ir á la bodega—repuso el joven; no se sabe cuando llega el término de la vida y me sería muy doloroso no volver á ver á mi esposa sin haberla antes abrazado. Señorita, ¿quiere usted apoyarse en mi brazo?

Camila tomó en silencio el brazo que Pablo le ofrecía, y se pusieron á caminar á lo largo del muelle.

V

El Sena deslizaba sus aguas con rapidez encajonado entre sus elevadas márgenes; con sus tintes sombríos en donde los reverberos reflejaban algunos destellos de luz; los barquichuelos iban y venían como animales fantásticos, alejándose ó arrimándose á los pontones con pesados movimientos y sus faroles blancos ó rojos se reflejaban á lo lejos sobre las aguas del río, como si fuesen luces de bengala. El París fluvial, banal durante el día, tomaba por la noche misteriosas apariencias; á través de los arcos de los puentes de hierro, bajo las pesadas arcadas de los de piedra, se prolongaban las sombras que parecían llegar hasta lo infinito; las masas de arquitectura se reflejaban sobre el río casi fosforescente, y por encima de todo esto resaltaban los grandes álamos de las riberas con sus espesas copas verdes. A medida que uno se separaba del Puente Nuevo, remontando el Sena, hallaba una calma relativa, la navegación era más escasa, las orillas menos anchas, y el misterio desaparecía.

Sin embargo, á lo largo de los muelles de la isla de San Luis, se alineaban las viejas casas con su aspecto macizo y tético; sus extrañas fachadas, con ventanas muy irregulares, escapándose por ellas el resplandor de

las luces; los que trabajan de noche, los que necesitan tranquilidad y silencio prefieren aquellas viviendas sobre todas las demás; la melancolía parece haber elegido su domicilio en aquella especie de oasis, único que no está amenazado de sucumbir bajo las modernas transformaciones.

Pablo Brécart hablaba á Camila de mil cosas diferentes, y ella, no pensando más que en lo pasado, le respondía de un modo vago, mientras en sus labios se detenían varias preguntas ardientes. Por último, al atravesar una calle, cuando ya se había roto el hilo de su conversación, después de un corto silencio, ella le dijo en voz baja y casi con ternura:

—Señor Pablo, ¿es usted feliz?

A la luz de un reverbero, el joven la miró con atención; su hermoso semblante de rasgos un poco fríos conservaba su placidez ordinaria, y, sin embargo, sintió por instinto que debía ser reservado con ella, abstenerse de hacerle la menor confidencia; pues hay momentos en la vida, en que, sin que nada pueda justificarlo, se siente la necesidad de ser prudente, se mira en torno de uno, y con frecuencia, hasta se adivina un peligro oculto que nada nos lo hace presagiar.

—Somos completamente felices—repuso con tranquilidad.

—Nunca hubiera creído que Clara fuese la mujer que le convenía á usted—dijo Camila.—Usted es entusiasta, un poco poeta, algo pintor, muy músico... á usted le gustan las cosas grandes, las empresas atrevidas... Su instinto le hace siempre remontarse hacia lo ideal... ¡Siempre creí que se casaría usted con una heroína de novela!

Al pronunciar estas últimas palabras, con cierto tono de ironía, la mano que se apoyaba en el brazo de Brécart tembló ligeramente.

—¡Mi mujer es la heroína de mi novela!—repuso él con gravedad.

—¡Perfectamente!—exclamó Camila prorrumpiendo en risa—no podría contestarse mejor á una pregunta indiscreta. Le doy las gracias por la lección; ha sido dada con galantería, pero al fin es una lección. Después de todo tal vez la haya merecido.

—Señorita...

—¡No se disculpe usted; seguramente la habré merecido! De no ser así, ¿cómo me la iba á dar un hombre tan bien educado como usted? Además, yo no me quejo de ello.

—Si la ha merecido usted, señorita, tiene en cambio cierta gracia que no enoja.

—¡Siempre filósofo y explorador del corazón humano! ¡Sigue usted siendo el señor Brécart! Pues bien aun á riesgo de desagradarle de nuevo, repetiré mi observación: no puedo comprender que usted se haya casado con Clara, á menos que no haya sido por su belleza. ¡Es tan extremadamente hermosa! Su único defecto, al menos así lo creía yo, era el de ser rica. Había usted elogiado tantas veces las dulzuras de la pobreza.

—Yo también soy rico—respondió con jovialidad el ingeniero.—Sepa usted que gano más de quince mil francos al año. El Creso lo soy ahora yo; el dote de Clara sólo es una promesa de mi suegro que no cumple.

—¡Ah! ¿tan rico es usted?—exclamó Camila.

El sentimiento que esta nueva revelación le produjo

no fué de envidia, pero sí de tristeza; la diferencia de fortuna hubiera podido ser una divergencia entre aquellos seres felices.

—Sí —añadió Pablo— aseguro á usted que lo pasamos muy bien. La pobreza es muy poética en las novelas; pero, en la realidad, nada hay más prosaico. ¡Se lo juro á usted!

—Sin embargo—repuso Camila levantando la cabeza con orgullo,—el que con poco se cree rico, es más libre y más feliz que el que siente la necesidad del lujo.

—Ah, señorita Camila, eso son teorías; desconfíe usted de las teorías. ¡No hay en el mundo nada más engañador que ellas.

Habían llegado á la puerta de los esposos Frogé. Camila soltó el brazo, dió las gracias á Brécart y se metió en casa. Pablo encendió un cigarro, regresando á la suya con el paso ágil del que se ve libre de un estorbo. A la vez que recorría los muelles iba repasando en su imaginación la conversación extraña que había sostenido con la joven y se quedó perplejo. ¿Era un carácter falso ó sencillamente un alma dolorida? Los recuerdos que conservaba eran muy lejanos y vagos. En la época en que la conoció, preocupado únicamente con dos ideas, que no eran más que una, obtener una posición que le permitiese casarse con Clara y ocultar su amor á todas las miradas, había vivido como en un sueño y participando de la vida de los demás lo mismo que el espectador que asiste á una comedia participa de la de los actores que la representan. Nunca creyó Pablo que pudiese ser digno de atención. Jamás pensó en que los demás pudieran fijarse en él; así es que hallaba extraño el que aque-

lla joven le conociese tan á fondo, y guardase de él un recuerdo tan completo, cuando solamente la consideraba como á una amiga de su esposa. Después de todo, Camila le importaba muy poco, y al llegar á su casa pensó en otra cosa muy diferente.

Encontró á su mujer sentada al lado de la camita de Félix, quien dormía profundamente; una lámpara, amortiguada por una pantalla, despedía una claridad dulce y suave sobre los objetos encantadores y familiares de tan querida habitación. Las cortinas sembradas de flores campestres, los espejos que reflejaban misteriosas sombras por la escasa luz; una cuna con ropajes blancos y rosados; aquella esposa encantadora que había trocado su vestido por un peinador adornado con flotantes encajes, y, sobre todo, aquel niño que dormía tan profundamente, con los puños cerrados y el semblante sonrosado por el sueño; la sombra de sus largas pestañas, formando una raya sus redondas mejillas; todo aquello, producía en el corazón de Brécart el júbilo peculiar en el padre y en el esposo.

Abrazó á Clara y dió un suave beso en la mejilla del niño que hizo un ademán como si fuese á cazar una mosca, luego se sentó al lado de su mujer, reteniendo una de sus manos entre las suyas.

—¿Qué te ha dicho Camila?—le preguntó con indiferencia dejando el libro que leía.

—Nada interesante... es un poco... un poco... dime lo que es, pues yo sólo no encontraría la palabra.

—Es un poco solterona—respondió Clara.—Después de todo no es culpa suya; nunca ha sido feliz, y parece que no lleva camino á serlo. Me inspira compasión, pues en el fondo no es culpa suya si...

Miró con fijeza é indecible ternura á su esposo y atrayéndole más hacia sí añadió en voz baja:

—¿Sabes lo que decían de ella en San Martín después que se marchó á París?

—No—repuso el ingeniero fijando sobre su mujer una mirada interrogadora.

Clara sonrió pasando sus finos dedos sobre las mejillas de su esposo y le repuso:

—Tú eres el destructor más grande de murallas que existe: derrites hasta las que son de hielo.

—¿Hablas por tu corazón?—preguntó Pablo sonriéndose.

—No, el mío no era de hielo, era de hojas de rosa, y tú sabes que entraste en él con facilidad; pero se decía en San Martín que Camila amaba á alguien que no la amaba á ella, sin que nunca hubiese sospechado...

—¡Supongo que no seré yo!—exclamó Brécart poniéndose en pie.

—¡Silencio!—repuso su esposa poniéndose un dedo en los labios—vas á despertar á Bebé. Eres tú.

—¡Vayan al diablo las habladurías de los pueblos pequeños!—replicó Pablo volviéndose á sentar.—¿Qué bruja imbécil ha inventado todo esto?

—Fué todo el mundo en general y cada uno en particular. ¿No lo notaste nunca?

—Hasta la hora presente, creo que no—repuso con mala gana.

—¡Triste verdad! Sin embargo, hay que creerla; al menos para mí, no ofrece la menor duda. Y hasta te confesaré, mi querido esposo, que uno de mis mayores triunfos, ha sido el verme preferida, ¡le eras tan cons-

tante, y ella tan hermosa que te creía completamente enamorado! ¡Juzga cuál sería mi alegría al saber que era yo la preferida!

Los brillantes ojos de Clara buscaron los de su esposo, quien la besó con ternura.

—¿Por qué me has dicho todo eso?—repuso después de un momento de silencio.

—Porque me parecía debías saberlo; además ¿puede haber secretos entre nosotros? ¿No hemos convenido en decirnos absolutamente todas las cosas?

—Pero, mujercita mía—objetó Brécart—el secreto que acabas de confesarme pertenece á otro.

—También es nuestro; puesto que te atañe—repuso Clara con sencillez.

Sin embargo, temía haber enojado á su marido; durante un segundo consultó el semblante de su esposo, más grave y serio que de costumbre; por último, fijó Pablo en ella sus ojos llenos de dulzura, y le dijo:

—A pesar de todo, has hecho bien en decirme lo: seré más prudente; ¡pero antes de invitarla debías avisarme, y hasta tal vez hubiera sido más cuerdo no reanudar unas relaciones medio rotas...

—Era inevitable, un día ú otro hubiéramos tropezado con ella... ¿Verdad Pablo que es muy bueno el que nos inspiremos mutua confianza, que nos lo podamos decir todo, que participemos de las mismas ideas, que tengamos iguales amistades?... A pesar de ser tan extraña, en el fondo quiero á Camila; es mi amiga más antigua, y además, es muy buena. En San Martín cuidaba á los enfermos, amortajaba á los muertos; ¡ha hecho más obras de caridad que nadie! ¡ni aun las hermanas del hospital

la han igualado! Su padre la dejó en completa libertad, y ella trabajaba en beneficio de los pobres; no puedes imaginarte el crecido número de calcetines que le he visto hacer durante el invierno, cuando tenía grietas en las manos y cada punto que daba le producía dolor.

—Presumo que lo haría por ser de su gusto—respondió con lentitud el ingeniero.

—¡Oh, Pablo, no seas malo!

—No lo soy, querida mía. Cuando un ser dotado de raciocinio se empeña en hacer una cosa que le es molesta, sin que de ello tenga absoluta necesidad, es porque experimenta alguna satisfacción.

—Eso, inútil es decirlo; pero el hacer bien es una satisfacción moral...

Pablo movió la cabeza; algo más tenía que decir, pero prefirió guardar silencio.

—Parece que no estás muy convencido—añadió su esposa.—Dime todo lo que piensas; ya sabes que entre nosotros no hay que callarse nada.

—Pues si quieres saberlo, te lo diré: pienso que todo eso no es más que cuestión de nervios y de orgullo. Se trabaja con grietas porque los nervios están excitados, porque tienen necesidad de moverse, y además por tener el placer de sentirse superior al resto de la humanidad; porque uno se compara con los mártires; por esta razón se hace todo lo que los demás no pueden ó no quieren hacer, y además para sentir compasión por las gentes despreciables como tú ó como yo, porque se ponen glicerina en las grietas y les gusta comer guisantes... ¡Todo es cuestión de nervios y satisfacción del orgullo!

Clara guardó silencio. Después de un instante dijo con timidez:

—Pablo, si Camila te desagrada no la invitaré más; nada es más fácil, y no quisiera exponerte á encontrar en casa una cara que te sea antipática.

La forma esbelta, los rasgos de estatua, la sonrisa de Camila pasaron con rapidez ante los ojos del joven.

—Pero si no tiene nada de antipática, querida mujercita mía. Su presencia es agradable, la hallo curiosa y original; para mí es un tipo cuyo estudio no me divierte... Lo único que hay es que no le concedo una perfección tan completa como tú lo haces, es una débil mortal, lo mismo que nosotros ¿y quién sabe? ¡tal vez sea más débil que nosotros!

VI

Aquella semana, los esposos Frogé se admiraron al ver que les visitaban no siendo su cumpleaños, ni día de año nuevo.

Una tarde, á eso de las cinco, cuando Sebastián Frogé regresaba de dar su paseo habitual, dejaba su sombrero sobre el mueble que desde hacía venticinco años estaba destinado á este uso, cuando sonó la campanilla, y Gustavo Mirmont entró sin que la criada le anunciase, pues la gordinflona cocinera en su vida había oído decir que debían ser anunciadas las visitas.

—¡Señor Mirmont!—exclamó el profesor con asombro.—Se ha tomado usted el trabajo...

—Es un placer, mi querido profesor—repuso Mirmont;—he querido subir para tener noticias de usted. Se le ve á usted muy pocas veces frecuentar la sociedad; pero como mis nuevas relaciones me proporcionan el placer de pasar con frecuencia por la puerta de su casa, aun á riesgo de ser indiscreto...

—Nunca, jamás es usted indiscreto; en esta casa siempre será bien recibido, ¿no es verdad, Isabel?—dijo alegremente Sebastián dirigiéndose á su esposa.

Isabel estaba un poco contrariada al verse sorpren-

dida, con su cofia de andar por casa, por el encopetado visitante, el cual parecía no haber reparado en aquel detalle, cosa que la consoló. Mirmont habló de cosas extraordinarias; creía en el éxito de la proyectada Exposición. Había visitado los trabajos, afirmando que todo marchaba admirablemente. Sebastián, que aquella mañana había leído lo contrario en su periódico, le costaba algún trabajo creerlo, á pesar de la alta opinión que tenía de su antiguo discípulo, y hasta creyó que no afirmaba su parecer con la seguridad con que tenía por costumbre hacerlo.

—Si tiene usted interés en ello—añadió Mirmont como argumento decisivo—puedo hacerle entrar para que vea los trabajos; no verá gran cosa interesante, únicamente los cimientos, pero en fin, no dirá usted que no se ha hecho nada.

La proposición pareció tentadora; al público le estaba prohibido entrar en el recinto donde se hacían los trabajos, y esto bastó para que los ojos de Isabel brillaran con placer.

—Les enviaré un pase—añadió Mirmont,—con el cual también podrá entrar, si á ustedes les parece bien, su señorita sobrina.

—¡Estoy seguro de que se alegrará mucho!—exclamó Sebastián.

—Y si ustedes quieren avisarme del día que elijan, yo estaré allí para servirles de guía y darles alguna explicación—añadió Mirmont.

—Nunca me atreveré á pedirle á usted tanto—dijo Isabel, sonrojada por la confusión.

—Será un placer para mí; se lo aseguro á ustedes.

Debo mucho á mi antiguo profesor para no tener una completa satisfacción en poderle dar alguna prueba de gratitud!—replicó Mirmont con exquisita dulzura.

Más de una vez miró la puerta y permaneció de visita hasta las seis menos cinco minutos; Camila no se presentaba y resolvió despedirse, pensando en que la joven no regresaría para la hora de comer.

Cuando bajaba por la amplia escalera de piedra de aquella antigua casa, construída en una época en que el terreno no costaba tan caro como ahora, oyó en el vestíbulo unos pasos apresurados, se inclinó sobre la barandilla, y vió la elegante silueta de Camila.

Subía de prisa, llegando un poco tarde, y casi se halló al lado de Mirmont sin haberle visto. Al notar á un hombre tan cerca de ella, tembló levantando los ojos. Su mirada encontró á la de Gustavo, respetuoso, tierno y decidido. Con sus ojos parecía decirle:—He venido para ver á usted, volveré; aun no sé lo que es necesario hacer para agradarla, pero lo conseguiré, estoy seguro de ello, pues emplearé todos los medios imaginables.

Camila respondió con un saludo seco á la profunda inclinación del funcionario, pasando como una reina ante un humilde súbdito.

Cuando llegó á la meseta de la escalera, no pudo evitar el volver la cara; aquel movimiento que Mirmont sabía suelen hacer las mujeres, lo tenía ya previsto, é hizo perder á la joven su ventaja, pues tropezó con otra mirada que le decía:—Señorita, gracias á su sexo que en estos casos le da ventajas sobre el mío, es usted la más fuerte; pero yo soy más hábil; ¡después de todo no

es usted más que una hija de Eva! Sin embargo, soy su más sincero y humilde admirador.

Mirmont acabó de bajar la escalera, mientras ella concluía de subirla, y se fué contento creyendo no haber perdido el día. Camila entró muy irritada en el domicilio de sus tíos, sobresaltado su orgullo y, sin embargo, su vanidad quedaba satisfecha ante el homenaje que aquel hombre le rindió, á pesar de no serle agradable.

Al siguiente domingo, el rodar de un cochecito turbó los dormidos ecos de la casa; luego una voz de niño, fresca y sonora, retumbó de arriba abajo en la caja de la escalera, y, mientras la portera se preguntaba con asombro, á qué domicilio de sus viejos inquilinos podría ir tanta juventud, la señora Brécart, con su hija en brazos, llamaba á la puerta de los esposos Frogé.

Fué la tía Isabel quien abrió, pues era día de salida para la criada, y al pronto no reconoció á la joven, á la cual no había visto hacía lo menos diez años.

—Vamos, parece mentira—dijo Clara riéndose,—la tía Isabel no sabe quién soy, y sin embargo, yo vengo á verla; ¿dónde está el tío Sebastián?

—¡Clara, Clara Laugé!—exclamó al fin la tía Isabel recordando á la joven.

—Ahora soy Clara Brécart; mi hijo Félix, heredero de toda la gloria de su papá y de todas las ambiciones de su mamá. ¡Abrácenos usted á los dos, tía Isabel, pues ya sabe que se la quiere mucho!

La señora Frogé, á quien todo el mundo en San Martín llamaba la buena madre sin saber por qué, tal vez á causa de su bondad maternal que la hacía ser cariñosa con todos los niños ajenos á falta de tenerlos

propios, se apresuró á llamar á Sebastián y á Camila.

Se presentó Sebastián, que, más listo que su esposa, no tuvo necesidad de mirar dos veces á la joven para reconocerla; tendió los brazos al niño y Félix se puso inmediatamente á saltar sobre sus piernas.

Camila se hizo esperar más; consagraba los domingos por la tarde á leer libros piadosos y por nada del mundo hubiera dejado la meditación comenzada: al fin se presentó, abrazó á su amiga y saludó al niño sin hacerle caricias, de lo cual se guardó mucho de quejarse el prudente muchacho, y en seguida se levantó una especie de rumor entre la reducida reunión. Camila era demasiado perfecta para tomarse interés por las bagatelas humanas que las dos señoras se referían con mil detalles fútiles. ¿Qué le importaban á ella las cosas de San Martín? Las muertes ó los casamientos de aquel rincón de provincia en donde había pasado sus primeros años, no tenían importancia alguna para ella; su espíritu, que sin cesar se esforzaba en elevarle hacia la perfección, estaba por encima de todas aquellas frivolidades de las que no quería hablar.

Sin embargo, como la señora Frogé y Clara eran incapaces, tanto una como otra, de sostener una conversación más adecuada á la seriedad del domingo, la señora Brécart se despidió de sus amigos haciéndole prometer á la señora Frogé que irían todos á comer con ella el próximo jueves.

—Tú vendrás también—dijo á Camila;—procuraremos hacer una partida de *bouillotte* después de comer ¿verdad, señor Frogé, que á usted le agrada este juego? ¡Ya ve que aun me acuerdo de sus gustos!

Se fué; el ruido del cochecito se dejó oír en el vestíbulo, y los dos viejos se miraron sonriendo; les parecía que un rayo de sol había visitado su casa; sus ojos se fijaron en Camila, y el calor, la luz de aquel rayo se desvaneció en el acto.

—¡Qué joven tan amable!—exclamó Sebastián.

—Sí; pero muy frívola—repuso Camila.

—Es propio de su edad—añadió la señora Frogé sintiendo necesidad de excusar aquella frivolidad encantadora que le parecía ser un pecado muy venial.

—Somos casi contemporáneas—objetó la joven con frialdad.—Siento que los años y el matrimonio no hayan inculcado en Clara un sentimiento más vivo de sus deberes y de su responsabilidad.

El rayo de sol se desvaneció por completo; los esposos cambiaron una mirada. Camila era tan perfecta, que en efecto, tenía derecho á ser severa; verdad que la señora Brécart no era amiga de las conversaciones serias; pero en cambio parecía ser muy buena madre y amar mucho á su marido... La señora Frogé propuso dar un paseo para cambiar el curso de las ideas.

Camila supo disculparse para no hacer la acostumbrada visita al trócadere, de donde sus tíos trajeron un regular cansancio y una porción de tierra pegadiza en el calzado; Mirmont, que les había paseado por todas las partes cuya entrada estaba prohibida al público, trafa por su parte una cólera concentrada contra aquella coqueta que le había hecho perder el día y se prometió hacérselo pagar cuando llegase la ocasión.

El jueves asistieron á la comida ofrecida por los Brécart, y los esposos Frogé, al regresar á su casa, con-

vinieron en que no tenían otro remedio más que devolverles el obsequio, y á la vez tendrían ocasión de invitar á Mirmont, que tan amable había sido con ellos.

Al conocer semejante resolución, sintió Camila despertarse su mal humor; pero supo dominarlo y se mostró resignada y humilde ante la nueva prueba que el destino le enviaba. Con un semblante resignado ayudó á su tía á bajar de los estantes más elevados el hermoso servicio de porcelana blanca con filetes dorados, que en junto no habría servido más que unas cinco veces; fué limpiando, pieza por pieza, los platos, las compoteras, las dulceras con la apariencia de una virgen cristiana que camina hácia el suplicio; visitó los almacenes de cristalería del barrio Poissonnière para completar el servicio de cristal, de cuyas piezas habían desaparecido muchas, en cumplimiento de esa ley misteriosa que dice que los vasos, de los cuales nadie se sirve, se rompen sin tocarlos, lo mismo que se desvanece el humo ó una burbuja de jabón; ayudó á su tía á repasar los manteles y servilletas de damasco, amarillos por el tiempo, á hacer adornos con las servilletas para colocar en ellas panecillos, y fué al mercado con la criada para cerciorarse de que el pescado era bueno; pero se negó en absoluto á poner los pies en la cocina.

—Me parece—decía su tía desolada—que podrías, al menos, decirme si hay que añadir azúcar á la crema ó si la salsa de los cangrejos tiene bastantes especias!

—Tía, yo no entiendo nada de eso—respondía la joven con la firmeza de una heroína;—no hay que obligarme á hacer cosas que no son de mi competencia.

Por primera vez en su vida, la señora Frogé se pre-

guntó si Camila no era tan perfecta como ella había creído hasta entonces; pero no era aquel el momento de discutir una cuestión tan grave: la crema no esperaba y los cangrejos reclamaban con imperio su salsa; la buena mujer dejó este asunto para mejor ocasión.

En el momento de ponerse el asado al fuego, la señora Frogé miró á su alrededor encontrándose completamente sola. Sebastián acababa de marcharse con precipitación para recordar al pastelero un encargo del cual parecía haberse olvidado; la criada fué en busca de la ensalada, pues nadie se había acordado de ella; el portero, á quien las circunstancias le investían con el blanco mandil, había ido á dar una mirada á su chiribitil; después de tanto bullicio aquel aislamiento parecía extraño á la anciana.

—Camila, ¿dónde estás?—exclamó.—Tengo cien cosas que hacer y estoy completamente sola...

Se fué al comedor. Allí no había nadie, ni tampoco nada que hacer; la mesa estaba puesta en orden y los cubiertos colocados con la mejor simetría: la dueña de la casa se cercioró de que aquella operación nadie la hubiera podido hacer mejor. Pero ¿dónde estaba la joven?

—Camila, ¿dónde estás?—volvió á gritar la buena señora

—Tía, estoy en mi habitación: me visto. Estaba en su derecho; la señora Frogé lanzó un suspiro regresando á su laboratorio. ¡Ah! ¡Si tuviera una hija! ¡Camila era simpática, muy perfecta, pero no le gustaba la cocina, tampoco era amiga de limpiar bien los cacharros ni los muebles! Si la señora Frogé hubiera tenido una hija le

habría enseñado dos ó trescientas recetas que hicieron á Sebastián el más goloso de todos los profesores.

Cuando la pobre señora lanzaba un segundo suspiro, regresaron sus acólitos, volviendo á reinar en la casa una febril actividad.

¡Llamaron! Isabel aun estaba revestida con las insignias cocineras. ¿Quién iba á recibir á los invitados? Por fortuna en el instante en que la criada abrió la puerta apareció Camila en el salón, llevando una rosa en los cabellos y otra en los encajes que adornaban el escote del vestido... ¡Camila escotada! era la primera vez que se veían el blanco cuello y los agradables brazos de Camila. Antes que tía Isabel, que miraba por la rendija de la puerta de la cocina, tuviera tiempo de frotarse sus asombrados ojos, se volvió á cerrar la puerta del salón, y Gustavo Mirmont, seguido de Camila, entraban en él.

Mientras se terminaban los últimos preparativos, tía Isabel se ponía apresuradamente un traje de ceremonia, y Mirmont tampoco perdía el tiempo. No es que hiciese grandes alardes de elocuencia, pues después de su muda conversación de la escalera, la conversación oral no era muy cómoda para ambos personajes; pero ¡cuántas miradas llenas de una admiración tan viva como respetuosa no cayeron sobre las dos flores!

Era necesario hablar y aquí había de hacer sus pruebas la diplomacia.

—Es usted muy feliz, señorita—dijo insidiosamente el antiguo alumno de Frogé.

La mirada de Camila demostró sin rodeos que no se creía tan particularmente favorecida por la Providencia y pedía una explicación de aquellas frases.

—¿Ha encontrado usted á una amiga de la infancia? —añadió Mirmont.

—¡Ah, sí...—Camila pronunció estas palabras con supremo desdén.

—Usted vive muy retirada y esto, tal vez, le dará ocasión para frecuentar más la sociedad, en la que será muy festejada, por más que usted la desdeña...

—Yo no la desdeño—repuso Camila con frialdad.—Es que la sociedad y yo nada tenemos que decirnos.

—Eso será opinión de usted, no mía—repuso galantemente el funcionario.

Camila indicó con un ademán que le era completamente igual.

—Muy bien—se dijo Mirmont.—Pero ¿para qué se pone las dos rosas encarnadas en ese cabello negro y en el blanco escote?

Cuando se hacía esta pregunta, la campanilla volvió á sonar; Camila, conociendo el número limitado de las convidadas, no pudo evitar un estremecimiento, pero no que la sangre huyese de su rostro para afluir de nuevo á él casi en el acto.

—El que va á entrar es quien ocupa su corazón—pensó Mirmont, esperando con indecible curiosidad al recién llegado.

¡Oh sorpresa!

Clara Brécart entró vistiendo un traje de lana muy sencillo, pero hermoso como un pastel de Lotour, y llevando en la mano un enorme ramillete de flores.

—Buenos días—dijo á Camila á la vez que hacia un ligero saludo á Mirmont, para responder á su profunda inclinación.—Apostaría á que no has puesto flores

en el comedor. No digas que no, sería una mentira.

—Yo no miento nunca—exclamó Camila con dignidad.

—Yo tampoco; pero no hay flores en el comedor; te conozco, habrá muy buenos entremeses y muy buenos postres; pero ni un solo ramo; los ramos son una cosa inútil, un lujo malsano; puesto que algunas veces dan dolor de cabeza, y porque siempre son un lujo.

Camila oía estas palabras, ó mejor dicho no las oía con los ojos fijos en el espejo que estaba frente á la puerta de entrada, preguntándose si por casualidad Clara habría venido sola... De pronto, contuvo por dos veces su respiración, y Mirmont, que á la vez que hojeaba un álbum también miraba con disimulo al espejo, no pudo menos que confesarse ser muy arrogante la figura del que acababa de entrar.

—Buenas tardes, señorita—dijo á Camila el recién llegado.

Antes que Mirmont, estupefacto, pudiese preguntarse por qué no decía nada á la otra joven, ésta exclamó con viveza:

—Pablo ¿apostarías á que te has olvidado las rosas blancas?

Mientras volvía el ingeniero al recibidor, donde se había dejado las rosas, Mirmont paseó sus miradas por las dos jóvenes.

—¡Es el marido de la otra!—se dijo.—He aquí una aventura.—La segunda reflexión fué menos moral que filosófica.—El muy pícaro es amado por tan linda pareja. En verdad que las dos son muy hermosas! ¡Hay personas que tienen suerte!

Los esposos Frogé entraron juntos en el salón, disculpándose por su tardanza, y Clara aprovechó las presentaciones para ir á colocar los ramilletes en el comedor.

—Ya lo sabía—se dijo paseando su satisfecha mirada por las rosas que iba colocando en vasos de cristal en los extremos de la mesa—ya sabía que no pondrían flores; Camila es demasiado austera... ¡Calla! se ha puesto dos rosas... Es la primera vez que lo hace en su vida... ¿Será por ese señor? ¡Ah, si se la pudiese casar! ¡Yo me alegraría mucho!

Al terminar esta reflexión, Clara cogió dos rosas y se las puso sin mirar dónde, luego volvió á reunirse á los demás.

La comida fué excelente, todo fué á pedir de boca: una crema de chocolate, hecha de un modo especial, presentada en platitos pequeños, fué lo que más agradó á Mirmont, quien, á pesar de agradarle las cosas modernas, no dejaba de ser bastante goloso.

—¡Esto es muy burgués!—se decía.—Solamente en la isla de San Luis ó en las inmediaciones de la plaza de los Vosgos, puede encontrarse una crema tan buena.

Cuando los licores, procedentes de la bodega de la casa, hicieron su aparición, los invitados pasaron al salón, sucediendo los *dúos* al *sexteto* de la comida. Clara, que en la mesa no había dejado á Mirmont, se acercó á tía Isabel, que estaba medio hundida en un sillón y le puso una mano sobre el hombro diciéndole en voz baja:

—¿Ese caballero es un pretendiente de Camila?

La señora Frogé tembló mirándola asustada.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—repuso con algún

recelo; pero la sonrisa y la mirada de Clara no tenían la menor malicia.

—A mi juicio es una cosa muy fácil de ver, y usted le debe haber invitado porque este pretendiente agrada á Camila.

—No lo creo así—murmuró la señora Frogé.

—¡Pues yo creo que sí!—repuso la joven mirando al otro extremo del salón.

De pie, Camila conversaba con Mirmont, mostrándose continuamente desdeñosa, sin que por esto aparentase encontrar al funcionario indigno de su conversación; en algunos instantes reía mostrando sus blancos dientes un poco agudos, pero muy bien alineados. Su mano jugueteaba con las hojas de un libro y su blanca muñeca se destacaba de la negrura del traje con el brillo del jazmín.

—Me parece que se muestra algo coqueta con él—dijo la señora Brécart.

¡Camila coqueta! La señora Frogé miró á Clara con estupefacción; pero le parecía que hablaba con seriedad. Fijó entonces los ojos en su sobrina, y en verdad, cualquiera que no la conociese creería que estaba coqueteando; tenía un modo de bajar los ojos, de mirar de lleno á su interlocutor, que formaba extraño contraste con su modo de ser habitual; ¡pero Camila coqueta! Ella, que era tan perfecta, y despreciaba tanto á los hombres, era imposible que pudiese proceder de una manera semejante. La señora Frogé explicó á la joven todas las cualidades de que su sobrina estaba adornada.

Clara la oía sonriéndose, y su mirada, rebosando inocente malicia, se cruzaba con la de su esposo, que no le

jos de allí explicaba al bueno de Frogé el complicado mecanismo del plan de estudios de la escuela central. Pablo Brécart se divertía en hacer comprender los descubrimientos modernos á un espíritu tan sencillo como el del viejo profesor de literatura, cosa que le parecía muy divertida al ingeniero. Encantado de ver que su esposa también había encontrado la manera de distraerse, le hizo una señal imperceptible para cualquiera otro, prosiguiendo después la conversación.

—Desgraciadamente—dijo suspirando la señora Frogé—Camila ha tenido muy pocas ocasiones de frecuentar la sociedad; usted ve ese caballero, yo creo que le han interesado su belleza y sus buenas cualidades; sin embargo, yo no puedo invitarle todos los días, y como no puede verla más que en nuestra casa, esto va á durar mucho tiempo; además los matrimonios que se arreglan en seguida, no me inspiran confianza.

—Querida señora mía—repuso Clara—comprendo su embarazo, y yo puedo con mucho gusto acudir en su auxilio. ¿Conoce usted á fondo al señor Mirmont?

La señora Frogé explicó con todos sus detalles la antigua amistad y las buenas relaciones que ligaban á Mirmont con su esposo, extendiéndose sobre los méritos y cualidades del funcionario, con tanta minuciosidad, como si desde los siete años le hubiese tenido siempre á su lado.

Las gentes que apenas conocen la sociedad, se prestan con extraordinaria facilidad á dar á los demás el carácter que quisieran que tuviesen. Nada es más peligroso ni más erróneo que los informes dados por esos espíritus sencillos que ven en los demás su propia imagen.

En boca de los esposos Frogé, Mirmont era un hombre completo, un funcionario admirable, un solterón modelo. Si le hubieran preguntado á Isabel si Mirmont había tenido amantes, hubiese levantado las manos al cielo con una indignación sin límites.

La señora Brécart, aunque joven y virtuosa, por lo mismo que era mujer, y mujer de sociedad, veía un poco más claro que la buena Isabel. La misma pregunta que hubiese escandalizado á la anciana señora, á ella no le hubiera hecho levantar las manos al cielo, sino que hubiera contestado con una sonrisa y un prudente silencio; pero, sobre los demás puntos no tenía ningún motivo para recusar la competencia de la anciana y aceptó á Mirmont por un cumplido caballero, de una moralidad irreprochable, lo cual era verdad en todo, menos en lo referente al bello sexo.

Separándose sin ceremonia del lado de la señora Frogé, que en el acto se quedó dormida, Clara fué en busca de su marido y aprovechando la primera coyuntura favorable le llamó aparte.

En dos palabras le explicó las esperanzas de la señora Isabel, las cualidades de Mirmont y la dificultad de casar á Camila sin ayudarla, sin prestarle un poco de apoyo moral; en un momento convino un plan que hizo aceptar á Pablo, un poco asombrado de aquel proyecto.

—[Todo lo que tú quieras, me entrego por completo á tí]

Pablo regresó al lado del viejo profesor que le esperaba con impaciencia, ansiando seguir el movimiento. A decir verdad, el movimiento databa de hacía veinte años

¡y qué años! los más hermosos y fecundos para la ciencia, y, sin embargo, para aquel buen hombre todo era completamente nuevo.

De este modo, conoció de repente los descubrimientos de Claudio Bernard, los de Berthelot, los de Pasteur, y en otro orden de cosas el éxito alcanzado por Emilio Zola. A cada nuevo descubrimiento que le hacían se daba una palmada en el muslo exclamando:

—¡Dios mío, cómo marcha el siglo!

Mirmont acabó por separarse de Camila para ir en busca de las dos señoras, y, cosa extraña, la joven que tan poca atención le prestaba, no se vió abandonada sin sentir cierto despecho, al verle sentar al lado de Clara; no pudo pasar sin colocarse lo más cerca posible para oír su conversación.

Aquella conversación, aunque superficial y fría, bastaba á un hombre inteligente como Mirmont, pues no puede negarse que lo era.

Hablaban de la última novela de X; un libro indigno, cuyo solo título hizo bajar los ojos á Camila, declarando á la vez que nunca leerían semejante libro; de las fuentes de Wallace, de la salud pública, de una ópera que no había tenido éxito, del elefante de la *Vuelta al Mundo*, y, por ende, del jardín de aclimatación y del intratable Toby; pues Toby y sus detestables celos ponían sobre el tapete los diferentes sistemas de educación, y ¡he aquí que Clara, pisoteando la moral y el respeto á la maternidad, se atrevió á hablar de los defectos de su hijo, comparándoles con los del elefante joven y de mal genio que había en el jardín! Camila, al oír á su amiga, no pudo reprimirse y sus ojos, llenos de

piEDAD, se fijaron en Pablo como diciéndole, que había hecho muy mala elección de esposa.

Pablo no parecía preocuparse gran cosa de la desgracia que le atribufan; hablaba con animación, le gustaba la ciencia, amándola apasionadamente, la veía de continuo crecer y extenderse con la alegría de un padre que contempla el desarrollo de su hijo; con la de un ciudadano que asiste á la gloria de su nación; con algo más amplio, más elevado, más impresional que todos estos sentimientos y que únicamente conocen los que aman de veras á la ciencia y á los hombres. Hablaba como un amante apasionado, y con esa parte de modesto orgullo que se reserva el operario que ha tenido intervención en una obra grande, que sabe es útil su labor. Aquella conversación llenaba su alma, y si Camila no comprendía sus palabras en cambio admiraba su elocuencia y la expresión de su semblante.

Las mujeres admiten con facilidad que el hombre á quien aman, viva en un ambiente que les es desconocido por entero. Se contentan con la parte que se les da, y le permiten que pase lo mejor de su vida en un orden de ideas que ignoran en absoluto. De aquí proviene su dominio sobre los depravados que no ven en ellas más que un paréntesis en sus trabajos de orden más elevado; de aquí proviene también su debilidad en los momentos en que su dicha está en la balanza, entre el deber ó el interés de los hombres. ¡Nunca pueden saber lo que pierden en dignidad y valor moral, á los ojos de su marido, cuando abdicen del sagrado derecho de compartir sus fatigas, sus trabajos, sus penas, y también la recompensa de los mismos!

Camila no iba tan lejos ¿qué le importaba la ciencia? ¿Y la filosofía? ¡aun mucho menos! Los hombres se ocupaban de esas cosas, y las mujeres debían ignorarlas por modestia, por pudor femenino; una mujer muy instruída, á los ojos de Camila, como á los de la mayor parte de las demás mujeres, es un poco sospechoso y casi digno de censura. El *deber* de una mujer bien educada está en no tratar de elevarse por encima de su sexo.

Pablo continuaba hablando, y Camila mirándole. La música de aquella voz viril la encantaba hasta el éxtasis. ¡Que no hubiera dado porque le hablase á ella con aquel calor, con aquel entusiasmo. De repente se detuvo por una falta de memoria, se interrumpió buscando en su imaginación, y no encontrando, impaciente, se dirigió á su esposa.

—Clara, ¿sabes cómo se llama el célebre astrónomo ruso?

—Struve—respondió su esposa con sencillez, continuando la frase que dirigía á Mirmont.

—¡Struve, sí, este es!—Y Pablo siguió la conversación.

Camila quedó como en un sueño mecida por aquella voz querida.

¡También se ocupaba Clara de esas cosas... conocía los nombres de los sabios... No sería una casualidad! A veces también se mezcla el nombre de los astrónomos rusos con el de los elefantes del Jardín de aclimatación.

Gustavo observaba los ojos de Camila, viéndola gravemente emocionada; la calma de Clara le admiraba; no podía explicarse el que no hubiese notado las inten-

ciones de su amiga, y al mismo tiempo mil ideas diferentes se agitaron en su cerebro. Al fin terminó Pablo su conversación y Clara se puso en pie para marchar.

—Ustedes comerán con nosotros el domingo—dijo á los esposos Frogé.—Camila, tú también vendrás. Señor Mirmont, mi esposo quiere rogarle sea usted de los nuestros.

Pablo agregó algunas frases, y Mirmont, impulsado por un intento de perversidad, aceptó sin querer preguntarse con qué objeto le invitaban. Le hubiera costado poco trabajo confesarse que se le miraba como un pretendiente, por más que respecto á Camila sólo tenía vagas intenciones y muy poco matrimoniales. Aceptó porque le parecía que entre las dos mujeres se había empeñado una extraña partida y deseaba conocer el desenlace.

Se despidieron, y nuestro funcionario, á la vez que caminaba iba mirando á los astros; después de veinte minutos de reflexión se dijo, sonriendo á las castas estrellas:

—Son las dos muy hermosas, y sería muy extraño que de las dos, cuando menos, no cayese una en mi poder... Los celos, el despecho, la venganza... ¡la vida es pura diversión!

Media hora después Gustavo Mirmont ponía la cabeza sobre la almohada durmiéndose con la tranquilidad de un justo.

VII

Hacia fines de Julio, después de un día de calor sofocante, la señora Brécart tomaba el fresco en su hermoso saloncito: Pablo asistía á una comida de etiqueta, debiendo regresar tarde á su casa. Bebé dormía en la salita próxima, cuya puerta á medio abrir, dejaba escapar la débil luz de una lamparilla, y Clara había hecho retirar la del salón, pues las luces de la plaza del Chatelet bastaban para alumbrar la habitación.

La joven, sentada cerca de la ventana, gozaba de las delicias de aquella noche hermosa: cuando no se tiene al lado al esposo querido, saber que regresará pronto es una cosa agradable; al menos, así pensaba la señora Brécart. La soledad que algunos encuentran odiosa, tiene para los seres felices un encanto particular: lo mismo que el avaro que se encierra para contar su tesoro, algunas veces también es agradable quedarse á solas para recordar todas las alegrías, para dar en nuestro fuero interno gracias á la suerte. Esto es lo que hacía Clara. Sentada en un sillón mirando con vaguedad hacia un ángulo de la plaza, viendo la sombra de los árboles, iba recordando su vida, llena de satisfacciones y de tranquilas alegrías.

Durante los días del noviazgo, bajo la mirada pru-

dente y sagaz de su madre, había aprendido á tener paciencia, veinte años de matrimonio enseñaron á la señora Langé que las ideas de su marido era difícil hacérselas cambiar: el recuerdo de aquella época era uno de los que Clara evocaba con más gusto. Después llegaron las alegrías del amor triunfante, el día en que Pablo le confesó su pasión, la tranquila gravedad de los primeros días de su matrimonio; luego las emociones de la joven que ocupa en la vida una posición definitiva, que tiene un compañero y un amigo, que se acostumbra, guardando el esposo la debida consideración, á tratarle con alegre familiaridad; luego la maternidad, que á Clara produjo la impresión de una corona sobre su frente, como si fuese la consagración de sus deberes, de sus virtudes de esposa... todo esto era muy dulce, muy serio, casi grave, y Clara colocó sus manos unidas, sobre su pecho emocionado, como para estrechar en dulce abrazo al esposo querido y al niño que dormía en la cuna.

En aquel instante se oyó un fuerte campanillazo y la joven se levantó sobresaltada.

—¡Pablo!—se dijo asustada.—¡Pero si él no llama así!

Corrió hacia la puerta del salón, viendo entrar una forma femenil.

—Soy yo, Camila—dijo la recién llegada en alta voz y con entonación de desdén.—¿Te molesto?

—Estoy sola—repuso Clara sintiendo que el corazón se le oprimía.

Aquella voz, aquella presencia, venta á romper el encanto de sus recuerdos; después de su silencio y reco-

gimiento, le parecía entrar en una sala alumbrada con esplendidez, y esto le hacía daño.

Volvió al lado de la ventana, y maquinalmente ofreció una silla á la joven, que se dejó caer en ella con indiferencia.

—Estás sola y sin leer. ¡vamos, un poco de poesía!—dijo Camila con entonación irónica.—¡Siempre fuiste algo poética!

—No sé si el estar á obscuras es poesía—repuso Clara, no sin esfuerzo, pues aun estaba mal despierta de su sueño—pero me encuentro muy bien así, la semiobscuridad me agrada á la vista...

—¿Y tu marido?—preguntó Camila con fingida indiferencia.

—Come fuera.

—Si te estorbo, dímelo; ya sabes que uno de mis deseos en este mundo es el de no estorbar nunca á nadie.

—Tú no puedes estorbarme, pues estaba sola y, como dice Calínez, ocupada en no hacer nada—dijo Clara, esforzándose en ser amable, á pesar de la gran laxitud que de repente se apoderó de ella.

—Entonces me quedo. Tal vez te admire mi presencia á estas horas ¿verdad?

—En efecto... ¿Qué hora es?

—Cerca de las nueve y media. Mis tíos deben estar ya acostados; pero yo no tengo sueño y he venido á verte.

—Muchas gracias. Pero ¿por qué sales á estas horas?

—Me ahogaba en mi habitación y creía que el fresco de la noche me sentaría muy bien. Desde hace algunos

días he tomado la costumbre de pasearme todas las noches.

—¿Y cuándo llueve?

—Cojo el paraguas.

—Y tus tíos ¿qué dicen?

—No se lo he preguntado; creo que en un principio les desagradaba, pero ahora se han acostumbrado.

Clara pensó que nadie se acostumbra á la idea de que un ser querido, del cual somos responsables, recorre sola y de noche las calles, sobre todo tratándose de una joven de reconocida belleza; pero no dijo nada.

—Es para volverse loca, eso de permanecer encerrada como una ardilla día y noche, siempre en el mismo cajón, sin reposo ni tregua. Mis paseos me hacen cambiar de ideas. Estoy encantada con este descubrimiento.

Clara siguió sin responder, le parecía ver factible el cambio de ideas sin salir sola y de noche. En una ocasión tuvo necesidad de salir sola una noche: fué algunos años antes; la criada estaba enferma, su esposo bastante delicado, y tuvo que ir á llevar un trabajo que corría mucha prisa, y lo hizo para no comprometer en un ápice la reputación de exacto que tenía Pablo Brécart, y que nunca desmintió; se puso una capa y un capuchón y á pesar de las súplicas de su marido, fué á depositar el precioso manuscrito á la caja para recibir cartas, que en provincias suelen tener todas las casas.

Aquel paseo en la pequeña población de San Martín, en donde nada tenía que temer, le dejó sensibles recuerdos. El encuentro de algunos hombres, le causó menos espanto que el de dos mujeres que hablaban alto y refan á carcajadas en medio de la calle. Se avergonzó

tanto como si fuese una culpable; evitando la luz de los faroles regresó en seguida á su casa, satisfecha de haber hecho una cosa útil, y humillada al pensar en las villanías que cubre la noche con su enorme manto. Ante tales recuerdos, la manía noctambula de Camila le parecía menos explicable que cualquiera otra.

—¿En qué piensas?—le preguntó Camila de pronto.

—Te escucho—replicó la joven enderezándose en el sillón.

—¡Y bien! ¿qué dices?

—Yo no digo nada; cada cual procede según sus gustos... Por mi parte no me gusta salir sin mi marido, de noche mucho menos.

—¡Ah, querida mía; no todas pueden tener marido! Cada uno hace lo que puede—respondió Camila con una risita seca y nerviosa.—¿Qué hace el tuyo?

—Come fuera de casa—respondió Clara sintiéndose invadida por una especie de malestar. Aquella entonación resuelta, aquellos modales libres le desagradaban, molestándola infinito, sin saberse explicar el por qué.

—¿Lo hace con frecuencia?

—Casi nunca; es una comida de amigos y hay entre ellos camaradas á los que nada se puede negar. Creerían que uno quiere separarse de ellos.

—Siempre se puede rechazar aquello que no nos agrada—replicó Camila con sequedad.

—No soy de ese parecer—respondió la joven defendiendo á su esposo contra una insinuación que no quería ni podía comprender.—Cuando se es más rico ó más influyente que antes, no se puede negar nada á los ami-

gos que nos conocieron en una posición muy mediana; parecería que uno les vuelve la espalda..

—¡Bah! amiga mía, á los hombres siempre les parece bien hallar pretextos para pasar un día alegremente... En el fondo les agrada no comer en tu casa; esta es la verdad.

Camila se puso á reir de un modo seco, y en seguida sintió un violento acceso de tos. Llevó el pañuelo á la boca, reclinóse sobre el respaldo del asiento y quedó callada un instante.

—¿Toses mucho? le preguntó Clara con interés, sintiéndose inquieta y comprendiendo al fin que algo de anormal ocurría en el espíritu de su amiga.—¿Te ocurre eso con frecuencia?

—Sí, con mucha frecuencia.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde dos ó tres meses.

—No deberías salir de noche hasta que te curases el resfriado.

—No es resfriado.

—Pues ¿qué es?—preguntó Clara con ansiedad, acordándose de pronto de ciertos rumores que circulaban por San Martín de las Minas.

Camila guardó silencio un instante é impulsada por un extraño presentimiento, repuso:

—Mi madre murió á los veintiséis años, después de haber tosido algunos meses, yo ya tengo veinticinco años cumplidos; esto es todo.

Clara se estremeció; en efecto, entre sus recuerdos de la infancia, uno de los más vivos era la entrada de Camila en casa de sus padres, mientras enterraban á su

madre. Aquella carita pálida, con ojos grandes, ojerosos, las manos cruzadas sobre el traje negro, le habían causado dolorosa impresión. La niña fué creciendo, y su aspecto enfermizo pareció desaparecer.

—¿Has visto á algún médico?—le preguntó en voz baja, colocando con familiaridad una mano sobre el hombro de su amiga. La evocación de aquel recuerdo hacía que ahora la quisiese cien veces más. En aquel instante la amaba tanto como en los mejores días de su amistad infantil, y, además, el nuevo temor le inspiraba enorme ternura. Camila movió la cabeza riéndose, á pesar suyo, con nerviosidad. Clara retiró la mano.

—Mis tíos me han hecho auscultar por un médico viejo.

—¿Y qué?

—¡Pues, nada! ¿Es que acaso entienden algo esos señores?

En seguida la acometió un nuevo acceso de tos, esta vez le duró más tiempo, dejándola muy débil. Clara notó entonces que el afán de su amiga de pasearse de noche podía producirle un acceso de fiebre; oprimió con suavidad la muñeca de su amiga, la piel estaba seca y ardiente, la arteria latía con rapidez y con movimientos convulsivos. Tuvo miedo.

—¡Camila, estás muy enferma!—le dijo.

—Es la parte moral la que está enferma—repuso la joven—no hablemos de esto. Hablemos de ti. Nunca nos encontramos solas y no podemos conversar... Refiéreme algo de tu casamiento; en el fondo yo no he sabido cómo fué.

Con alguna desconfianza, en un principio, pues Cla-

ra temía herir las múltiples susceptibilidades de su amiga, después, con más abandono, á medida que iba penetrando en los detalles de aquel tiempo feliz, que le agradaba recordar, como vuelve á leerse un libro agradable, fué refiriendo la historia de aquel amor tan sencillo como honesto. Cómo la amó Brécart, sin saber por qué; tal vez porque adoraba á su madre: porque hacía muy buenos dulces—decía la joven sonriéndose—el modo como se lo dejó entrever, un día que estaban solos y que él empezó á hablarle, corriendo ella en busca de su madre que los dejó juntos para ir á una habitación inmediata... Cómo fué la señora Laugé quien oyó la declaración del ingeniero, aconsejándole que por el pronto guardase silencio y no le dijese nada á su esposo, que era muy bueno, pero que se parecía mucho á José Prudhomme, y que irremisiblemente quería á su hija para un funcionario que estuviese condecorado. Siendo condición precisa que ambas cosas lo fuesen del gobierno: una sola no era suficiente...

—¿Y bien?—preguntó Camila que escuchaba reteniendo la respiración.

—Pues bien; todo aquello duró diez y ocho meses; poco á poco, mamá fué inspirando á papá la idea de tener un yerno que no fuese condecorado, ni tampoco funcionario; en seguida, hubo sus alternativas: días en que papá parecía consentir, otros en que sufriendo los ataques de gota, era más intratable que nunca. Con el corazón dolorido yo oía estas discusiones en silencio. Felizmente, por las noches nos era fácil vernos en un sitio ú otro.

—¿Pero en aquella época no os hablabais nunca?—preguntó Camila.

—¡Ay no! ¡Pero nos mirábamos! Un día, papá sintiéndose vencido, exclamó:

—¡Si al menos pudiese encontrar un yerno como Pablo Brécart! ¡He aquí uno que hará carrera, será funcionario y condecorado! Yo estuve para saltar á su cuello y decirle: ¡Yo le adoro! Mamá me hizo una seña y me mandó que fuese á arreglar la ropa. Aquella noche no pude dormir; me parecía que antes de veinticuatro horas estaríamos casados. Al día siguiente la cosa cambió, papá había tenido un ataque de reuma en la rodilla izquierda, aquel yerno ya no le agradaba por completo. ¡Mi madre fué la que tuvo que armarse de paciencia! ¡Pobre mamá! Y todo eso para verse un día cobardeamente abandonada por los mismos á quienes ella casó!

Clara á la vez que se refa se enjugó una lágrima, pero la voz de Camila la sacó de su recuerdo.

—Era en aquella época cuando Pablo hacía el amor á todas las jóvenes...

—Incluso á mí—interrumpió Camila.

Un recuerdo importuno cruzó por la imaginación de la señora Brécart; pero en seguida se desvaneció.

—Incluso á tí, naturalmente—repuso Camila, lo contrario no hubiese sido justo.

Y he aquí que un día un funcionario condecorado hizo á mi padre no sé qué tontería.—¡Nunca un hombre de esta clase será mi yerno!—exclamó.—Mamá, como dice mi esposo, asíó la ocasión; había preparado muy bien el terreno y sus palabras no fueron perdidas; ocho días después mi esposo hacía su petición del modo más fino y formal que puedes imaginarte, lo mismo que si trazase una figura geométrica, y mi padre, después de

haberme consultado con la mayor gravedad del mundo, le concedió mi mano. Justo es decirlo: en aquel intervalo Pablo fué funcionario; pero aun está sin condecorar.

—¿Y después?—preguntó Camila.

—¡Después, nos casamos!—repuso Clara.

—¡Cuéntame eso!

—Eso no se cuenta—replicó la joven sonriéndose.—Apenas me acuerdo de nada. Yo llevaba un traje blanco, la portezuela del coche se cerró cogiéndome la cola, de manera que fué necesario abrir las dos para que yo pudiese salir, parece que la boda se hizo con mucho lujo... Durante la misa cantó un tenor, aficionado, con voz de falsete; después almorzamos, se comió y se cenó... Ya sabes lo que se puede comer en San Martín sin morir de indigestión; yo no comí nada, estaba muy contenta.

—¿Y tu marido?

—No decía nada, de vez en cuando sentía la manga de su levita rozar mi velo. Cuando me dió la mano á través del guante sentí que estaba fría. Creo que nuestro aspecto era muy estúpido, al menos así lo supongo.

—¿Y después?

—¿Después? Resulta muy extraño tener una casa propia, llevar las llaves en el bolsillo, cuidar la ropa, creo que los ocho primeros días las cambiaba de posición una vez por la mañana y otra por la tarde; para lograr un efecto más hermoso; luego iba á la cocina para probar las salsas, y lo hacía tantas veces que al ponerlas en la mesa ya no quedaba nada. Pero creo que no lo hacía yo sola, para algo estaba la criada; cambié

de criada y entonces quedó salsa, á pesar de probarla yo repetidas veces.

—Y tu esposo, ¿qué decía?

—¡Se conformaba con todo! ¡Siempre ha estado contento! Es el hombre mejor que hay en el mundo.

Aun hubiese querido Camila seguir preguntando; pero no sabía cómo hacerlo. Absorbía con voluptuosidad el veneno que desde hacía dos meses le abrasaba: en un principio luchó consigo misma; pero después creyó tener una calma engañadora. La presencia de Pablo no la agitaba menos que su ausencia; esto que lo había considerado como una prueba de indiferencia, no era más que una frialdad fingida, puesto que ella no vivía más que para él, de su recuerdo, del eco de su voz. Iba á casa de Clara, y Pablo estaba ausente, no lo sentía, tal vez le agradaba más no encontrarle; prefiriendo interrogar á su mujer, tocar mil objetos que le pertenecían, respirar aquel olor particular á cada vivienda; olor que no encontraba en otra parte, que á los perros y á los ciegos señala la presencia de un individuo determinado. El perfume suave que Clara se ponía en sí y en las ropas, mezclado con agua de colonia, era el característico de Pablo; Camila lo aspiraba con delicia, haciéndose prestar libros, que no leía, solamente por tener este olor en su gabinete de trabajo, que la sumía en una embriaguez sólo comparable á la del opio.

No amaba á Pablo, puesto que en su presencia no sentía latirle el corazón ni sonrojarsele el rostro; durante ocho días creyó amarle, después una pasión irresistible se despertó en su alma, al verle una noche en su gabinete de trabajo, de pie bajo la luz de la lámpara,

con la corbata deshecha y el cuello desabrochado. Un torrente de dolor y gran angustia oprimió su garganta; sintió deseos de caer en tierra, á sus plantas, y sentir el pie de aquel hombre magullar su cuerpo; feliz de morir de aquel modo, puesto que no le era dado vivir para él.

Aquel minuto de locura dejó á Camila muy humillada: le amaba á pesar de todo, después de haber creído que nunca se ocuparía de él. Entonces transigió con su conciencia, y su orgullo la impulsó á tender una tabla de salvación.

¡Pero Pablo nunca sabría que ella le amaba! Conocía el deber cuya severidad había regulado siempre su vida. Su deber era dejarle á Clara el esposo, que Dios y los hombres le habían dado. Además, ¡qué importaba á aquella virgen orgullosa lo que los hombres llaman amor y que á ella le parecía una cosa despreciable y vulgar! Lo que quería de él era su estimación, su amistad completa.

Verdad es que Clara tenía virtudes; pero eran muy materiales. Le gustaba comer bien, los muebles buenos, los trajes elegantes; se ocupaba del arreglo de la casa y del niño. Eran cuidados que Camila le dejaba; pero al lado de estos detalles de la vida había sitio para otras cosas: Pablo merecía tener una amiga que le comprendiese, que elevara su alma hacia las regiones de lo ideal, que Clara se empeñaba en arrastrar sobre la tierra. Sí, había algo más elevado que el amor conyugal, siempre mezclado con un poco de arcilla, había una amistad tranquila, ideal, casi santa... Esto era lo que Camila podía ofrecer á Pablo Brécart sin quitarle nada á su mujer.

Ante este sofisma se detuvo el pensamiento de la joven, adornando con nombres hermosos la pasión que sentía por el marido de otra. A partir de aquel momento cesaron las vacilaciones, los remordimientos; ella haría lo que Clara dejaba de hacer y nada tendría que reclamarle, pues con su amistad daba á Pablo lo que ella no le podía dar.

Desde entonces aceptó el ofrecimiento de la señora Brécart para visitar su casa tantas veces como quisiera, con la mayor frecuencia posible. Iba dos ó tres veces por semana, durante el día á las horas de comer, en las que tenía seguridad de encontrar á Pablo en su casa. Asistía al almuerzo sin participar de él; conversaba con los esposos, con preferencia con el marido; pues la esposa se ocupaba en dar de comer á su hijo, en vigilar el servicio, no prestando á sus palabras más que una atención distraída.

Al cabo de algunas semanas ya no se la anunciaba; entraba y salía como si fuese alguien de la casa. Pablo y su esposa se habían acostumbrado á su manera de ser; solamente el niño no quería nada con ella; por instinto detestaba á Camila; cuando ella estaba presente no decía una palabra; si Bebé detestaba á Camila, Camila lo detestaba mucho más á él. ¡Odiar á un inocente! Así era: odiaba al niño, á aquel fruto de la carne, á aquella prueba irrecusable del amor de los esposos. Sin él hubiera podido pensar en la existencia que llevaban uno al lado de otro; era la de hermano y hermana, pero no la de amantes; en este caso su imaginación de soltera le hubiese evitado una tortura de que en vano quería librarse. Odiaba al niño, como odiaba la alcoba de Clara y el

lecho con las dos almohadas. Podía soportar que Pablo tutease á su esposa, pues que ella también la tuteaba; perdonarle que la abrazase delante de ella, pues Clara abrazaba algunas veces á su amiga; pero la presencia del niño le era insoportable por completo.

También Bebé se ponía serio tan pronto como la veía; si hubiese podido hablar hubiera dicho muchas cosas; pero su lenguaje no estaba á la altura de sus sentimientos, se contentaba con obstinarse en no recibir los besos de Camila y ésta dejó muy pronto de ofrecerse los.

Clara nada veía; encontró siempre á su amiga *original*, y por parte de ella no había excentricidad que la admirase, puesto que desde la infancia conocía su carácter. Camila la reñía siempre en aquella época, le arreglaba sus encajes arrugados en baile, la sermoneaba sobre la necesidad de poner las cosas en orden; sermones inútiles, pues Clara era tan cuidadosa ó más que su amiga, aunque menos exagerada y menos desagradable para su prójimo; á pesar de todo esto, Camila no dejaba de predicar á Clara sobre el deber, la abnegación y el desprecio á las cosas de este mundo. Tantas reprimendas, filípicas y sermones habían acostumbrado á la señora Brécart, cuando no era más que la señorita Laugé, á bajar la cabeza ante su amiga, casi lo mismo que cuando llueve, para no recibir el agua en pleno rostro. Así es, que sin esfuerzo, adquirió la costumbre de verse siempre criticada. Ahora poco importaban á aquella mujer tan feliz las represiones de una amiga que era menos afortunada que ella.

Tampoco se preocupó de la forma en que Camila se

dirigía á su esposo haciendo apenas caso de ella. Su alma tranquila, ignoraba los celos y sus mezquinas inquietudes; además, preocupada con la idea de que su amiga acabaría por casarse con Mirmont, no perdía ocasión para hacer que se encontrasen, y su atención se reconcentraba únicamente sobre este punto.

Hay personas que se introducen en las casas sin saber por qué, y que se arraigan sin que sea posible explicarse cómo. Gustavo Mirmont fué á comer á casa de Brécart, con la familia Frogé; nada más natural, puesto que había sido invitado. Ocho días después hizo una visita de cortesía. Luego volvió trayendo un palco del ministerio para el Teatro Francés, en el que se representaba un drama en verso, que fué muy aplaudido. La señora Brécart le aceptó con gratitud, á la vez que pensaba que aquello era un medio hábil de Mirmont para encontrarse con Camila. Con este motivo invitó á su amiga al teatro, rogando á Mirmont que fuese á verlas al palco. Camila aceptó la invitación, puesto que no era domingo; todo lo más que se permitía en este día era un poco de música sagrada; pero sus principios no le impedían gozar de la presencia de Pablo Brécart, ni aun en domingo, pues era el día que elegía para hacerle las visitas más largas; justo es también decir que durante la semana sus ocupaciones apenas la dejaban tiempo.

Mirmont se presentó en el palco, pasando en él cerca de una hora, y, aunque parece extraño é increíble, adquirió la convicción de que Camila amaba á Pablo Brécart, á la vez que sentía crecer su pasión hacia ella. Aquella joven que adoraba á un hombre casado, le pa-

recía una cosa exquisita é inabordable, y la dificultad de vencer redoblabá su pasión.

Sin embargo, tenía el convencimiento de que á pesar de sus rarezas, la conducta de Camila era irreprochable; esta convicción empezó por desagradarle, pues no era una esposa lo que buscaba; poco á poco le fué siendo más querida á medida que sentía mayor estimación por la joven. Al cabo de dos meses llegó á admirar con sinceridad la pasión que se reflejaba en los ojos de Camila, y que hacía que sus mejillas estuvieran sonrosadas por consunción, sin que la menor queja descubriese sus sentimientos.

La admiraba como á una hermosa obra de arte, y al mismo tiempo una rabía sorda por no ser él el amado le roía el corazón; cuando los celos le asaltaban, cosa que le ocurría con frecuencia, iba á ver á la señora Brécart. La tranquilidad de aquella casa, la cordial acogida que le dispensaban, después de haber sufrido los desdenes y genialidades de Camila, le producía el mismo efecto que si entrase en un paraíso. En aquel ambiente de amor y felicidad conocía que se deleitaba, y de estar su espíritu menos corrompido, se hubiese hecho mejor bajo la influencia de aquella mujer agradable y buena. Pero como en la composición de Gustavo entraba más arcilla que oro, no perdía ocasión de molestar á Camila, aparentando hacer la corte á Clara. Esta se preocupaba poco de aquellas amabilidades y fingía que le agradaban á fin de empujar á Camila hacia su adorador, gracias al espíritu de contradicción que suele ser el adorno más hermoso de nuestra débil humanidad.

Pablo, desde que en torno suyo se desarrollaba aque-

lla serie de pequeñas intrigas, había perdido la hermosa calma que antes le caracterizaba; más conocedor del mundo que su mujer, sentía en aquella atmósfera algo febril y mal sano, sin saber á qué atribuirlo. Notaba que Mirmont venía con frecuencia; que su esposa le recibía bien; que su casa ya no era la misma, que Bebé estaba con frecuencia serio, no comprendiendo que esto fuese siempre en presencia de Camila; y además, un hombre de treinta y cinco años no sortea impunemente una pasión como aquella, reflejada en las reprimidas miradas, en los ademanes de la joven, en su voz, en el apretón de manos que le daba al despedirse. Cuando esto sucedía, al suave contacto de aquella carne ardiente y nerviosa, sentía algo muy tierno y dulce, aunque él lo calificase de duro y agrio, y que tomaba por compasión, preguntándose el por qué de aquella piedad.

Sin saber la causa, empezó á regresar á su casa á horas inesperadas; todo lo hallaba como antes, nada había cambiado. Clara estaba tan sonriente, tan tranquila, como de costumbre. La joven se contentaba con hacerle observar, que si sin previo aviso le hacía cambiar las horas de la comida, la criada no podía tenerla á punto. Al siguiente día Pablo se incomodó con la criada porque las cosas no estaban á tiempo, y la puso en la calle. Esto sucedió dos ó tres veces seguidas. A partir de esto la casualidad quiso que Clara tuviese una serie de criadas á cual peor.

Camila, que despreciaba los auxilios de los criados, contentándose con servirse á sí misma, tomó la costumbre de preguntar á su amiga cada vez que iba á verla, si aun tenía la misma criada. Clara consideraba la pre-

gunta como una broma, pero á Pablo le molestaba.

—Te vuelves ridícula con tantos cambios—dijo un día á su esposa.

Clara podía responderle que de siete ú ocho criadas él había despedido la mitad, sin darle tiempo á que buscase otra; pero sabía que no era nunca conveniente provocar discusiones, cuando con ellas no han de remediarse las cosas; tomó la resolución de convertirse en cocinera y de hacerlo todo, y Pablo tuvo la satisfacción de ver la misma cara durante más de ocho días.

—¡Calla! ¿aun tienes la misma criada? esto me sorprende, me había acostumbrado á ver á cada visita un semblante nuevo—dijo Camila.

Pablo miró á su mujer que se sonreía y un gran remordimiento asaltó su corazón. ¿Era porque aquella cabeza loca se había burlado de su mujer dirigiéndole una censura inmerecida? Comprendió su injusticia y tuvo vergüenza de ella. Volvió entonces su mirada hacia Camila y vió en sus lucientes ojos centellar la flecha que aun se agitaba en ellos.

—Se hace lo que se puede y no lo que se quiere, señorita—repuso no sin cierto esfuerzo para sonreír;—en cuéntrenos usted criadas que eleven á la categoría de principio el cumplimiento de su obligación, y dejaremos de cambiarlas. Por mi parte, renunció á ello, pues nunca he encontrado ninguna.

Camila le miró con el corazón dolorido, á pesar suyo, y aquella mirada emocionó á Pablo; parecía decirle con mucha claridad:

—¡Puedes fustigarme tanto como quieras; en contra tuya estoy indefensa por completo!

Avergonzado de su vivacidad, descontento de sí mismo, se separó de las mujeres. Clara se sintió un poco contrariada, pero su alma tranquila no dió á aquel incidente ninguna importancia, considerándole como una de esas mil pequeñeces desagradables de las que está llena nuestra vida.

Sin embargo, preciso le era convenir que aquellas pequeñeces ocurrían ahora con mucha más frecuencia que antes, y que esto databa de la fecha en que Camila entró en su casa; he aquí por que no la acogía con tanta cordialidad como antes; pero al pensar que su amiga estaba enferma, amenazada de una muerte tan prematura como la de su madre, sus agravios se desvanecieron de repente, y con su buen corazón no pensaba más que en la manera de socorrer á la joven.

Mientras hacía el panegírico de su esposo, Pablo volvió á entrar; creyendo á Clara sola en el salón, se acercó á la ventana, y en la semiobscuridad producida por la luz que penetraba de la plaza, se inclinó sobre la mujer que veía sentada en el sillón para abrazarla, como siempre lo hacía con su esposa al regresar á casa.

Camila sintió que la invadía un estremecimiento delicioso y mortal ante aquella aproximación; debía hablar y su voz hubiese indicado á Pablo el error que cometía; pero no tuvo fuerzas. Hubo un instante en que la sedosa barba del ingeniero rozó los cabellos de la joven.

—Pablo, te equivocas, es Camila, yo estoy aquí—exclamó Clara; y su mano atrajo al joven hacia ella, que depositó un beso en su frente; después se disculpó con Camila.

—Me voy—dijo ésta levantándose súbitamente.

—No te irás sola—repuso Clara acordándose de que su amiga estaba enferma.

—Estoy acostumbrada.

—Señorita, yo le acompañaré—dijo Pablo dirigiéndose hacia la puerta.

—Por mí, no se tome usted ese trabajo—dijo Camila.

—¡Sí, sí Pablo, acompáñala!—exclamó Clara.

Mientras que la joven se ponía el sombrero, la señora Brécart dijo al oído de su esposo:

—Está muy enferma, su madre murió joven y le ocurre lo mismo que á ella... Hazle hablar, confíesala; hay que salvarla.

Acompañó á su esposo hasta la puerta, y segundos después Camila y el ingeniero bajaban la escalera.

Al quedarse sola, Clara volvió al lado de su hijo que dormía con profundo sueño. Le miró algunos instantes silenciosa, casi triste, y una lágrima brotó de sus ojos rodando sobre la cuna.

—Pobre niño—se dijo—¡si te quedases huérfano como ella! ¡Ah, hijo querido, que no sepas nunca lo que es crecer sin madre!

Una segunda lágrima siguió á la primera, yendo á caer sobre la cerrada manecica del niño, que se despertó exclamando:

—¡Mamá!

—Duerme, angel mío—repuso Clara con dulzura—mamá está á tu lado.

El niño volvió á dormirse y Clara cesó de llorar.

VIII

Pablo había ofrecido su brazo á Camila y juntos caminaban á lo largo del muelle; la alegría del domingo casi había cesado, y París dormía en espera de que la salida de los teatros la volviese á despertar. Sorprendido por lo que su esposa le dijo; emocionado por un interés repentino, tal vez más vivo por ver aquella hermosa joven amenazada por próxima muerte, no sabía qué decirle; las preguntas se detenían en sus labios. Un acceso de tos le dió la ocasión que buscaba.

—Usted está gravemente enferma—dijo con dulzura.

—¡Qué importa!—repuso Camila acelerando el paso.

Se detuvo apretándole el brazo, obligándole á marchar con más lentitud.

—Importa mucho; usted es joven, la vida empieza ahora, es necesario conservarla.

—¡Para lo que vale!—repuso Camila sonriendo con amargura.

—La vida es una cosa buena, y es preciso quererla para que ella nos quiera—replicó Pablo con la convicción del hombre á quien la suerte le es favorable.

—Eso no siempre suele resultar verdad—dijo Camila.

Había en esta contestación tanta amargura, tanta

—No te irás sola—repuso Clara acordándose de que su amiga estaba enferma.

—Estoy acostumbrada.

—Señorita, yo le acompañaré—dijo Pablo dirigiéndose hacia la puerta.

—Por mí, no se tome usted ese trabajo—dijo Camila.

—¡Sí, sí Pablo, acompáñala!—exclamó Clara.

Mientras que la joven se ponía el sombrero, la señora Brécart dijo al oído de su esposo:

—Está muy enferma, su madre murió joven y le ocurre lo mismo que á ella... Hazle hablar, confíesala; hay que salvarla.

Acompañó á su esposo hasta la puerta, y segundos después Camila y el ingeniero bajaban la escalera.

Al quedarse sola, Clara volvió al lado de su hijo que dormía con profundo sueño. Le miró algunos instantes silenciosa, casi triste, y una lágrima brotó de sus ojos rodando sobre la cuna.

—Pobre niño—se dijo—¡si te quedases huérfano como ella! ¡Ah, hijo querido, que no sepas nunca lo que es crecer sin madre!

Una segunda lágrima siguió á la primera, yendo á caer sobre la cerrada manecica del niño, que se despertó exclamando:

—¡Mamá!

—Duerme, angel mío—repuso Clara con dulzura—mamá está á tu lado.

El niño volvió á dormirse y Clara cesó de llorar.

VIII

Pablo había ofrecido su brazo á Camila y juntos caminaban á lo largo del muelle; la alegría del domingo casi había cesado, y París dormía en espera de que la salida de los teatros la volviese á despertar. Sorprendido por lo que su esposa le dijo; emocionado por un interés repentino, tal vez más vivo por ver aquella hermosa joven amenazada por próxima muerte, no sabía qué decirle; las preguntas se detenían en sus labios. Un acceso de tos le dió la ocasión que buscaba.

—Usted está gravemente enferma—dijo con dulzura.

—¡Qué importa!—repuso Camila acelerando el paso.

Se detuvo apretándole el brazo, obligándole á marchar con más lentitud.

—Importa mucho; usted es joven, la vida empieza ahora, es necesario conservarla.

—¡Para lo que vale!—repuso Camila sonriendo con amargura.

—La vida es una cosa buena, y es preciso quererla para que ella nos quiera—replicó Pablo con la convicción del hombre á quien la suerte le es favorable.

—Eso no siempre suele resultar verdad—dijo Camila.

Había en esta contestación tanta amargura, tanta

cólera reprimida, y tanto pesar oculto, que Pablo no supo qué responder. Sin embargo, Clara había encargado que sondease á Camila, y el interés de su esposa despertaba también el suyo en unión de la curiosidad.

—¿Tiene usted por qué quejarse de la suerte?—preguntó.

—Yo! ¡Ah; no! ¡nunca! ¿Puede haber en el mundo una criatura más feliz que yo? Y además, señor Pablo, esto ¿qué le puede interesar á usted?

—Pero, señorita, el interés que nosotros tenemos...

—le interrumpió la joven—usted tiene otros cuidados, su posición, sus deberes, su mujer, su hijo... eso es lo que le debe inquietar; yo no soy nada para usted, más que una simple relación social, ni alegre, ni brillante, ni siquiera útil; reserve usted su interés para los que son dignos de él; mi vida no puede interesarle.

La contestación de Camila ponía á Pablo en un aprieto. ¿Tendría qué decirle que sentía interés por ella ó bien frases más expresivas y calurosas?

—Mi esposa y yo la estimamos mucho; para nosotros es usted una antigua amiga y no la hemos olvidado.

Camila movió la cabeza. Aquel *nosotros* la molestaba, y, sin embargo se había jurado no decir nada, morir antes que hablar de su amor.

—Dejemos eso, hablemos de usted—dijo.

Pero esto no era del agrado de Pablo, que quería conocer el significado de aquellas reticencias, de las palabras vehementes cortadas de pronto, y como pesarosa de haberlas pronunciado.

—¿Ha visto usted á algún médico?—dijo el ingeniero.

—Sí

—¿Qué dice?

—Nada que le pueda interesar á usted. Los que son felices en este mundo, ven las cosas de distinta manera que los desheredados.

Una idea luminosa cruzó por el cerebro de Brécart.

—Usted será feliz cuando quiera; estoy seguro que Mirmont...

—¡Yo no me casaré nunca con Mirmont!—repuso Camila con los labios temblorosos, y deteniéndose de repente—añadió: ¡Jamás! ¿lo oye usted, señor Brécart? ¡jamás!

—¿Por qué?—preguntó Pablo con alguna turbación.

—¿Por qué? ¡Los hombres siempre quieren saber, por qué!—respondió Camila con amargo desdén y continuando la marcha.

—A mí me parece que es muy rico, amable... que ama á usted es indudable...

—¿Por qué? ¿por qué?—repetía Camila caminando tan aprisa que Pablo no pudo contenerla.—¿Quiere usted saber el por qué? Diga, ¿lo quiere saber?

—Sí—repuso Pablo cada vez más turbado.

Camila se detuvo, mirándole de frente; sus ojos brillaban como carbones encendidos; su pálido semblante, contraído por la angustia, era de una belleza casi sobrehumana, y bajo sus entreabiertos labios sus dientes brillaban como ópalos.

—Porque amo á otro—respondió con voz entrecortada.—Porque amo á otro hasta la muerte y moriré

amándole, á otro que no me ama, y que no puede amar-me...

Pablo sintió que una mano invisible le oprimía el corazón; tenía miedo de lo que acababa de oír.

—¿Usted no me pregunta por qué no me puede amar? ¡Hace usted bien! Vamos, señor Pablo, esta confidencia le ha quitado á usted el deseo de arrancarme otras. ¡Me parece que yo no hago lo mismo que las demás! ¿No es así? Le veo á usted bastante preocupado. ¡Una joven que confiesa á un hombre que ama á alguien y que este alguien no le ama!... ¡Esto trastorna todas las ideas de usted! ¡Debe ser cosa de interrogarme de nuevo! ¡Quién sabe! ¡Si usted me preguntase el nombre del que amo, tal vez no se lo pudiera decir! ¿Usted no me lo preguntará?

Hablaba con tanta cólera, odio y desprecio hacia la sociedad, que Pablo se sintió triste.

—Señorita, yo no he de preguntarle nada que usted no me pueda decir—repuso Pablo con gravedad;—siento que mis preguntas hayan podido ser indiscretas y le prometo no repetir las.

Camila continuó caminando, pero su valor había decaído, parecía estar dominada por indecible lasitud y Pablo tuvo que sostenerla, pues más de una vez parecía que iba á caerse. Al llegar ante la puerta de su casa, llamó.

—Yo le prohibo hablar de esto á Clara—dijo,—se lo prohibo, puesto que usted no tiene derecho para hacerlo.

Antes que el ingeniero hubiese respondido, entró la joven volviendo á cerrar la puerta; Pablo se quedó per-

plejo. ¿Debía obedecer la prohibición hecha por Camila; callarle á su esposa lo ocurrido? Durante el regreso lo fué meditando, y al entrar en su casa aun no había podido hallar una contestación satisfactoria.

—¿Y bien?—le preguntó Clara al verle.

—Es una mujer muy extraña, tiene ideas muy extravagantes; creo que su alma está más enferma que el cuerpo.

—Si se decidiera á casarse con Mirmont, creo que se salvaría. ¿Y tú?—dijo Clara con acento de convicción.

—No le ama—repuso Brécart evasivamente.

Su mujer no le preguntó nada más. Un poco más de confianza por parte de Pablo, alguna curiosidad más por la suya, hubiesen podido llevarlos al terreno de las explicaciones, pero no fué así.

Camila volvió al día siguiente. Su costumbre de juzgarse y de estar contenta de sí misma, le había hecho aprobar por entero su extraña confidencia del domingo.

—Nunca podrá pensar que es él el hombre á quien amo—se decía;—he extraviado sus sospechas, en el caso de que pudiese tenerlas.

Volvió á visitarle completamente cambiada, alegre, casi gozosa; era de noche y por la noche Pablo la acompañaba á su casa.

Ya no le hizo más confidencias; pero, poco á poco, se iba acercando á él, interesándole en los acontecimientos de su vida; haciendo que la amistad fuese cada vez mayor, llegó á hacerse, no más amiga de Clara, á la que miraba con desdeñosa indiferencia, sino de su esposo.

IX

La tos de Camila iba siendo cada vez más pertinaz: bajo el efecto de aquella pasión que se desbordaba sin cesar y le era imposible reprimir, su semblante había adelgazado, sus hermosos cabellos perdieron el brillo, y las mejillas, cada vez más flacas, se teñían por la noche de vivo carmín. Clara sintió compasión por su amiga; la aspereza de su carácter, su visible malhumor, los epigramas que de una manera implacable lanzaba al comentar los menores errores de la joven, las acerbás frases con que acogía las advertencias hijas de una amistad leal eran merecedoras de indulgencia.

Clara era buena por temperamento; le gustaba ver á su alrededor caras alegres y sonrientes, le gustaba amar y ser amada, hacer bien, sin preocuparse de que le fuese ó no agradecido, y lo hacía con alegría, en silencio, sin darse cuenta de ello, obedeciendo á una especie de instinto natural, permaneciendo siempre ocultas sus buenas obras.

Nadie conocía la discreta caridad de Clara, ni aun era notada de los mismos que la recibían; para hacer bien lo economizaba de sus lújos, y en vez de servirse de sus cocheas, cuando salía de casa, considerando este gasto superfluo, lo hacía de los ómnibus.

¿Cómo hubiese Camila podido hacer en silencio la caridad? Su ostentación de virtud no estaba preparada para hacer renuncia semejante. En efecto, la primera recompensa de los que obran bien no suele en muchos casos ser la satisfacción oculta de haberla realizado, sino la publicidad del mismo; Clara ignoraba esta clase de satisfacción, ni aun el límite donde su caridad debía detenerse y al ver la actitud de su amiga, se decía:

—Camila está enferma.

Esta causa era suficiente para que lo disculpase todo. Sin embargo, le hacía sufrir y este sufrimiento se fué agravando hasta el punto de llegar á temer las visitas de su amiga, exactamente lo mismo que puede temerse un ataque de jaqueca cuyos síntomas se comienzan á notar; pero nunca pensó librarse de aquellas visitas temibles. Camila la obligaba á acompañarla en sus compras, á dar paseos, á veces muy largos, con cualquier pretexto.

—Tú que nada tienes que hacer me acompañarás— le decía: y la señora Brécart iba con ella al almacén de música, al de novedades, á casa del quitamanchas, de la florista, y con frecuencia, pensando en que Camila era pobre y muy penoso su trabajo, disminuía el valor de lo que había pagado, á fin de aliviar los gastos de su amiga. ¿Qué le importaba un luis más ó menos?

Se dejaba llevar así, no porque su carácter fuese débil, sino por bondad. Vea con claridad que Camila, en sus conversaciones con Pablo la relegaba á un lado, y, sin embargo, le sobraba inteligencia para alternar en aquellos diálogos, y guardaba silencio sufriendo aquel desdén por compasión; Camila estaba muy enferma y no era cosa de disgustarla.

Llegó el otoño con sus lluvias y sus tempestades; Camila seguía yendo por las noches; más de una vez se presentó mojada de arriba á abajo, riéndose; pues desde hacía algún tiempo reía mucho y con más estrépito que nunca. Clara hubiese podido hacerle notar que sus ropas mojadas manchaban los sillones color café y oro, que sus botinas dejaban huellas de barro en la magnífica alfombra del salón; nada de esto hizo, limitándose á permanecer en el comedor, cuyos muebles, por ser menos delicados, podían resistir mejor el barro y el agua.

—¿Has cerrado tu salón?— le preguntó Camila el mismo día que notó aquella innovación.—¿Tal vez ha sido por economía? Debes gastar mucho en calentarlo. Has hecho bien, apruebo esta reforma.

Sin saber por qué, Clara sintió que aquellas frases le molestaban.

—No ha sido por economizar el fuego, en nuestra casa el salón siempre está templado, pues si viene alguna visita no tenemos otro sitio donde recibirla más que allí; pero es por razón de limpieza, hace un tiempo muy sucio...

—¿Lo dices por mí?—replicó Camila con su acostumbrada suspicacia. Debieras habérmelo dicho en vez de andar con indirectas.

Pablo sin decir una palabra se levantó y cogió la lámpara llevándosela al salón. Llamó con fuerza diciendo á la criada, que se presentó asustada:

—Añada usted leña al fuego.

Después se sentó poniéndose á avivar los tizones.

Las dos jóvenes al encontrarse á obscuras le siguieron.

—Estoy inconsolable, señor Pablo—dijo Camila.—Ha tomado usted en serio lo que no era más que una broma inocente.

—Señorita, no se disculpe usted—interrumpió Brécart—la culpa es de Clara.

Aquella censura directa, la primera que Brécart dirigía á su mujer, produjo un silencio glacial. Clara sintió, bajo el influjo de tan innecesaria censura, que las lágrimas acudían á sus ojos; bajó la cabeza para devorarlas en silencio y fué á arreglar las cortinas de las ventanas. La lluvia azotaba los vidrios y notó que las maderas no estaban bien cerradas. Para reparar aquel descuido abrió una ventana, y en seguida una corriente de aire helado penetró en la habitación, haciendo temblar la luz de la lámpara, Camila tosió y Pablo dijo con impaciencia:

—¿Clara, quieres hacernos morir de frío? ¡Acaba!

La joven se apresuró á sujetar la falleba y á cerrar la ventana; pero ya no quiso hacer en la otra la misma operación.

Cogió su trabajo que había quedado sobre la mesa del comedor y volvió al salón para sentarse cerca de la lámpara. La criada trajo leña y pronto las llamas remontaron la chimenea. Pablo no decía nada, Camila entabló una de esas conversaciones sin objeto ni hilación en las cuales sabía con mucha habilidad eliminar á su amiga; pero aquella noche no tuvo por culpa suya que cambiar de tema, pues Clara no abrió la boca.

Dieron las diez, la señorita Frogé se levantó y Pablo lo hizo en seguida.

—Buenas noches, Clara—dijo tendiendo la mano á su amiga.

—Buenas noches—repuso ésta con dulzura dejándose estrechar la punta de los dedos.

Pablo y Camila salieron juntos; la joven al quedarse sola se levantó, dió dos vueltas por el salón, luego, al notar que las maderas de la otra ventana no estaban bien cerradas, las abrió para sujetarlas bien. El viento impulsaba las gruesas gotas de lluvia haciéndolas chocar con fuerza, se estremeció, poniéndose á mirar á la calle. La idea de que con aquel tiempo tan malo su esposo se hallaba fuera de casa, le produjo amargo dolor; hubiese querido tenerlo á su lado, al tibio calor del hogar creado por él, y en el que era tan feliz... Allí permaneció un instante triste y helada por el cierzo, pero encontrando una satisfacción amarga en sufrir aquel frío que él también sufría.

—Con semejante tiempo no debió haber salido de casa—se dijo.—Esto es bueno para una loca como Camila: ella puede corretear por las calles, no tiene ni esposo ni hijo, ¡que puede importar una vida inútil!... ¡Pero Pablo!...

Clara se reprochó en seguida aquel pensamiento tan poco caritativo, se apresuró á cerrar las ventanas y á correr las cortinas; se acercó á la chimenea sentándose ante un enorme montón de brasas hechas por Pablo, quien desahogaba su enojo añadiendo continuamente leña al hogar.

Mil pensamientos dolorosos asaltaron su cerebro; por primera vez desde su matrimonio Pablo le había hablado con dureza: la humillación siempre hubie-

ra sido muy dura para la joven; pero en presencia de un tercero, ante Camila, cuya conducta desde hacía algún tiempo, era de indiferente desdén, cuando no de directa censura, le era aún mucho más sensible.

Entonces se acordó de mil frases pronunciadas por Camila que debieron molestar á su esposo, á quien tanto agradaba obtener la aprobación de los demás; tan cuidadoso siempre en evitar todo lo que pudiese ser reproche ó censura. Pablo debió comprender la ironía de ciertas frases dirigidas á su esposa, de algunas risas burlonas, de elogios que en la forma con que fueron hechos indicaban una ironía cruel... Todas estas cosas que hasta entonces le pasaron desapercibidas, adquirían ahora grande importancia ante los ojos de Clara, mientras que triste y descorazonada miraba las brasas cubrirse poco á poco por una capa de finísima ceniza que desaparecía al menor soplo.

Dieron las once; Clara se estremeció; no se tardaba una hora en ir y volver de casa de Camila. Pablo tardaba mucho, la lluvia caía con más violencia que antes, una ráfaga de viento penetrando por la chimenea esparció por el salón crecidos copos de blanca ceniza.

Clara se levantó y se puso á pasear con lentitud volviendo instintivamente la cabeza, siempre que se acercaba á la puerta del recibidor. Sí, su felicidad había disminuído desde el verano último; París no fué afortunado para ella; aquella nueva residencia, que en otra época le parecía sería para ella muy feliz, le había producido más cuidados que placeres; y paseó sus ojos, llenos de lágrimas reprimidas, por el hermoso salón, en el que cada mueble fué para ella una alegría íntima. Este le fué

regalado por su esposo con motivo de su cumpleaños, aquél había sido comprado por Clara después de consultar con sus economías y que no pudo entrar en la casa sin que Pablo, testigo de las vacilaciones de su mujer, no la ayudase con algunas monedas de oro... ¡Qué emociones tan dulces!... ¡Ah! Camila podía decir lo que quisiera; pero en aquellos muebles había algo más que madera y tela, había sagrados recuerdos, unos pertenecientes á su esposo, y otros á ella.

El reloj señalaba las once y cuarto; muy inquieta Clara se detuvo ante la puerta; juntó las manos preguntándose si alguna terrible desgracia caería sobre ella... Por la parte de fuera, se oyó la llave girar en la cerradura. Pablo entró cerrando la puerta con el cuidado de costumbre. Su mujer pronta á abrazarle, se detuvo... Entraba pálido, su cansancio era visible, las mojadas ropas formaban sobre su cuerpo pesados pliegues... Se acercó al fuego, poniendo ante las brasas sus pies mojados y tembló dos ó tres veces.

—¿Tienes frío?—le preguntó Clara, presa de inexplicable inquietud.

—Sí.

Parecía estar abatido, pasó las manos por su frente y se dejó caer en un sillón.

Su mujer quiso quitarle el abrigo, pero rechazándola con dulzura le repuso:

—Espera un poco.

—Has vuelto muy tarde—le dijo Clara con vacilación, pues no quería que tomase esta frase por un reproche, y, sin embargo, se la dirigió impulsada por mil temores que le asaltaban.

— Me he detenido conversando con Camila ante la puerta de su casa, y al regresar he cogido frío—repuso con cansancio.

—¡Camila, que tose tanto, haría bien en proceder con más prudencia!—dijo Clara con desagrado.

—Es invulnerable, como todos los que están muy enfermos; excepto su padecimiento nada tienen ya que temer.

Tembló de nuevo y sus ojos se cerraron.

—Yo, en cambio, no soy invulnerable,—añadió medio sonriéndose; hacía aquí mucho calor y fuera demasiado frío... ¡emo haber cogido un fuerte resfriado.

Cerró sus ojos que había abierto durante un momento y su cabeza cayó con pesadez sobre el respaldo del sillón. Clara le miró con inexplicable angustia. Le parecía ver sobre su cabeza la espada de Damocles y que el hilo que la retenía se iba á romper.

—Vete á acostar—dijo á su esposo con una dulzura tan maternal y resignada, que Camila, la prudente Camila, al haberla oído, nada hubiera tenido que objetar.

No sin trabajo, Pablo se puso en pie, empezando á andar con dificultad.

—Estoy molido—dijo,—me parece que tengo fiebre.

Tambaleándose como un beodo, se dirigió hacia la alcoba. Clara le seguía con los brazos extendidos, pronta á detenerle si caía, y su pobre corazón no sentía más que ternura para aquel ser adorado.

Llegó hasta la cama sentándose sobre ella; Clara se puso á desnudarle, muy despacio, con precaución. Pablo

no decía nada, se dejaba hacer como si fuese un niño; le quitó las botinas, cuya piel estaba empapada por el agua; después los calcetines, enjugando sus pies mojados, y luego le ayudó á acostarse tapándole bien.

—Tengo frío, mucho frío—dijo Pablo dos ó tres veces.

Le puso encima un edredón, un chal, el tapiz de la mesa, librándole apresuradamente de los objetos que tenía encima. Pablo se quedó inmóvil, con los ojos medio entornados, ella le miraba con ansiedad oyendo entrecochar sus dientes.

Tuvo una idea, fué á la cocina, encendiendo el hornillo de gas; sin llamar á la criada que dormía en el último piso de la casa, y calentó agua. Al cabo de un instante regresó al lado de su esposo, quien seguía con los ojos semientornados, temblando á pesar de la mucha ropa que le cubría. Entonces fué á la chimenea encendiendo una hoguera grande arrojando pesados haces de leña que manejaba como si fuesen plumas. Volvió á la cocina regresando de prisa con un tazón de agua muy caliente, y obedeciendo á su instinto, que entonces le servía de ciencia, vertió medio vaso de ron y le azucaró bien.

—Bebe—dijo á su esposo que seguía casi inerte.

Como le costaba trabajo levantarse, Clara le pasó el brazo por el cuello para ayudarle y le hizo beber.

Pablo volvió á caer sobre el lecho, y lanzando un suspiro de satisfacción quedó en silencio. Ella le miró con el corazón henchido de una piedad sin límites y desgarrado por los más vivos temores.

—¿Tienes más?—preguntó el paciente al cabo de un momento.—Esto parece que me reanima.

Le preparó una segunda taza. El fuego se reflejaba sobre las sedosas colgaduras con sus movedizos colores. La lámpara alumbraba con tranquila suavidad, el niño reposaba y en la tranquilidad de su sueño lanzaba de vez en cuando un suspiro. La joven con repentino terror se preguntó qué sería de ella en el caso de perder á su esposo. La alcoba desierta, el lecho mortuorio colgado de negro, la luz de los funerales se presentaba ante ella con espantosa precisión.

—¡No, no!—se decía con resolución sobrehumana,—no morirá, no puede morir. ¡Yo no quiero que muera!

Con mano firme, pues su resolución parecía haber disipado sus terrores, le dió á beber por segunda vez. Cuando retiraba la taza, retuvo Pablo aquella mano maternal y la besó. Ella se inclinó sobre él para sentir la impresión de su frente.

—¡Tengo calor!—dijo después de un instante.—Esto es bueno.

Clara sonrió; la idea de que le salvaría le daba fuerzas.

—¿No te acuestas?—le preguntó con dulzura.—Tengo sueño.

—Duerme; en seguida me acostaré.

La respiración se fué regularizando; ya parecía estar dormido, cuando un sobresalto le despertó, vió á su amante esposa ante él que le miraba con los ojos llenos de bondad y de amor.

—Clara—le dijo con voz casi imperceptible—qué buena eres y cuánto te amo.

Luego se durmió.

Cuando la joven se aseguró de que su esposo reposa-

ba y que el sudor empezaba á presentarse en su piel caliente, se puso un mantón sobre los hombros y fué á despertar á la criada, le dió las señas de un médico y regresó con precipitación al lado de su esposo.

Todo estaba tranquilo: padre é hijo parecían dormir el mismo dulce sueño; pero el semblante de Pablo se contraía con frecuencia, su respiración era entrecortada, la piel había vuelto á secarse. Clara, sentada cerca del lecho, vigilaba el fuego, pensando únicamente en los múltiples cuidados que tendrfa que prodigar á su esposo. Colocando ante ella una mesita escribió al director de la Escuela participándole la enfermedad de Pablo, dió por escrito una serie de órdenes que debían asegurarle la calma y rogó á una de sus amigas viniese á buscar al niño para evitarle todo peligro en caso de ser contagiosa la enfermedad.

Cuando cerraba su última carta, el día comenzaba á despuntar y el doctor se presentó.

Era un buen médico y una buena persona; había asistido á algunas indisposiciones de Félix, y sentía simpatías por los padres del niño.

Despertó al entermo, le auscultó, le hizo algunas preguntas y por último se volvió hacia Clara con un semblante tranquilo que inspiraba confianza.

—Es una fluxión de pecho—dijo—pero no hay que tener miedo; señora, usted le ha cuidado desde el principio con mucho acierto. Esto no será nada. Señor Brécart, su esposa le ha salvado. Sin sus cuidados, no sé hasta dónde hubiese podido llegar la enfermedad.

—¡Mi mujer es un ángel!—replicó Pablo mirando á Clara.—Es un ángel y yo soy un imbecil.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE MEDICINA
"ALFONSO GARCÍA"
Año. 1922. MONTECERES, MEXICO

X

En la habitación del enfermo reinaba la alegría; frascos, tazas, cucharillas, todo estaba lejos de su vista. La señora Laugé, que vino en seguida que recibió la carta de su hija, cuidaba á Félix que la quería entrañablemente, y de vez en cuando hacía exquisitos platos con gran satisfacción de su yerno. El peligro había desaparecido por completo, y desde hacía tres días, Clara consintió en acostarse en una cama de campaña, después de haber velado sin acostarse las tres primeras noches: pero la fatiga no había impreso sobre la joven la menor señal: amaba al enfermo con tanta pasión que al descansar le parecía hacerle una ofensa. Las instancias del médico y de su madre la decidieron al fin á entregarse al reposo, del cual parecía no tener necesidad. La alegría por ver á Pablo fuera de peligro le daba fuerzas para todo. El médico había dicho más de una vez á su esposo y á su madre, que era ella quien en realidad había salvado al enfermo. Si aquella noche le hubiese dejado dormir bajo los efectos del frío, probablemente Pablo hubiese pagado con su vida el placer de acompañar á Camila y conversar con ella una media hora.

Al sexto día de ocurrir el accidente, Camila, que ig-

noraba lo sucedido, se presentó de noche, según su costumbre, en casa de Brécart; iba á entrar en el saloncito cuando la criada la detuvo diciendo:

—Perdon, voy á avisar á la señora.

Camila se quedó estupefacta, preguntándose si soñaba; un vago temor se despertó en su conciencia y se preguntó si Clara no tendría alguna queja de ella. ¿Quejarse? ¿De qué? ¿En qué podía Camila haber ofendido á su amiga? Un examen rápido de los hechos la tranquilizó, y con un aplomo digno de la más cándida inocencia, preguntó riéndose á Clara que se presentaba en aquel instante.

—¿Estoy despedida? ¿Por qué tantos cumplimientos?

Su voz fuerte y clara molestó los oídos de la señora Brécart, quien le repuso muy bajito:

—Desde tu última visita mi esposo ha estado á la muerte.

Camila tembló con violencia. ¡Pablo á la muerte! ¡Dios mío! ¿qué habría pasado? Con voz temblorosa preguntó á su amiga:

—¿Y ahora?

—Ahora está mejor; el peligro ha desaparecido... Pero tendrá que ser más prudente en lo porvenir, las fluxiones de pecho dejan largos y temibles rastros.

Las dos jóvenes habían pasado al salón alumbrado por una sola lámpara; el estado de los muebles demostraba que desde hacía algunos días nadie entraba en aquella habitación. Camila, apoyando sus manos sobre el respaldo de una silla para sostenerse, miró á Clara con vaguedad:

—Una fluxión de pecho... ¿Pero está fuera de peligro, dí?

—A condición de no cometer nuevas imprudencias—repuso Clara.

Aun guardaba en su corazón el recuerdo de la última visita de Camila, y si se sentía feliz porque su esposo estaba fuera de peligro, en cambio estaba algo resentida con la culpable de su enfermedad.

—Imprudencias... ¿cómo? ¿cuándo?

—Fué al volver de acompañarte cuando mi marido cayó enfermo: cogió frío al conversar contigo ante tu puerta... Camila, te creía más razonable, á ti te gusta todo lo que es novelesco.

Por primera vez en su vida sintió Camila que era merecedora de un reproche; en vez de erguirse con altivez, como hacía siempre, inclinó la cabeza y pidió perdón.

—Estoy desconsolada—dijo con una entonación llena de angustia—no creí que pudiese haber peligro. Te suplico que me perdones... ¿Y Pablo no está incomodado conmigo?

—Nada me ha dicho—repuso la joven emocionada por aquella humildad que no esperaba—no creo que se haya dado cuenta de ello.

—¿Ha sufrido mucho?—preguntó Camila después de una pausa.

—No mucho, ha tenido fiebre y delirado de vez en cuando...

Camila miró á Clara de reojo: Pablo al día siguiente no había dicho nada de la conversación que tuvo con ella.

Para denigrar á Clara había retenido á Pablo, bajo una lluvia glacial, mal protegido por el quicio de la puerta cochera, bajo los hilos de agua que caían del canalón; ella estaba á cubierto mientras se cebaba en referirle los defectos de Clara: su frivolidad natural, su severidad intempestiva con las criadas, el poco celo que mostraba para llegar á ser perfecta... Pablo había oído y aguantado todo aquello, porque Camila, sin saberlo, guiada por el afán de separar á aquellos dos seres que tanto se querían, empleó habilísimos rodeos, presentando cada una de sus censuras como si fuese una excusa. Por este medio retuvo al esposo de su amiga en medio de la lluvia, destruyendo á la vez su salud y su felicidad doméstica, á la vez que creía firmemente prestarle un servicio y abrir sus ojos á la realidad.

Pablo nada había dicho de esta conversación, ni en su fiebre se le escapó palabra alguna. Camila se explicaba ahora por qué le había oído sin responderle. Lo sufría, helado, febril; oyó las palabras sin comprenderlas no pensando más que en irse... Pero no, aquello no podía ser; porque entonces no le hubiese estrechado, al despedirse, la mano con efusión, diciéndole estas frases que ella se repitió cien veces.

—Es usted una verdadera amiga.

—¿Puedo verle?—preguntó llevando su imprudencia hasta el último límite impulsada por la necesidad de contemplar el semblante del hombre á quien amaba.

Clara sonrió.

—Esta acostado. Si tus principios te permiten ver á un hombre en la cama no puedo negarte este consuelo...

Esperaba que este argumento haría desistir á Cami-

la; pero con gran sorpresa suya oyó que le respondía con desdén.

—Querida mía, se trata de tu esposo, y este título.

Clara la miró con curiosidad; por primera vez penetró en su alma un vago destello de verdad; pero fué tan fugitivo como un relámpago y la sospecha no arraigó.

—Espera—le dijo—voy á ver si quiere recibirte; tal vez tenga más escrúpulos que tú sobre este punto.

Camila comprendió el epigrama, pero ¡qué le importaba! Quería verle á toda costa. Si Clara le hubiese negado la entrada en la habitación de su esposo, tal vez y á pesar suyo hubiese entrado en ella, sin preocuparse de las consecuencias de este proceder. Dejó que la señora Brécart entrase en la habitación inmediata.

—Pablo, ha venido Camila—dijo con voz ligeramente alterada—Quiere verte ¿lo permites?

Pablo miró á su mujer, y un ligero rubor tiñó sus pálidas mejillas. Había reflexionado mucho durante aquellos seis días, y su solo temor era que Clara llegase á saber el papel inconsciente pero odioso que Camila representaba entre ellos. Tenía miedo de Camila, la creía capaz en un momento dado de hacer cualquier disparate; quería que viese el resultado de su proceder y repuso con tranquilidad.

—Que entre; pero que no esté mucho tiempo; me fatigaría.

Clara volvió al lado de su amiga.

—Puedes entrar, pero sólo por un instante.

Durante aquellos días Pablo había cambiado mucho; ciertas enfermedades dejan en el semblante más huellas que otras; había adelgazado mucho, sus ojos negros es-

taban hundidos en las órbitas; su nariz recta y afilada parecía de cera y sus manos marchitas, huesosas y afiladas descansaban sobre las ropas, inspirando compasión.

Camila no se atrevió á acercarse, notaba que iba perdiendo el poco imperio que tenía sobre sí misma; sentía deseos de precipitarse sobre aquel hombre, cogerle en brazos y llevarsele á un sitio donde no pudiese pertenecer á nadie más que á ella.

—Buenas noches—dijo. Estas fueron las únicas palabras que sus labios pudieron pronunciar.

El le respondió con un ademán de cabeza en unión de una sonrisa extraña. El recuerdo de todo lo que había dejado decir sin protesta, el pensar que su silencio permitió que se censurase á Clara, á la dulce esposa que era para él el sol y la alegría de su existencia, todo esto le asaltaba como un mal sueño; gracias á la enfermedad había podido librarse del abismo que se abría á sus pies.

Pablo no era un niño; hacía tres meses que notó la pasión de Camila. ¿Por qué no rompió desde aquel mismo día? Porque el hombre es débil. Se disculpaba con malos argumentos: las conveniencias sociales, la amistad antigua, la necesidad de evitar sospechas... Y además ¿por qué afligir á Camila? Era muy hermosa y es muy dulce verse amado, sobre todo cuando uno se siente fuerte y tiene la seguridad de no sucumbir. Pablo contaba con tenerla, se había experimentado, puesto que su corazón permanecía frío al lado de la joven; ¡pero era cuestión de amor propio! De diez veces, nueve el amor propio guía los actos de la humanidad.

Pero cuando el corazón es sano, y el cerebro firme, llega un día en que uno se reprocha su error. Aquel día había llegado para Pablo. Fué el en que regresó enfermo á su casa; al encontrarse al lado de su esposa, á la que había ofendido injustamente, y cuya ofensa le pagaba con una ternura y abnegación sin límites. Durante las horas de fiebre no cesó de invocar el nombre de Clara, con la sonrisa en los labios é inefable placer en el corazón. Sin haber hablado se sentía perdonado y el amor por su esposa se centuplicó.

Después de haber mirado á Camila un instante, de contemplar con indiferencia aquel hermoso rostro, en el que no se reflejaba ninguna simpatía para la mujer que sufrió las consecuencias de su enfermedad y que le había curado; en el que toda la expresión se reconcentraba en una mirada de pasión y de temor por él, Pablo no pudo reprimir un ademán cruel en su ingenuidad y deseando vengar de una sola vez los cien ultrajes que la joven había inferido á su esposa, le cogió una mano y acariciándola dijo:

—Esta es quien me ha salvado.

Aquel golpe fué á dar de lleno en el corazón de Camila; pero con su estoicismo ordinario supo no pesarse.

—Ha hecho bien—repuso al cabo de un instante—era su deber.

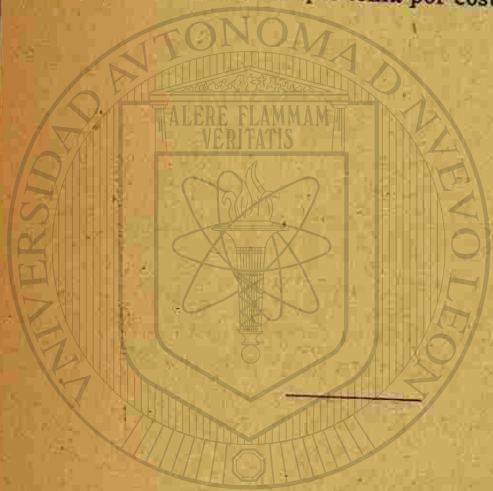
—No ha sido por deber, por lo que lo he hecho—replicó Clara, animada por el sentimiento de su superioridad—¡ha sido por amor!

Pablo besó la mano que retenía entre las suyas.

—Me alegro mucho de verle á usted mejor—dijo Ca-

mila con tranquilidad—temo fatigarle, pronto volveré para saber cómo sigue.

Esta vez salió sola de aquella casa, regresando á la suya antes de la hora que tenía por costumbre.



XI

Al siguiente domingo, Gustavo Mirmont fué á visitar á la señora Brécart; ignorando la enfermedad de Pablo iba á ofrecerle un palco para el día siguiente. Su sorpresa fué grande, no por el accidente en sí mismo, sino por la forma que se hablaba en aquella casa, ó por mejor decir de lo que no se hablaba.

Por regla general, cuando alguien cae enfermo, los parientes ó los amigos, no encuentran nada mejor que el referir á las visitas, con todos sus detalles, las causas que han producido el mal y todo el curso de la enfermedad... Aquí no se hablaba de las causas y sí de los efectos de la enfermedad. Mirmont se atrevió á decir con sencillez al convaleciente:

—¿Cómo se puso usted enfermo?

Acordándose que tenía ante él al adorador de Camila, cuyo único afán era el conquistar su corazón y al mismo tiempo su mano, Pablo se sintió cohibido.

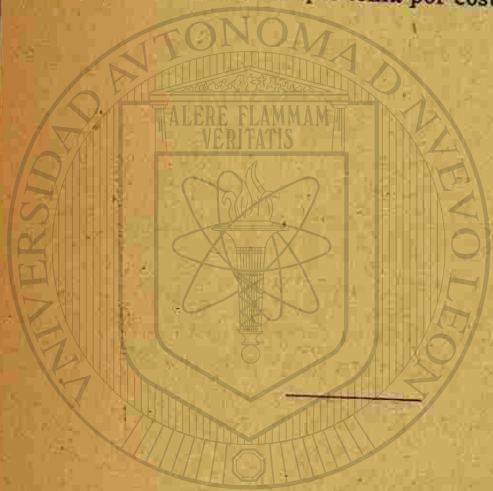
—Fué una noche—repuso:—salí de casa para acompañar á una persona...

Aquí hacía bastante calor, y afuera mucho frío.

—Comprendo—repuso Mirmont muy lejos de figurarse que esa persona pudiera ser Camila, por más que no le pasó inadvertida la cohibición del ingeniero; pero su

mila con tranquilidad—temo fatigarle, pronto volveré para saber cómo sigue.

Esta vez salió sola de aquella casa, regresando á la suya antes de la hora que tenía por costumbre.



XI

Al siguiente domingo, Gustavo Mirmont fué á visitar á la señora Brécart; ignorando la enfermedad de Pablo iba á ofrecerle un palco para el día siguiente. Su sorpresa fué grande, no por el accidente en sí mismo, sino por la forma que se hablaba en aquella casa, ó por mejor decir de lo que no se hablaba.

Por regla general, cuando alguien cae enfermo, los parientes ó los amigos, no encuentran nada mejor que el referir á las visitas, con todos sus detalles, las causas que han producido el mal y todo el curso de la enfermedad... Aquí no se hablaba de las causas y sí de los efectos de la enfermedad. Mirmont se atrevió á decir con sencillez al convaleciente:

—¿Cómo se puso usted enfermo?

Acordándose que tenía ante él al adorador de Camila, cuyo único afán era el conquistar su corazón y al mismo tiempo su mano, Pablo se sintió cohibido.

—Fué una noche—repuso:—salí de casa para acompañar á una persona...

Aquí hacía bastante calor, y afuera mucho frío.

—Comprendo—repuso Mirmont muy lejos de figurarse que esa persona pudiera ser Camila, por más que no le pasó inadvertida la cohibición del ingeniero; pero su

profundo conocimiento del corazón humano la atribuyó á la presencia de Clara; supuso que esa persona debía ser del sexo femenino, y que la señora Brécart lo ignoraba, lo cual era para él una nueva causa de estimación en favor de Pablo. Ofreció el palco que nadie podía ni quería aprovechar. Clara tuvo una buena idea.

—Llévesele usted á la señora Frogé; casi nunca va al teatro, y estoy segura que le aceptará con mucho gusto—y añadió sonriéndose:—Camila también lo agradecerá.

Mirmont se sonrió, pero con menos espontaneidad; empezaba á sentirse embarazado del papel que representaba. También empezaba á ver que Camila iba siendo muy difícil de abordar y que solamente podría hacerlo cogiéndola en un momento favorable, pues sus horas de melancolía eran temibles.

Una idea extraña cruzó por su imaginación; era un poco supersticioso, muy poco, lo preciso para no aparentar un espíritu incrédulo, cosa mal vista por ciertas personas; se decidió á jugar un albur.

—Si venzo—se dijo—continuaré; si fracaso, no volveré á pensar más en Camila.

—Tiene usted razón, señora—dijo á Clara que esperaba la respuesta—voy á probar fortuna.

Se levantó, para ir en seguida á casa de los esposos Frogé.

Aquel día, Camila se aburría; en vano intentó distraer su melancolía con la lectura de los libros más edificantes, encuadernados en piel negra, que pudo encontrar en la biblioteca; su tristeza era de las que no se dejan vencer. ¡Era muy cruel para ella saber que Pablo

estaba enfermo, pero mucho más el que otra mujer le hubiese cuidado, le hubiera salvado! Inclinarse sobre él, arreglarle la almohada, desarrugar los pliegues de las ropas, ver que aquellos ojos negros le daban las gracias; aquellos ojos tan tiernos, tan dulces .. era la felicidad que soñó toda su vida. ¡Ser hermana de Caridad de Pablo! pero sólo de él, pues Camila detestaba las prosaicas exigencias de la enfermedad: hubiese hecho con júbilo por él lo que antes hizo por los pobres de San Martín; pero entonces era impulsada por la ambición hacia el bien, mientras que ahora no deseaba más que una cosa: acercarse á Pablo, todo lo más posible, hasta confundir en una las dos existencias.

Clara era el obstáculo; así es que Camila sentía despertarse contra la joven furiosa cólera. Clara estaba allí, al lado del enfermo, para impedir que Pablo se fijase en la superioridad de su amiga, para evitar que la joven pudiese prodigarle sus cuidados. Cierto es que al haber sido Pablo soltero, y caer enfermo de repente, hubiese visto á Camila á la cabecera de su lecho, cuidándole con toda la abnegación de su emperamento romántico, exaltado además, por el severo misticismo que se apodó de ella. ¡Era Clara quien robaba á Camila aquel sagrado derecho! Pero, ¿qué hacer para remediar todo aquello? Nada. Todos los buenos sentimientos de Camila acabaron por estrellarse contra aquella barrera infranqueable e, invencible, la señora Brécart.

El rencor que iba alimentando contra su amiga la inspiraba algún cuidado. No se lanza uno impunemente por un mal camino, cuando detrás de él tiene un pasado irreprochable. Hasta entonces Camila había vivido

en una pureza ideal, en donde los malos instintos fustigados por su rigorismo no pudieron hacer presa. Jamás había conocido el odio ni la envidia; así, al menos, lo creía no dándose cuenta de su desdén para aquel que no aparentase haber llegado á la perfección, pero ¡ay! los celos se habían apoderado de ella y consumían su vida dominándola por entero. Sufría y se esforzaba en arrojar de su alma aquel sentimiento. Una idea se despertó en su cerebro, idea luminosa, y ante la cual su conciencia acostumbrada á los sofismas se doblegó en seguida.

Clara la había ofendido, sin duda de un modo inconsciente, pero siempre fué para ella un gran obstáculo en su vida. Camila la perdonaría generosamente. Aquella resolución fué un gran consuelo para su tristeza; era grande y hermoso perdonar una ofensa semejante; el orgullo de la joven había base satisfecho: así es, que con completa tranquilidad de espíritu, durante algunos días añadió á sus plegarias la idea de perdonar á su enemiga.

Pero muy pronto la melancolía volvió á renacer acompañada de la duda. Le parecía hermoso decirse que perdonando á Clara llegaba hasta más allá del cumplimiento de su deber; ahogando la débil voz del derecho y de la verdad que sentía en su corazón.

Aquella tarde, todas sus ideas se concentraban precisamente en lo que más quería olvidar; y sus celos contra la señora Brécart volvieron á adquirir más fuerza.

Al oír la voz de Mirmont en el salón, Camila vaciló un instante, luego cerró el libro y salió de su gabinete. Para ella toda visita era aceptable, puesto que ale-

jaba de su mente la obsesión que la dominaba. Mirmont se mostró muy galante; ofreció al palco á la señora Frogé á la vez que miraba á Camila; esta fué quien aceptó.

De repente parecía haberse vuelto amiga de diversiones, la que antes despreciaba los placeres y los espectáculos; ¿lo hacía porque esto podía darle motivo para ver con más frecuencia á Pablo Bécart? Había tal vez otro plan oculto en aquel cambio. Camila sabía que era hermosa, pero, ¿de qué le servía esto si nadie se fijaba en ella? Sin embargo, creía estar desprovista de vanidad. Pues las flores son hermosas y se siente placer al contemplarlas ¿por qué no había de ser ella una flor humana?

Mucho mejor aun, aquella belleza se paseaba serena, muy por encima de las preocupaciones vulgares, era obra de Dios; ¿no era deber suyo, puesto que la poseía, presentársela á los mortales como una prueba de lo que puede el Todopoderoso?

Con semejantes principios se puede ir muy lejos: felizmente Camila se detuvo en el camino contentándose con adornar la obra de Dios del mejor modo posible. Al día siguiente, cuando Mirmont vió á la familia Frogé en el palco que les había ofrecido, se quedó estupefacto por lo que Camila sabía hacer para embellecerse. Había cambiado la forma del peinado, escotado un poco su cuello de estatua, estrechado las mangas, demasiado anchas, de su traje, y el fuego interior que la consumía, daba á sus ojos más expresión, á su cutis una transparencia nacarada; estaba tan hermosa que, en el entreacto, fueron muchos los ojos que se fijaron en ella.

Precisamente en aquel instante llegó Mirmont y si-

guiendo la dirección de los gemelos, vió á Camila en el palco, resplandeciente de belleza y demostrando desdeñosa indiferencia. En el fondo le halagaba tan general y espontáneo homenaje; por aquella noche se sentía reina. Semejante triunfo público es una de las cosas que más codician las mujeres; por esto la ceremonia nupcial constituye para ellas un asunto de la mayor importancia. De veinte jóvenes que consienten en casarse con el primer advenedizo, diez y ocho lo pensarían mucho antes de hacerlo si tuviere que celebrarse el matrimonio en el comedor de su casa y con el traje de diario.

Mirmont se presentó en el palco y convenció á la señora Frogé que debía visitar el *foyer*; la buena señora comprendió la intención y se llevó á su esposo.

—¿Vienes?—preguntó á Camila con entonación que significaba no vengas.

En cualquiera otra circunstancia, la joven hubiese hecho lo contrario de lo que le pedían; pero la admiración del público, á la vez que le causaba un poco de terror, la obligó á quedarse en el palco, y Mirmont se sentó á su lado.

Se habló de cosas indiferentes, y se dijeron cosas muy graves sin que los labios las pronunciasen, pues sólo las expresaron el acento y la sonrisa. Mirmont, apoyado en el respaldo de la butaca de Camila, criticaba el traje de las demás jóvenes, y esta crítica era el elogio más ardiente, más apasionado de la belleza de Camila. Habló del último libro de moda, y del sublime carácter de la heroína, la cual estaba muy por debajo de Camila; ésta, á pesar suyo, oía aquel homenaje que unía al que los demás le prestaban con los ojos, y redondeaba su

triunfo, y no pudo reprimir una sonrisa de orgullo. Mirmont, que hasta entonces había vacilado mucho en sus intenciones, las fijó de repente.

—¡Camila será mi esposa!—se dijo.

Con una mujer de semejante belleza vencería todos los obstáculos: Camila sería la reina de la sociedad, el día que llevase un traje de terciopelo y el nombre de señora Mirmont.

—Señorita—le dijo rozándole los cabellos con su aliento y saturándose de su perfume:—tengo mil cosas que decirle. ¿Cuándo podré hablarle?

—Ahora mismo—repuso Camila.

—Aquí no. ¿Quiere usted indicarme un momento en que la pueda encontrar en su casa?

—Pregúntesele usted eso á mi tía—repuso la joven con altivez.

—Comprendido; pero yo quiero verla á usted...

En aquel momento entró la señora Frogé, cortando la respuesta, tal vez demasiado dura, que Camila hubiese dado, pues en sus cálculos no entraban para nada las galanterías del funcionario.

Durante el siguiente entreacto, Mirmont se las arregló de manera que pudo saber la hora en que daba su paseo, el profesor iba al mercado la señora Frogé y Camila salía á dar sus lecciones. A fuerza de interrogar con habilidad, concluyó por hallar en la semana, una hora en que Camila estaba sola en casa. La hora era matinal, y no muy á propósito; pero el que quiere el fin, quiere los medios, y Mirmont estaba decidido á poner en claro aquella situación.

Llegó el día esperado; Camila estaba en el salón

arreglando los papeles de música para las lecciones, cuando la vieja cocinera abrió la puerta á Mirmont. Este, después de preguntar por los señores Frogé, preguntó por la señorita: la criada volvió á la cocina, y Camila, sorprendida, pero no mucho, miró á su visitante interrogándole con los ojos.

—Estaba seguro, señorita—dijo, permaneciendo con el sombrero en la mano—de encontrarla sola; había tomado mis informes para ello. ¿Quiere usted que hablemos?

Camila se inclinó sin responder. Era de interés la visita de aquel personaje, cuya importancia no podía desconocer; probablemente le pediría su mano... Se preparó á escuchar lo que iban á decirle.

Mirmont al verse acogido, puso su sombrero sobre un mueble, presentó un sillón á Camila, que fué aceptado maquinalmente, y después cogió una silla para él y fué á sentarse á respetuosa distancia.

—Señorita—dijo—sin duda habrá usted adivinado por qué he venido tan de mañana, y por qué quería encontrarla sola.

—No, señor—repuso la joven con frialdad—no he adivinado nada; si he podido hacer alguna conjetura, mis conjeturas no pertenecen á nadie más que á mí.

—Es muy justo—repuso Mirmont respetando tan lógica respuesta;—soy yo quien debe hablar. Señorita, quisiera obtener la mano de usted; pero como detesto lo que se ha convenido en llamar matrimonios de razón, no quiero nada más que á usted misma.

Mirmont mentaba descara lamente, pues un matrimonio de razón le había parecido siempre ser el objeto pri-

mordial de su vida; pero no siempre es conveniente decir la verdad, y en aquel momento decía con firmeza desear un matrimonio por amor, y que amaba á Camila porque era hermosa.

Esta, ante aquella frase, en un principio guardó un silencio que pareció demasiado largo á su pretendiente; después bajó la cabeza y repuso.

—No deseo casarme.

La cual es una respuesta cómoda, está al alcance de todo el mundo y se oye con frecuencia sin que pierda nada de su mérito. Mirmont no era hombre que retrocediese por tan poca cosa, é inclinándose con cortesía repuso:

—Yo no pido un consentimiento inmediato, mi proposición ha debido sorprender á usted...

Miró á Camila leyendo en sus ojos con claridad que su proposición no la había sorprendido.

—Camila es muy fuerte, se dijo;—si entrase en mis combinaciones, nuestro porvenir sería magnífico.

—No quiero casarme—repetíase Camila con lentitud y como á pesar suyo.

—¿Es el matrimonio ó es el marido quien desagradaba á usted?—preguntó Mirmont con aquella entonación insinuante que siempre había emocionado al ministro.

¿Cómo es posible decirle á un hombre en la casa que es desagradable, sobre todo cuando no es verdad? En efecto, Mirmont no desagradaba á Camila, viéndole con frecuencia sentía por él cierto afecto. La clase de galantería agresiva que empleaba con ella no le era del todo desagradable: las atenciones de un pastor de Arcadia le hubiesen molestado: en aquella especie de desaffo

hallaba el atractivo de la lucha, y su enemigo casi le era simpático.

¿Era el matrimonio lo que le desagradaba? ¡Ay no! ¡Con qué alegría hubiese sido esposa de Pablo Brécart!

¿Qué responder á menos que fuese una mentira atrevida y franca? Pero si Camila se mentía á sí misma, no mentía á los demás, por muy dura que fuese la situación. Guardó silencio: como Mirmont repitiese la pregunta en los mismos términos que antes, le repuso con claridad:

—No es ni lo uno ni lo otro.

—Entonces ¿por qué?—preguntó Mirmont cada vez más insinuante; se hubiese dicho que su silla, animada por el mismo espíritu que él, avanzaba hacia el sillón de Camila. ¿Por qué se niega usted á satisfacer mis deseos?

¡Satisfacer sus deseos! Camila se hubiese reído de una frase tan chavacana, á no ser por la gravedad de la situación; luchaba consigo misma, su buen sentido le reprochaba amargamente el no aceptar la proposición de aquel hombre rico, elegante, simpático y buen muchacho, que haría un buen esposo: cierto es que por él sólo sentía simpatías, pues todas sus ilusiones estaban fijadas en Pablo, y sólo él la hubiese podido volver á la realidad de la vida... Fijando en Mirmont su tranquila mirada le dijo con calma:

—Amo á otro.

Como si aquella contestación hubiese sido un latigazo, Mirmont se levantó con brusquedad.

—Ama usted á otro—dijo entre dientes lleno de cólera, pues la calma de Camila le hacía sentir su inferioridad ante otro hombre, al cual ella amaba.

—¿Ese hombre por qué no se casa con usted?—preguntó con crueldad.

A su vez fué Camila la que se sintió herida, menos por la pregunta que por la maldad con que había sido acentuada. Levantó con orgullo la cabeza respondiendo.

—Es mi secreto:

En su actitud de desafío estaba más hermosa que nunca, y Mirmont no era de aquellos que estiman la belleza del alma por encima de todo. Ante aquella oposición sentía aumentar su amor; el porvenir moral de su esposa le importaba poco; una vez que fuese suya, sabría hacer respetar su nombre y su autoridad conyugal, lo esencial era ser dueño de Camila, después la trataría bien ó mal, según se mostrase ella más ó menos sumisa.

—Usted me rechaza porque ama á Pablo Brécart—le dijo en voz baja.

—¿Si usted lo sabe, por qué me lo pregunta?

—Para estar seguro.

—¡Pues bien, sí, le amo!—exclamó Camila descubriendo su terrible secreto—¡le amo! ¿qué le puede importar á usted?

—Nada, seguramente, puesto que usted se niega á casarse conmigo—repuso Mirmont ya dueño de sí.

Camila se levantó para indicar que la entrevista había terminado; pero su interlocutor aun tenía algo más que decirle.

—Señorita, no tengo autoridad para darle consejos, y aun menos para hacerle reconvenciones; sin embargo, permítame que le dé un consejo desinteresado; se halla usted en un camino peligroso, en el que puede usted

morir del dolor de no verse amada, lo cual sería para mí un dolor inconsolable; ó bien el señor Brécart se fijará en su amor y entonces...

—¡Caballero! —exclamó Camila con el semblante enrojecido por la cólera y la vergüenza.

—Y en ese caso señorita —continuó Mirmont inclinándose profundamente— ustedes dos morirán de dolor, lo cual haría una viuda y un huérfano más en el mundo. También habría que temer otras eventualidades si usted no se aproximase tanto á la perfección como le es posible á una criatura humana... El señor Brécart es el honor personificado... Yo la conjuro á que reflexione. Si usted quiere concederme su mano, tendré por no habida la conversación que acabamos de sostener.

Camila miró con asombro á su enemigo... Sin duda le pareció haber oído mal. ¿Podían pedirle su mano sin su corazón? Gustavo adivinó este pensamiento y digno y respetuoso agregó:

—Señorita, tengo bastante confianza en sus virtudes para creer que la señora Mirmont olvidaría todo cuanto haya podido sentir la señorita Frogé hacia otro que su marido.

Saludó á la joven y se retiró, sin que ella pensase dirigirlle la palabra.

Cuando se quedó sola Camila continuó sorprendida; nunca pensó que pudiese ocurrirle una aventura semejante. Sin embargo, la joven no pudo impedir pensar en el brillante porvenir que Mirmont le ofrecía. Sabía que era rico y ambicioso, tenía con que satisfacer los instintos de Camila, con que honrarla, y modo de que la admirasen, cosa que siempre había deseado. En el fondo compren-

día que su amor por Pablo era un desafío insolente hecho al destino; que toda mujer que fuese prudente de veras debía ahogar en vez de cultivarlo con orgullo; que al casarse con Mirmont ponía entre ella y el hombre que amaba, no una barrera infranqueable, pero sí un obstáculo más grande y mucho más temible que la insignificancia de Clara.

¿Pero Pablo, pensaría en ella? Debía saber perfectamente que le amaba con pasión, el claro talento de aquel hombre no podía cegarse hasta el punto de no descubrir la exacta ternura que le demostraba. Camila esperaba que atribuyese esta ternura á una amistad completamente ideal, colocada muy por encima de las tempestades de la vida; pero al tomar el nombre y compartir la existencia de otro, Camila dejaba de ser una excepción, y caía bruscamente del pedestal en donde esperaba verse colocada.

Además, la prueba que Pablo acababa de sufrir le hacía para Camila cien veces más querido que antes. Desde la corta visita que le hizo había sufrido mucho, apenas habían cambiado dos ó tres frases, y era en presencia de Clara. Al regresar á su casa había cogido la almohada entre sus brazos; en el lecho apretó convulsivamente aquel objeto sin vida con el corazón ahogado por los sollozos; pasó la noche llorando en silencio ahogando los gritos de cólera y de dolor, y en desesperarse por no ser tan feliz como Clara que podía cuidarle, como el médico que le tomaba el pulso, como la criada que le preparaba el caldo, y hasta tenía envidia de la alfombra sobre la cual pondría el enfermo sus débiles pies cuando abandonase el lecho por primera vez.

Cuando se ve al que se ama sujeto por obstáculos infranqueables, entonces es cuando se comprende toda la fuerza del amor que se siente por él. Clara á pesar de ver la gravedad del estado de su esposo, podía tener el consuelo de que estaba bien cuidado; en cambio Camila, mejor hubiese querido verle muerto que cuidado por Clara.

No se atrevía á volver á aquella casa, comprendiendo que la señora Brécart le hacía en parte responsable de la enfermedad de su esposo, y más que los reproches de Clara temía hallarse sola en presencia del ingeniero. Tenía miedo de no poderse contener, de caer á sus plantas, de rodillas, con las manos juntas, para adorarle, impulsada por el placer de verle salvado, después de haberle visto tan próximo á morir.

Durante las veladas de aquel otoño inclemente, iba todos los días ante la casa del enfermo sin atreverse á franquear la puerta; los árboles desnudos de todo follaje le permitían ver las ventanas, á través de ellas el dormitorio; las persianas á medio cerrar dejaban que se escapase un poco de luz; ¡pero muy poco!... Aquel débil resplandor bastaba para sumir á Camila en un éxtasis doloroso; tras aquellas delgadas maderas luchaba una vida que era más preciosa para ella que todos los tesoros del universo; pero ella no podía franquear aquella débil barrera; estaba tan lejos del ser amado como los curiosos lo están de los diamantes de la corona, expuestos en su vitrina de cristal, y completamente inabordables, por más que cada cual los pueda devorar con los ojos.

Regresaba á su casa, y de vez en cuando con su mano débil rozaba las paredes para apoyarse, el contacto de

la piedra helada le hacía toser y tosía con salvaje placer con un encarnizamiento cruel, feliz por sentirse atacada por los efectos de una enfermedad tan dolorosa, pensando que la muerte vendría á librarla de tan cruel martirio.

Al entrar á su casa el tibio calor de la habitación, le hacía concebir otras ideas; su suerte le enternece comparándola con la de Pablo.

—El es feliz, se decía—es amado y le cuidan, yo estoy abandonada por el destino. Nadie me ama, ni piensa en mí. ¡Pobre huérfana, pobre ser desheredado que no tiene ni madre ni esposo!

En su soledad lloraba mucho tiempo, por ella y por su muerte prematura; sus lágrimas corrían con abundancia, casi dulces; y concluía por dormirse, con una especie de somnolencia, consolada por las lágrimas cuyo rastro hallaba sobre la almohada, y en lo que encontraba una especie de placer indefinible. Durante aquellas largas veladas, los esposos Frogé, que se acostaban muy temprano, oyéndola toser, se compadecían de ella. Un día haciendo un esfuerzo heroico invitaron á comer á un médico viejo, que ya hacía mucho tiempo que no ejercía y era amigo de infancia de Frogé. Durante la comida el doctor observó á Camila con habilidad, haciéndola hablar y divirtiéndose en contrariarla para ponerla del peor humor posible; cuando la joven se retiró dejando libre el campo, el doctor tranquilizó á los esposos Frogé.

—No hay nada de lo que ustedes creen, todo es nervioso; estas jóvenes que nada tienen que hacer están llenas de manías. Que se la case, que tenga dos ó tres

hijos y criadas torpes y en seguida estará curada. Le bastará con trabajar mucho, es el remedio soberano de las enfermedades nerviosas.

—¿Pero y la tos, querido doctor?—le dijo Isabel.

—Nervioso como todo lo demás, querida señora.

—Es que su madre murió...

—De una afección al pecho mal curada, lo sé, y ya le dije lo que merecía el imbécil que la asistió. Tranquilícese usted, la señorita Frogé no está más tísica que usted ó yo.

Durante la semana que siguió á esta visita, los dos viejos, algo más tranquilos, habían recobrado alguna alegría; el invierno avanzaba, Camila seguía tosiendo, Pablo había caído enfermo; todo esto había excitado su cerebro y la joven se sumió en la más profunda tristeza como si de ella tuviese que hacer su régimen habitual de existencia.

Camila estaba muy preocupada. La ingrata no pedía al mundo más que un amor, el cual no podía obtener sin recurrir al crimen; fuera de esto, la ternura de los demás le importaba poco, lo mismo la de sus tíos que la de los demás; había hecho de esto un hábito y en consecuencia debía mantenerle. ¡Ah, no acostumbraís á vuestros amigos á darles constantes muestras de afecto! Al cabo de algún tiempo se persuadirán de que se les halaga por nuestra propia satisfacción, y que las privaciones que uno se impone por ellos, lejos de ser sensibles, constituyen una verdadera alegría.

Camila, que amaba por encima de todo, y que buscaba toda ocasión para poderse glorificar, también ofreció á Pablo el sacrificio de Mirmont.

—No, Pablo mío—se decía—jamás haré traición á la amistad que te he confesado. Tal vez un día seas feliz recurriendo á la ternura que te profeso, tan pura y tan desinteresada, cuando la vida y la banalidad de las otras afecciones hayan desgarrado tu corazón.

Exaltada por este pensamiento, de repente se sintió herida por las últimas palabras que pronunció Mirmont. ¡Había osado pretender que olvidase el nombre de Pablo! ¡Habló de aquel olvido como de una cosa que honraría á Camila en el caso de que fuese su esposa?

La joven cogió la pluma en seguida, y con su letra clara, de forma elegante, escribió á su adorador.

“Caballero: temo que mi silencio no le parezca un asentimiento á sus últimas palabras; sentiría dejarle en ese error. No puedo consentir en casarme ni ahora ni después. Sin embargo, puede usted creer, que la petición de usted me ha honrado mucho”.

Firmó Camila Frogé, fechó la carta, puso la dirección, y como había llegado la hora de dar su segunda lección, y las emociones sufridas le habían hecho faltar á la primera, salió, y al pasar ante un buzón de correos depositó en él la carta.

Después de haber hecho esto sintió en su alma inmensa dulzura; era feliz amando á Pablo Brécart, y mucho más, rechazando la mano de un hombre como Mirmont. Camila pensó que tenía derecho á alguna recompensa y miró su reloj. Aun faltaba algún tiempo para su segunda lección, muy poco... Vaciló un instante entre la pasión y el deber, pero fué muy poco, y con rapidez, casi con alegría, se dirigió hacia la plaza del chatelet. Ante la habitación del portero vaciló.

—¿La señora Brécart?—preguntó en vez de subir directamente como tenía por costumbre hacer.

—Ha salido—le contestaron sin mirarla.

—¿Y el señor?—dijo con voz alterada.

Sorprendido por aquel cambio, el portero fijó los ojos sobre la joven, quien palideció conteniendo su emoción. Tenía miedo de la mirada de aquel hombre; le parecía que debía saber por qué preguntaba por Pablo.

—Desde su enfermedad el señor aun no ha salido de casa—repuso al reconocer á la visitante cuyas tardías salidas de aquella casa había maldecido más de una vez.—Está solo, su suegra se fué ayer tarde.

Aquel hombre miraba á Camila de un modo burlón; había notado que su inquilino acompañaba siempre á la hermosa joven, cuando se retiraba de su casa y que á veces tardaba bastante en regresar, y más de una vez llegó hasta compadecer á la pobre señora Brécart... Camila subió la escalera, perseguida por la mala sonrisa de aquel hombre, la cual adivinaba tras ella ¡qué le importaba! ¡Iba á ver á Pablo, á verle solo! Esta idea le volvía loca.

Llamó, abrieron.

—¿El señor Brécart?—dijo.

La criada la hizo entrar en el gabinete de trabajo, de aspecto sombrío y que le era tan conocido. ¡Cuántas veces, en ausencia de Pablo, entró allí con el pretexto de buscar libros! Amaba aquel departamento, que según ella, no pertenecía más que al ingeniero, pues allí nunca había visto á su esposa, y sin embargo ésta había pasado allí largas veladas al lado de Pablo, cuando éste

terminaba algún trabajo que corría prisa. Pero un mal que se ignora, no es un mal.

Entró con mucha timidez, pues la criada no se había tomado el trabajo de anunciarla, y no sabía que decir al hombre que amaba. Siempre había detestado las conversaciones banales que en aquella ocasión hubiesen sido un buen socorro, pero no supo recurrir á ellas. Pablo, que leía medio tendido sobre un diván, levantó los ojos sonriéndose, creía que era su esposa.

—Soy yo—dijo Camila;—tenía necesidad de verle.

Tomó una silla, sentándose á su lado.

Una audacia extraordinaria se apoderó repentinamente de ella al pensar que la Providencia lo había preparado todo para aquel encuentro.

—¿Cómo está usted?—le preguntó el joven, contento de verla, pues, después de todo, había olvidado sus rencores durante la convalecencia; además aquellos errores eran de los que el amor propio disculpa con facilidad; ¿se puede querer mal á una mujer joven, hermosa, llena de méritos, porque nos haya hecho coger un resfriado ó una pulmonía? Una vez pasado el peligro, nadie sabría guardar rencor.

—Estoy muy bien—se apresuró á responder Camila—¿y usted?

—¡Oh! yo ya estoy casi bien; el doctor se empeña en tenerme cerrado en casa; á no ser por no disgustar á Clara hace tiempo que no le hub era obedecido.

—No haga usted eso—exclamó Camila—no arriesgue su vida...

Se detuvo... ¿podría contenerse? ¿Pero aquella pala-

bra no sería peligrosa? ¿A pesar suyo, cuanto dijese, no expresaría sus angustias, sus alegrías?

Pablo rió con dulzura; los convalecientes se alegran con facilidad; la idea de que se han escapado de la muerte les hace encontrar encantador cuanto les rodea. Sus ojos brillaron al encontrar los de Camila, y temblaron, como un hombre distraído que de repente se despierta de su sueño, en presencia de un peligro inesperado.

¡Qué de cosas le decían los ojos de Camila! Anegados en lágrimas, desbordantes de ternura, vivos, elocuentes, como sus temblorosos labios, le contemplaban con éxtasis. Estaba inclinada hacia adelante, enternecida por la felicidad, con las manos sobre las rodillas, una vaga sonrisa rodeaba su boca, adoraba á su ídolo. ¡El mundo estaba muy lejos de su pensamiento. Clara no existía!

De repente, Pablo comprendió que había sido culpable. Las fugaces advertencias que repetidas veces le hizo su conciencia, se le presentaron todas juntas. En un momento se acordó de las actitudes, de las palabras que antes se le habían escapado, y que no quiso juzgar por miedo á tener que condenarlas.

—Pero eso no es amistad—le gritaba una voz interior; ¡la amistad por exaltada que sea, se despierte en el cerebro de una joven romántica, no tiene ni ese mirar ni esa sonrisa! ¡Está loca, pero tú también lo estás, puesto que no te has apartado!

Una violenta sacudida agitó el alma de Pablo. En nuestro fondo siempre se remueve un poco de arcilla: Camila era tan hermosa en su muda contemplación, se entregaba á él tan por entero, en cuerpo y alma, que no pudo evitar decirse:

—¡Que lástima!

No se detuvo ante este pensamiento de pesar; apesadumbrarse ¿de qué? De que su suerte no le hubiese dado á aquella joven orgullosa, de estrecho espíritu, en vez de su bondadosa Clara, que tanto le amaba, y cuya belleza, menos resplandeciente, debía resistir mejor á los ultrajes del tiempo y á las fatigas de la vida. Se reprochó en seguida aquel pensamiento involuntario, y al recobrar la noción del deber, volvió la cabeza.

—¿Aun no ha vuelto Clara?—preguntó á Camila, esperando que este nombre la trajese á la realidad de su situación.

La joven movió negativamente la cabeza y continuó mirándole. Al no oír la contestación fijó los ojos sobre ella; pero su mirada era más seria. Camila, lejos de calmarse, dejó que apareciesen en sus ojos oleadas de lágrimas que hacía tiempo estaban prontas á desbordarse.

—¿Está usted incomodado conmigo?—preguntó con voz humilde y suplicante.—¿Por qué? ¿Qué le he hecho? Pablo, sorprendido, no supo que responder.

—¡Qué idea!—exclamó después de un momento de vacilación—no tengo ningún motivo de estar incomodado con usted.

—¡Pero me mira usted con aire de reproche y me habla de Clara!

El joven, débil aun por la enfermedad, inquieto por el cariz que tomaba la conversación, trató de tomarlo todo á broma.

—¿Es algún castigo el hablarle á usted de Clara?

Camila palideció; sí, era un castigo, mucho más ¡era

un ultraje! Pero ¿podía decirse así al esposo? Su orgullo y su amor rompieron los últimos diques y el torrente de su cólera se desbordó de golpe.

—¡Sí, es una ofensa! ¿Por qué me habla usted de Clara? Clara que le ama, que lleva su nombre, que le ha cuidado, que le ha salvado, mientras que yo ¡qué miserable soy, que no soy nada, que nada puedo! Le ha cuidado ella y en cambio fui yo quien puso en peligro la vida de usted; ¡y aun me habla de ella! ¿No sabe usted que quisiera olvidar su existencia, y en mi caridad cristiana, todo lo que puedo hacer es no desear su muerte?

Se había puesto en pie. Pablo, espantado de su vehemencia, también se levantó; frente a frente se miraron un momento. Ya no era la ternura lo que animaba sus semblantes, era una cólera terrible. Pablo se sentía insultado en sus sentimientos de esposo, ya no le era posible detenerse en la pendiente, Camila siguió diciendo con los ojos inflamados de perversa cólera:

—Si, Clara es mi enemiga! En otra época ella impidió que usted se fijase en mi amor; sin ella, yo hubiese sido la preferida. ¡Dios sabe que he hecho todo lo posible porque no nos volviésemos á ver! Es ella la que me ha traído á esta casa; ella es quien os posee, quien goza de vuestro amor, en tanto que á mi en esta casa se me hace la limosna de alguna palabra cariñosa, como se arroja un hueso á un perro vagabundo! No me hable de ella; yo, yo, que le adoro desde hace tantos años; yo que no he recibido de usted más que penas ¿no tengo derecho á alguna bondad por su parte? Dígame una palabra de amistad y no me quejaré de mis heridas

—Señorita—repuso Pablo con gravedad,—sus senti-

mientos ofenden á mi esposa, y el matrimonio nos hace solidarios el uno del otro.

Camila retrocedió dejándose caer sobre una silla. Dos lágrimas gruesas rodaron por sus pálidas mejillas, y unió las manos en ademán suplicante, pero sin decir una palabra. Pablo no se atrevió á mirarla temiendo ser demasiado brutal; y sin embargo comprendía que le era preciso terminar con aquella situación intolerable.

—Usted no hubiera debido inducirme á pronunciar esa palabra—repuso con más dulzura—pero desde el momento que mi esposa no es amiga de usted...

—¿Mi puesto no es aquí?—replicó la joven sintiéndose herida en su orgullo y secando de repente sus lágrimas de fuego.—¡Caballero, es usted muy cruel; semejantes cosas se insinúan; pero nunca se dicen en la cara.

Pablo se inclinó en actitud de sentimiento y de indiferencia, pero con una frialdad que no dejó á Camila alimentar esperanzas.

—¿Qué pensará su esposa si no me ve más por aquí?—repuso la joven.—¡Yo no figuro entre las que son felices en este mundo! ¡No puedo emprender ningún viaje de placer cuando las circunstancias lo exijan! ¡Es preciso que ponga buena cara á los sucesos! Señor Brécart, si usted cree que nunca debo volver á poner los pies en esta casa, dígaselo á su esposa. Cuando ella me diga que no vuelva me inclinaré ante su decisión. Hasta entonces no quiero causar á mis tíos el dolor de que sepan que he sufrido un ultraje semejante! ¡No quiero exponerme á las murmuraciones de la sociedad! ¡Aun tengo algún honor que conservar!

—Señorita, nada diré á Clara—repuso Pablo después de un instante de silencio durante el cual Camila temblaba, teniendo los ojos fijos en él como si le desafiase. —No quiero apesadumbrar á mi esposa... Usted ha dictado mi conducta, y desde hoy en adelante, yo sabré evitar su presencia.

—¿Es que usted me odia?—preguntó Camila humilde y pronta á prorrumpir en llanto.—¿Cómo he podido yo merecer su odio?

—Yo no la odio—repuso Pablo atreviéndose á mirarla á la cara.—No tengo para usted más que buenos sentimientos, y debo añadir que en este momento siento la más afectuosa...

—¿Comasión?—preguntó Camila viéndole buscar una palabra.

—No diría compasión, esta palabra tiene algo de ofensiva, y está muy lejos de mi la idea de ofenderla; pero estoy lleno de pesar por el dolor que le causa á usted el momentáneo olvido de mis deberes... y de los suyos.

Camila se estremeció al sentirse otra vez herida en su orgullo por esta nueva lección, pero la tranquila y firme mirada de Brécart parecía censurarle su ficticia humildad, resultado de su falso modo de ser.

—Caballero; cualquiera que sea el nombre que quiere usted darle, acepto su compasión... ¡Pablo!—añadió anegada en llanto—déjeme usted alguna vez oír su voz, adivinar que me ama un poco, que soy algo para usted, que algunas veces piensa usted en mí como en una amiga. ¡No pido más que esto! ¡es tan poco!

—¡Ayer aun era posible, hoy no!—repuso Brécart volviendo la cara.

Durante un momento la joven permaneció silenciosa; después se dirigió hacia la puerta, andando con lentitud. Al llegar á ella se volvió, diciendo con sumisa entonación:

—Volveré aquí, pero cuando no esté usted; la única gracia que le pido, es que de vez en cuando me deje respirar el aire que usted ha respirado... Será Clara quien me dé noticias suyas, y mis raras visitas no serán largas, se lo juro.

Desapareció, se cerró la puerta y Pablo se encontró solo.

Durante un momento permaneció inmóvil, reanudando el hilo de sus ideas, tratando de formar un juicio definido sobre aquella situación imposible. Hacia cualquiera parte que dirigiese sus miradas hallaba algo incomprendible y extraño. Un campanillazo le anunció el regreso de su esposa y esto le hizo recuperar la calma.

—Es necesario que Clara sea feliz—se dijo;—no merece ver su felicidad empañada por una nube; el alma de Clara es límpida como su nombre; ninguna sospecha debe turbar su tranquilidad.

Entró su esposa, con el alegre semblante animado por el paseo y la frescura del hermoso día de otoño, respirando alegría y confianza. Se acercó á su esposo presentándole su serena frente.

—¿Te encuentras ahora bien?—le preguntó poniéndole una mano sobre el hombro.—¿Has sido prudente? ¿Estás ya preparado para un asunto de importancia? ¡Sil! ¿No es verdad? Pues bien, he encontrado al doctor, quien me ha reprendido por no dejarte salir á tomar el

aire, me he traído un coche y nos iremos al bosque de Bolonia. Pero sin que te pongas serio.

Daba vueltas por la habitación, escogiendo un pañuelo de seda, asegurándose de que el paletó le abrigaría bastante... En uno de sus paseos Pablo la detuvo cogiéndola por la mano.

—Clara—le dijo con voz grave y tierna—tú eres mi orgullo, mi alegría; tu amor es lo que más quiero en esta vida. Sé lo que tú vales, y te doy las gracias por tu proceder y por amar á un ídolo como yo, que tiene los pies de arcilla.

—¡Tú eres del oro más puro que se conoce!—repuso Clara con orgullo y ternura.—¡Aun no te amo tanto como mereces!

Pablo movió la cabeza con dulzura y estrechando á su esposa con dulce abrazo, depositó en su cabello un beso tan grave y solemne, que sintió llegarle la seriedad hasta el fondo de su corazón.

—Feliz aquel que puede vivir y morir teniendo á su lado una compañera semejante—dijo en voz baja.

El corazón de Clara rebotó de gratitud. Los que no suelen abusar de las palabras solemnes en la vida usual, encuentran en ellas un sentido extraordinario y profundo, cuando las circunstancias graves las ponen en sus labios. Los esposos se miraron un instante. Toda la alegría del pasado, la confianza y seguridad en lo porvenir brillaron en aquella mirada libre de todo cieno terrestre. Se estrecharon las manos con fuerza, y después salieron juntos sin pronunciar una palabra, y muy pronto sintiendo el tibio sol de los primeros días de invierno, rodaron por las avenidas del bosque de Bolonia, cuya

tierra exhalaba el acre olor de las hojas caídas de los árboles, y que inspira tantos deseos de vivir

En el momento en que gustavo Mirmont salía de la oficina, muy abrigado con su magnífico gabán de pieles, con su aspecto noble y digno, le entregaron la carta. La miró entornando los ojos. Lo mismo que don Juan se dijo: *Sento odor di femina*, pues el escrito acusaba estar trazado por mano de mujer, pero el papel no exhalaba perfume. Pues todo el mundo sabe que la carta de una mujer debe ser perfumada por algún olor persistente desagradable, enérgico, del cual el desgraciado que la recibe no puede verse libre más que desembarazándose del papel acusador. Hasta ahora es el único medio infalible que han encontrado las mujeres para hacer que su correspondencia se queme. Mirmont abrió el pliego encontrándose con la escueta carta de Camila.

Era un hombre muy enérgico y al cual las contrariedades de la vida hacían poca mella, cuando se trataba de su interés ó de su ambición; ahora no se trataba de interés, pues Camila era pobre; pero el orgullo del funcionario pareció recibir un latigazo.

Aquella provinciana, aquella profesora de piano, se permitía rechazar rotundamente su mano, no bajo el pretexto de que su corazón pertenecía á otro, sino sencillamente para que la dejasen tranquila, para librarse para siempre de sus asiduidades. Mirmont refunfuñó algunas palabras, se metió la carta en el bolsillo interior de su gabán, lo abrochó, encendió un cigarro y se fué.

El aire seco y picante de aquel hermoso día, lejos de calmarle, le produjo una especie de fiebre, y la sangre acudió á su rostro. Con paso rápido y firme se dirigió

hacia el boulevard; encontró una cara conocida y le saludó quitándose el sombrero, mas no hubiera podido decir cómo se llamaba. Dos ó tres veces se detuvo porque le hablaban; un amigo le preguntó si se encontraba bien, otro le aconsejó que se cuidase, pues trabajaba mucho... Mirmont les dió las gracias por su interés y continuó su paseo hacia la Magdalena.

Tal vez nunca había sentido en su interior rugir semejante tempestad, y la causa de aquel despecho violento no era difícil hallarla. Mirmont no presumía de rigorista y los sentimientos que desde un principio le inspiró Camila, nada tenían de celoso respeto por la joven á la que se quiere hacer nuestra esposa. Cuando comprendió que la señorita Frogé no le pertenecería más que con la condición de ser la señora Mirmont, se entabló la lucha ante su amor, su orgullo y su ambición, por una parte, y por la otra pensó que si su amor era vencido lo estaba con el auxilio de un solisma ingenioso; había tratado de poner de acuerdo con su ambición, la gracia y la belleza de Camila, que le permitiría reinar sobre los que le rodeaban. ¡Todo esto había sido nulo! ¡El grande y poderoso esfuerzo que hizo al ofrecer su mano y brillante posición á una joven pobre y obscura no había sido más que una estocada en el agua! Gustavo se veía en ridículo y no podía aceptar aquella situación humillante. Después que hubo meditado acabó por decirse que la partida no se había perdido por completo. Camila le había rechazado con energía, de una manera categórica; pero en el fondo las cosas continuaban siendo las mismas, no se casaba con otro, puesto que amaba á uno que era casado; un día ú otro para terminar con su penosa

existencia acabaría por casarse con el primer adventizo. ¿Por qué no podía ser con él? Todo estaba en llegar á tiempo.

Pero Mirmont no estaba de humor para continuar mucho tiempo en aquel estado, le gustaba hacer las cosas con rapidez y además su situación respecto á la joven no era de las que se pueden sostener indefinidamente; hacía falta vencer en seguida, aunque fuera por un golpe de mano, pero ¿cómo?

Haciéndose estas reflexiones Mirmont llegó hasta los Campos Elíseos, deteniéndose maquinalmente, para ver desfilar los carruajes. En un prosaico coche de alquiler, arrastrado por dos caballos vulgares, vió la radiante figura de la señora Brécart, y á su lado muy abrigado á su rival Pablo Brécart, que dejaba que le pasearan con esa apática y feliz indiferencia de los convalecientes y los niños. Regresaban de su paseo, saturados en parte por el aire picante de los primeros fríos, y con un vivo sentimiento de alegría y de nueva vida que estrechaba más sus corazones. No veían á nadie, dejaban vagar sus ojos por el hormiguero de la multitud.

Mirmont sintió como si una conmoción eléctrica sacudiese su cuerpo.

—¡He aquí un medio!—se dijo como alumbrado por una inspiración repentina.—Desde mañana me pondré en campaña.

Desde aquel instante se quedó libre de todas sus tribulaciones, pues ya no dudaba en la victoria. Gustavo regresó á París caminando con aire de triunfo.

Llegó la noche, el gas brillaba por todas partes; para entrar en calor, los transeuntes caminaban de prisa;

de todas las chimeneas se veía brotar el humo á torbellinos. Las mujeres encendían las estufas en espera del esposo que salía del despacho ó para los niños que regresaba de la escuela. En los barrios pobres del Marais, á lo largo de los muelles, bordeados de casas altas, viejas y feas, que pronto caerían á tierra, se sentía el olor de la próxima comida, olor de estofados hechos en los restaurants insignificantes ó en las tabernas. Al extremo de aquel muelle, situado como un límite, que decía: ¡no hay que ir más lejos! estaba el hotel de la Trémouille, sombrío y mudo, guardando la entrada de una calle triste, en la que los ómnibus, que la recorrían cada cinco minutos no podían recoger ni un solo pasajero. El gran hotel miraba al Sena con sus ventanas sin vidrios y con frecuencia hasta sin maderas; en la obscuridad, sobresalía el elegante campanario que le coronaba...

Después de haberse separado de Pablo, Camila fué maquinalmente á dar sus lecciones; le era preciso distraerse haciendo alguna cosa. Había recobrado su tranquilidad y la pulsación para enseñar, con arreglo al método, la ejecución material, á tres ó cuatro jóvenes recalcitrantes, de algunos trozos de música; hecho esto, se puso á pensar con calma la escena ocurrida aquella mañana, sintiendo una especie de doloroso sopor; é incapaz de flexionar y de tomar una resolución. Evitando los lugares muy concurridos, se dirigió por la sombría calle del Petit Muse, mal empedrada, sin aceras, en donde el pie tropieza con frecuencia con las piedras del arroyo; luego, al hallarse en el ángulo del hotel, se detuvo con sorpresa.

Nunca había visto aquello; aquel sitio le parecía lú-

gubre. A su izquierda una vasta explanada desnuda, algunos árboles, una estacada que se prolongaba hacia el Sena; enfrente, la isla de San Luis, sombría y triste más aun por aquella parte que por cualquiera otra, pues el viento norte y las lluvias del invierno habían revestido las casas, de aquel lado, con un tinte más sombrío, más fúnebre que en el opuesto; el Sena corría á lo largo de una orilla pedregosa; todo estaba desierto. La débil claridad del día se iba apagando, esfumándose tras las casas de la isla, y por aquella parte todo parecía estar condenado al frío, al silencio, á la decrepitud.

El paso de los ómnibus hacía mover las maderas sin cristales del viejo Hotel, luego el ruido se extinguía á lo largo de la calle. Al cruzar el muelle, Camila se estremeció.

Estaba muy débil, se apoyó en la pared para descansar. El frío de la piedra le era familiar. ¡Cuántas veces había puesto sobre ella sus ardientes dedos durante los paseos nocturnos! Esta vez se estremeció, retiró la mano, recogió la falda de su vestido sujetándose-la atrás. Cuanto veía era triste, de una tristeza mortal; pensó que si algún desesperado quería acabar con su vida, aquel era el sitio que debía escoger para dar fin á su desesperación.

La frescura de la piedra había atravesado el pañuelo que Camila llevaba en su mano; tosió un poco, después más fuerte... No tendría necesidad de precipitar su existencia, la muerte vendría pronto. ¡No saben lo que se dicen los que atribuyen á causas nerviosas la terrible tos que les desgarrá el pecho! ¡Qué importa la ausencia de todo síntoma molesto! ¡Qué importa la fuerza juvenil

y el brillo de los ojos! Se sentía morir y no necesitaba otra prueba. Y al pensar en la muerte, Camila, aun siendo desgraciada, y en medio de su desesperación sentía un inmenso amor por la vida.

Pablo se había portado mal con ella, debió haberle tenido alguna compasión, comprender que aquella joven hacía años que sufría el martirio, adivinar que su corazón le pertenecía por entero y que nada quería ocultarle.

—¡Ah, si él hubiese querido—se decía Camila— aceptar la ternura que le ofrecía, nada me hubiese sido penoso!

Si hubiese comprendido mi dolor, si me hubiera tendido una mano, creo que por gratitud hacia él casi hubiese amado á Clara! Pero tanta frialdad, tanta crueldad...

No tenía necesidad de amar á Clara, puesto que Pablo no había sido compasivo; pero le era preciso ir á visitarla, pues solamente ella podría darle noticias del joven.

La amargura de la traición acudió á sus labios, y durante un momento tuvo disgusto de sí misma; pero las personas del temple de Camila, no se dejan vencer con facilidad, y en seguida halló un pretexto que la mitigase sus escrúpulos. Era por un sentimiento de caridad por lo que iría á ver á Clara; daría á aquella mujer frívola é indiferente, los sanos y desinteresados consejos que su prudencia le sugiriese; trataría de hacer menos indigna de Pablo á la mujer que compartía su vida; este era aún un medio de ser útil á quien amaba.

Camila siguió caminando con lentitud. Hacía rato

que habían dado las seis, pero no tenía hambre, ni prisa por regresar á casa. Desde hacía un momento, amaba la vida, y la amaba más que nunca. ¡Pues bien! aun pasaría horas agradables en el saloncito de la señora Brécart. Clara nunca había pensado en sustraerse á su influencia, excepto en algunos momentos de mal humor, fruto de un carácter poco castigado, siempre fué afectuosa y dócil para ella. Y además, ¡quién sabe si Pablo no se emocionaría al ver continuamente la ternura ideal que le profesaba, completamente inmaterial, consagrándose á su felicidad, esforzándose en perfeccionar á su esposa! En la idea de hacer á su rival más digna de amor y de respeto, Camila veía una grandeza melancólica, que casi la consoló de su dolor.

En su casa, los esposos Frogé esperaban el regreso de la joven. El comedor bien cerrado, con su lámpara de cobre muy brillante, tenía su alegre aspecto habitual, los jilgueros dormían profundamente. En la estufa ardía un buen fuego, una estufa de hornillo, pintada de verde con tapa de mármol negro, como eran antes. Sobre el mármol, en una servilleta se recalentaban las castañas; las primeras de la temporada; una sorpresa que Sebastián había traído para Isabel, y que ésta acogió con júbilo; pero las castañas amenazaban enfriarse por completo y la alegría se extinguió; Camila, desde que estaba con ellos, nunca se había hecho esperar tanto. Con más ó menos seriedad, siempre se presentaba á las seis, su aspecto no sería agradable ¡pero estaba allí!

—Dime—preguntó el profesor con timidez—¿es que no va á venir para comer?

Isabel hizo un ademán, y se puso á partir en cuatro un pedacito de pan que había caído en su plato.

—¿Qué quieres que te diga?—repuso viendo que el pan no se dejaba reducir á tan diminutas fracciones—voy á mandar que sirvan la sopa.

—¡No, no, espera!—dijo el buenazo de Sebastián—si nos encontrase comiendo sería un disgusto para ella. ¡Tal vez le haya ocurrido algún accidente!

—Sebastián, cuando ocurre algún accidente, nunca falta quien venga á preparar y á avisar: en todos sus abrigos le he cosido á Camila su dirección, de manera que aun cuando le robasen el portamonedas, en donde lleva las tarjetas, ya se sabría cuál era su casa... Y además, ... todo eso es culpa nuestra, la hemos permitido salir sola de día, y ella se ha tomado permiso para salir de noche, y cualquier día vendrá cuando le dé la gana.

—¡Oh, Isabel!—dijo Frogé asombrado por tanta elocuencia y espantado por tanta severidad.

—¡Sí, amigo mío; es como yo te lo digo! Camila es una extravagante! No hace nada como las personas, y todo esto ha de concluir con algo que sea desagradable. Estoy ya cansada de sus extravagancias y es necesario que se corrija.

Temblando de indignación, la señora Frogé agitó la campanilla.

—¡Traiga usted la sopa!—gritó con imperio á la vieja y sorda cocinera.

—Señora, la señorita aun no ha vuelto...

—¡Traiga usted la sopa!—gritó la señora Frogé.

Su aspecto era tan imponente que la vieja se retiró.

Un momento después se presentó con el semblante compungido.

—Señora...

—¡Una desgracia!—exclamó la señora Frogé levantándose de pronto con la servilleta en la mano; Sebastián, menos ágil, tuvo que apoyar los dedos en el borde de la mesa, para ponerse en pie.

—Sí señora, pero no es culpa mía... la sopa era de acederas y las acederas no permiten que se las recaliente... se ha puesto mala, ¡estropeada por completo, no es más que agual! ¿Qué es lo que hay que hacer?

La señora Frogé se volvió á sentar; Sebastián hizo lo mismo, quitando sus manos de la mesa.

—¡Nos pasaremos sin sopa!—dijo Isabel, alegre de ver que era tan poco el percance ocurrido.

—¡Comer sin sopa, Dios mío!—gimió la cocinera.—Si usted quiere haré en seguida una sopa de ajo...

—¡No hay sopa, traiga usted el asado!—dijo la señora Frogé.

Con la muerte en el alma volvió la cocinera á su puesto.

—Isabel; me parece que podría hacerse una sopa de ajo, no se tardaría mucho—observó Sebastián con timidez.

—Yo también lo quisiera—repuso su esposa con dulzura—pero si durante este tiempo ella vuelve, creará que nos molesta poco el esperarla.

Sebastián no contestó, presentaron el asado. En el momento en que la señora Frogé metía el trinchante en la carne, sonó la campanilla; poco después Camila entró en el comedor.

—¿Están ustedes en la mesa?— dijo con voz fatigadora.

—¡A la hora que es!—repuso Isabel sin apartar los ojos del tenedor y del trinchante.

—¿Es muy tarde?—dijo Camila con indiferencia.

Sebastián la miró fijándose en su palidez, una ligeros provocada por el calor de la habitación agitó el pecho de la joven: volvió la espalda para dejar el abrigo y en aquel instante Sebastián guiñó el ojo á su esposa. Esta, celosa de su dignidad, dirigió á Camila una rápida mirada y el cuchillo tembló en su mano.

—¿De dónde vienes?—le dijo con menos severidad?

—He dado mis lecciones—repuso la joven con distracción.

—¿Tan tarde?

—Me he entretenido en mirar correr el agua—repuso con la voz adormecida que le producía el indecible enojo que aquella casa le inspiraba, á pesar de ser tan dulce y hospitalaria para ella.

Los esposos cambiaron una nueva mirada é Isabel puso á Camila su plato ya servido.

—¡Dios mío!—pensó Sebastián—ni siquiera ha notado la falta de la sopa. ¿Que le pasará?

Camila se puso á comer despacio, no se dió cuenta de la falta de la sopa. ¡Qué le importaba un plato más ó menos! ¡El viejo Frogé sintió enternecerse su corazón!

—Tienes frío, ¿no es verdad?—le dijo con dulzura.

—¿Has tosido al venir?—preguntó Isabel.

—Sí, tía.

Camila recordó el sombrío lugar del muelle, las luces reflejándose en el agua gris terrosa; la idea del de-

sesperado que iría allí á acabar su dolorosa vida acudió otra vez con fuerza á su imaginación y se estremeció.

—¿Estás enferma?—preguntó la señora Frogé con interés.

—Lo estoy siempre.

Aquella contestación seca, ofendió los afectuosos sentimientos de la buena señora.

—Esta no es una razón para que nos hagas esperar á la hora de comer—dijo con ligero acento de disgusto.—Esto mortifica al estómago y tu tío no está para soportar semejantes cambios en sus costumbres. Hoy, gracias á tu paseo, nos hemos quedado sin sopa...

—¿Por qué, tía?—preguntó Camila con un asombro muy natural.

—Porque se ha echado á perder. La sopa de acederas no admite que la recalienten.

Camila pensó que era muy sensible que la sopa de acederas fuese tan delicada; pero, felizmente para ella, guardó el secreto de aquella observación. Su silencio calmó un poco á Isabel, que acabó por recobrar su serenidad. Terminada la comida, la señora Frogé anunció que haría un poco de te, tanto para obsequiar á Sebastián, que era muy goloso, como para que Camila se calentase, pues no parecía haber recobrado su equilibrio.

—Muy bien, Isabel, el te reemplazará á la sopa—exclamó Sebastián con alegría oyendo dar la orden,—solamente que en vez de tomarlo al principio de la comida lo haremos al final.

El buen viejo estaba tan contento, que al pasar por el lado de Camila fué á darle un cariñoso golpecito, pe-

ro se detuvo pensando que después de lo ocurrido convenía mantenerse serio. Se quitó el mantel apareciendo una bandeja con tres hermosas tazas blancas con filete dorado, de porcelana de Sévres, marcadas con la cifra de Luis-Felipe.—Aquel servicio era para Sebastián una prueba de valor cívico; después de las jornadas de 1848, se lo compró á un revendedor á quien se lo había cedido un espíritu timorato, para deshacerse de aquella prueba comprometedora. Sebastián erguía la cabeza cuando hablaba de esto.

¡Aun humeaban las barricadas!—decía al terminar su relato.

La señora Frogé, á la vez que hacía los preparativos para servirle, no pensaba más que en una cosa; ¿por qué Camila tenía á la vez aquel aspecto indiferente y altivo? ¿Debía pasarle algo extraordinario! Pero ¿cómo saberlo? Una idea le asaltó, era muy elemental pero no dejaba de ser luminosa; además ¿las ideas luminosas dejan de ser elementales?

—¿No ha venido nadie hoy?—preguntó á la cocinera en el momento en que traía el agua caliente.

—¿Qué dice?—preguntó la sorda poniendo la mano á manera de trompetilla, pues la señora Frogé había hablado bajo de expreso.

—El señor Mirmont vino esta mañana cuando ustedes estaban fuera—repuso Camila no sin disgusto, pero impulsada por el sentimiento del deber.

Aquella joven extraña, que acallaba su conciencia con malos argumentos, no quería mentir, ni aun disimular.

—¡Mirmont! ¡Esta mañana! ¡Es imposible!—exclama-

ron los esposos. Sebastián añadió:—A esa hora debía estar en su oficina.

—Pues no estaba, yo os lo aseguro—repuso Camila que no pudo evitar una sonrisa ante la observación de su tío.

—¿Qué es lo que quería?—preguntó la señora Frogé.

—Pedirme por esposa—replicó la joven otra vez de mal humor pensando en los reproches que iba á oír.

—¿Y bien?

Los dos esposos retuvieron el aliento después de hacer esta pregunta; pero la señora Frogé alimentó pocas ilusiones, pues su sobrina no tenía cara de quererse casar con Gustavo Mirmont.

—Me he negado—repuso Camila con sequedad.

Por prevista que estuviese la contestación, el golpe fué rudo. Y los esposos se desconcertaron hasta el punto de que Isabel se olvidó de tapar la tetera.

—¡Le has rechazado, Camila, has rechazado á semejante hombre!

—Sí, tía; con mucho sentimiento mío; pero no le amo. Tape usted la tetera, pues el te no valdría nada.

Maquinalmente Isabel obedeció á su sobrina y añadió:

—¡Rechazar á semejante hombre! ¡Pero, Camila, tú has perdido la cabeza!

—Verdaderamente, así será, pero ¿qué quiere usted que yo le haga?—repuso la joven.—Me duele mucho la cabeza, me voy á acostar.

—Aun no, Camila, espera un poco—agregó Sebastián.

El buen hombre, impulsado por la autoridad pater-

nal, creció de repente; había hablado en un tono tan poco en armonía con su bondad acostumbrada, que su sobrina le miró con sorpresa.

—Camila, nosotros te hemos dejado en completa libertad, tal vez haya sido demasiada, y empiezo á vencerme de ello; pero no es una razón para tratar á la ligera una cosa tan seria como es tu porvenir. A la muerte de tu padre, nosotros te hemos llamado á nuestro lado, asumiendo así toda la responsabilidad paternal, hemos tratado de establecerte. El señor Mirmont es un partido mucho mejor del que podíamos esperar, no tiene ninguna tacha, nada hay en él que pueda ser motivo de repugnancia: tú eres completamente libre de rechazar su mano, pero al menos debes decirnos en qué causas apoyas tu resolución.

Camila sintió por su tío un nuevo respeto, nacido espontáneamente por el tono que con ella empleó; así es que le repuso con verdadera deferencia:

—Tío, el amor no se compra. Yo no amo al señor Mirmont.

—Esto no basta, Camila—insistió la señora Frogé;—la estimación y la amistad pueden con frecuencia reemplazar al amor.

La joven sintió deseos de explicar la verdadera causa de su negativa; pero confesando que amaba á otro ¿se libraría de las enojosas preguntas? Reflexionó y se dijo que aquello sería la señal de una nueva persecución, decidiéndose por guardar silencio.

—Tú nos ocultas algo—añadió Sebastián con gravedad;—hasta aquí hemos respetado tu secreto, pero ahora tenemos el derecho de conocerlo, puesto que compromete tu porvenir.

—Tío, yo no tengo ningún secreto que comprometa mi porvenir, se lo juro; si he rechazado al señor Mirmont, no es que desee casarme con otro, me parece que esto le será á usted bastante; añadiré que si pensase casarme, no tendría ningún motivo para rechazar la mano de su amigo de usted.

Esta ambigua contestación pilló desprevenidos á los dos viejos, que se miraron no sabiendo qué contestar. Sin embargo, la señora Frogé, más hábil, aun insistió.

—Camila, tú te aburres con nosotros, esto es claro como el día; ¿por qué no aceptas un esposo que te daría una posición brillante en la sociedad y que te procuraría mil satisfacciones de lujo y de amor propio que nosotros no te podemos dar?

—Tía, yo nunca me casaré por ambición—repuso la joven.—Y si quiere usted darme una taza de te, la aceptaré con gusto.

La tía le dió la taza pedida, pero la alegría y la confianza no volvieron á renacer en la mesa. Los esposos adivinaban que no eran nada para su sobrina, y que ésta les aceptaba por necesidad.

Al decir necesidad, no queremos afirmar que Camila no sintiese algún afecto por aquellos viejos, tan buenos y tan cariñosos; pues hay necesidades que también se concluye por amarlas; se siente una especie de afección por los objetos de que uno se sirve todos los días, por la vivienda, por los muebles, especialmente por los libros; de esta clase era el cariño que ligaba á Camila con sus tíos, y algunas veces les hallaba muy insoportables.

Algunos instantes después, la joven se retiró. En el momento en que se acercaba para dar las buenas no-

ches á su tío, Sebastián, aprovechando la ocasión de que su esposa retiraba el famoso servicio, al abrazar á su sobrina, le dijo al oído:

—Sobre todo no vengas tarde, eso hace sufrir mucho á tu tía.

La joven se sonrió y se fué; apenas había llegado á la puerta de su gabinete cuando Isabel la llamó.

—Oye, Camila—le dijo cogiéndola por una mano— ¡te suplico que no nos des más inquietudes! Tú no puedes figurarte el daño que esto hace á tu tío!

—Esté usted tranquila.

Isabel regresó al lado de su esposo con el corazón oprimido, y al contemplarle adivinó que él también sufría.

—¡Si siquiera nos hubiese dicho que nos amaba, que estaba bien á nuestro lado!—exclamó Sebastián.

—Camila no miente nunca—repuso la señora Frogé con amargura,—¿por qué ha de decir lo que no piensa?

Suspiraron juntos; cuando se ama se es menos desgraciado.

—¿Sabes que empiezo á creer que Camila no es tan perfecta como creemos?—dijo Sebastián después de un momento de reflexión.

—¡Pobre niña!—repuso su mujer con el corazón rebosante de tristeza.

XII

La señora Brécart hallábase en su saloncito sentada cerca de un fuego agradable, uno de esos fuegos de leña que duran toda una tarde sin necesidad de que se les toque y que inspiran agradables pensamientos. Pablo había vuelto á cumplir sus obligaciones; antes de salir ella le abrigó bien, y desde la ventana seguía con los ojos el coche en que iba, pues no quiso que saliera á pie; después, viendo á su Félix dedicado á hacer edificios con pedazos de madera, bajo la vigilancia de la criada, que antes lo había sido de su madre, fué á sentarse la señora Brécart á instalarse al lado del fuego, con el fin de terminar un tapiz empezado hacía mucho tiempo y que pensaba colocar en el gabinete de su esposo.

A la vez que trabajaba Clara se puso á meditar. La imagen de Camila, después de haber vagado ante sus ojos, vino á detenerse entre ella y su trabajo.

Camila no era buena. Esta idea, que la joven había rechazado cien veces, le acusaba sin cesar, y ahora Clara no podía desecharla como antes, por el recuerdo de las buenas obras de su amiga. Camila había representado en su casa el papel de un genio malo; con ella entraron en aquel dulce nido, donde la felicidad tendía sus

ches á su tío, Sebastián, aprovechando la ocasión de que su esposa retiraba el famoso servicio, al abrazar á su sobrina, le dijo al oído:

—Sobre todo no vengas tarde, eso hace sufrir mucho á tu tía.

La joven se sonrió y se fué; apenas había llegado á la puerta de su gabinete cuando Isabel la llamó.

—Oye, Camila—le dijo cogiéndola por una mano— ¡te suplico que no nos des más inquietudes! Tú no puedes figurarte el daño que esto hace á tu tío!

—Esté usted tranquila.

Isabel regresó al lado de su esposo con el corazón oprimido, y al contemplarle adivinó que él también sufría.

—¡Si siquiera nos hubiese dicho que nos amaba, que estaba bien á nuestro lado!—exclamó Sebastián.

—Camila no miente nunca—repuso la señora Frogé con amargura,—¿por qué ha de decir lo que no piensa?

Suspiraron juntos; cuando se ama se es menos desgraciado.

—¿Sabes que empiezo á creer que Camila no es tan perfecta como creemos?—dijo Sebastián después de un momento de reflexión.

—¡Pobre niña!—repuso su mujer con el corazón rebosante de tristeza.

XII

La señora Brécart hallábase en su saloncito sentada cerca de un fuego agradable, uno de esos fuegos de leña que duran toda una tarde sin necesidad de que se les toque y que inspiran agradables pensamientos. Pablo había vuelto á cumplir sus obligaciones; antes de salir ella le abrigó bien, y desde la ventana seguía con los ojos el coche en que iba, pues no quiso que saliera á pie; después, viendo á su Félix dedicado á hacer edificios con pedazos de madera, bajo la vigilancia de la criada, que antes lo había sido de su madre, fué á sentarse la señora Brécart á instalarse al lado del fuego, con el fin de terminar un tapiz empezado hacía mucho tiempo y que pensaba colocar en el gabinete de su esposo.

A la vez que trabajaba Clara se puso á meditar. La imagen de Camila, después de haber vagado ante sus ojos, vino á detenerse entre ella y su trabajo.

Camila no era buena. Esta idea, que la joven había rechazado cien veces, le acusaba sin cesar, y ahora Clara no podía desecharla como antes, por el recuerdo de las buenas obras de su amiga. Camila había representado en su casa el papel de un genio malo; con ella entraron en aquel dulce nido, donde la felicidad tendía sus

alas, las palabras acerbas, los reproches injustos de su esposo; con Camila se presentó el deber gruñón, desagradable, hostil, allí donde no había penetrado nunca más que la serenidad del trabajo amistoso, del esfuerzo que nada cuesta, porque está dictado por el amor, por la alegría de hacer bien al que se ama... ¿Sería en verdad un mal mostrarse cariñosa, cumplir con su deber? ¿Sería preciso renunciar á los bienes de la tierra hasta el punto de tener en su casa un semblante serio y resignado, en vez de sonreír contenta de sí misma? ¿Habría que huir como de un remordimiento de los elogios de su propia conciencia?

Clara sonrió con dulzura.—¡No!—se dijo—Camila no me enseñará á odiar la vida, para sentir en seguida el inefable placer de perdonarla. No es su moral estrecha y lúgubre la verdadera; esos procedimientos ascéticos no son de nuestra época; ¿por qué no he de ser yo una buena esposa para mi marido, una buena madre para mi hijo, un espíritu recto y compasivo para todos los que se me acercan? ¡Me parece que puedo morir tranquila, sin temor á ser juzgada con severidad!

Aquí un pensamiento turbó sus meditaciones. ¿No sería demasiado severa con su amiga? Analizando el fondo de su conciencia, notó de repente con algún espanto, que no la amaba.

—¡No me ha hecho nada!—se dijo la joven con consternación—¿es que yo seré mala?

Verdad es que le había hecho algún mal, pues Camila era responsable de la enfermedad de Pablo; pero aquello ya había concluído, no quedando más que un recuerdo; ¿por qué, pues, aquel mal sentimiento, aun á

pesar suyo, que parecía agrandarse á medida que se esforzaba en vencerle?

A fin de cambiar el curso de sus ideas, fué á la habitación inmediata, en donde se hallaba su hijo, para abrazarle, y en la que seguía haciendo magníficos castillos de madera.

—Dime, Félix, ¿me quieres mucho?—le preguntó con la idea de arrojar sus malos pensamientos.

—Sí—repuso el niño levantando la cabeza con seriedad—á papá también y á María—añadió señalando á la criada.

Colocó otro pedazo de madera en su obra, luego inclinó la cabeza para contemplarla, añadiendo después de un instante.

—Mamá, es á Camila á la que no quiero.

Para confirmar lo que le decía, de un manotazo derribó su obra, que cayó con estrépito, y después se puso á hacerla de nuevo.

Clara regresó al saloncito casi espantada de lo que acababa de oír, ¿su antipatía por Camila sería tan natural que hasta el niño, á pesar de su alma inocente, la sentía? ¿Sería ella quien se la inspiró sin quererlo?

En el momento en que volvía á ponerse á trabajar le anunciaron la visita de Mirmont.

Aquella visita nada tenía de sorprendente; sin embargo, la señora Brécart se estremeció con cierto placer, sospechaba que iba á saber algo respecto á Camila; si Mirmont pudiese anunciarle que antes de veinticuatro horas se casaba con Camila y que en seguida se iba con ella á Argelia hubiese sido capaz de abrazarle.

Mirmont no tenía aspecto de irse á Argelia, ni tam-

poco el del hombre que viene á anunciar su próximo enlace. Con su gravedad de costumbre se sentó enfrente de Clara y durante unos diez minutos se mostró el soltero galante y correcto.

Como no hablase de Camila, fue la joven quien en su impaciencia preguntó por ella.

—¿Su ida al teatro tuvo éxito?—le preguntó sin mirarle.

—¿En qué sentido lo quiere usted decir?—repuso Mirmont encantado de esta pregunta que le abría el camino.

—¿Quería preguntarle á usted si logró el placer que se proponía? ¿La señorita Frogé se dignó asistir?

—Sí, se dignó asistir y tuve en ello bastante placer, pero... yo no sé si debo hacerle á usted por entero mi revelación.

—¿Tiene usted revelaciones que hacerme? ¡Pues no encontrará nunca confidente más discreto!

Mirmont poniéndose serio se acercó un poco más.

—He tenido el honor—dijo á media voz, de pedir la mano de la señorita Frogé.

—¿Sus tíos se la habrán concedido?—dijo Clara con el corazón tembloroso de placer y una dulce ironía en la voz.

—Creo, que sus tíos no me la hubieran negado—repuso Gustavo—pero antes de acercarme á ellos, la señorita Frogé me la ha negado rotundamente.

—¡Ella!—exclamó Clara—¡Ella es la que le ha rechazado á usted! ¿Y bajo qué pretexto, Dios mío?

Mirmont guardó silencio un instante. Le era difícil hablar, pero más callar, y además si se callaba, ¿para qué hizo la visita? Mejor hubiese sido no hacerla.

—El pretexto que me ha dado—repuso con lentitud—es de tal naturaleza que apenas me creo autorizado á revelárselo á pesar de ser usted su mejor y su única amiga.

Clara le miró con asombro.

—Este pretexto no es de los que pueden hacer disminuir la estimación que me inspira la señorita Frogé, me limito á sentir el haber llegado tarde... Usted, señora, que tiene tanto ascendiente sobre la señorita Camila...

Clara sintió deseos de preguntarle si se burlaba de ella, pero por miedo á interrumpirle se abstuvo de hacerlo.

—Usted debería hacerle comprender cuál era su verdadera obligación, la verdadera prudencia, recomendarle que renunciase á una pasión que sólo puede causar á ella y á los demás verdaderos pesares.

—¿Qué pasa?—preguntó la señora Brécart invadida por una especie de terror, pues adivinaba que Mirmont no le hablaría en aquel tono, si el asunto no tuviese interés para ella.

La señorita Frogé me ha dado por pretexto á su negativa una razón ante la cual no tengo más remedio que inclinarme; pero que ella podría abandonar, es cosa que no dudo; le he asegurado que si quería volverse atrás de su decisión, por mi parte olvidaría en absoluto lo que me dijo, y que los sentimientos que me inspira no sufrirían ninguna modificación...

—Pero ¿qué es ello?—insistió Clara cada vez más sorprendida y temerosa.

—En una palabra, querida señora, que no creía de-

berselo decir. La señorita Frogé ama á un hombre casado y quiere permanecer fiel á este amor.

—¡Camila!—exclamó Clara levantándose—¡es imposible! ¡No, no, eso no puede ser, ella no ha dicho semejante cosa!

Mirmont se inclinó respetuosamente sin añadir una palabra; la señora Brécart juntó sus manos apretándolas contra su corazón pronto á estallar, y luego las dejó caer. Cien veces la idea de aquel amor había acudido á su mente, pero tan vaga, tan confusa, que apenas conservaba recuerdo; pero de pronto, la terrible verdad surgía ante ella y le sería preciso entablar la lucha.

—¡Un hombre casado!—repitió Clara.

Ya no era posible hacerse ninguna ilusión. Camila no veía ningún otro hombre casado con tanta intimidad como á su esposo, y además el antiguo rumor que circuló por San Martín de las Minas servía de base irrefutable á aquella nueva convicción.

—¿Supongo que no habrá dicho su nombre?—dijo la joven mirando á Mirmont con el semblante lleno de indignación.

—No señora, no lo ha pronunciado—repuso Mirmont y no mentía pues fue él quien nombró á Pablo.

Clara sintió un gran consuelo, ya era algo; pensar que su nombre no se mezclaba en tan triste aventura. Que la vergüenza cayese solamente sobre Camila, que no había sabido hallar otro medio de defenderse, más que rebajándose!

—Señora, he hecho mal en pensar que usted me ayudaría con sus consejos para hacer que la señorita Frogé alimente sentimientos más racionales, más con-

formes con los principios que hasta aquí le han guiado?—dijo Mirmont con humildad.

—Caballero, esté seguro que en cuanto dependa de mí haré todo lo posible para que la señorita Frogé cumpla como debe cumplir.

La indignación que un momento antes inflamaba su semblante fue substituída por una palidez repentina. El abismo que acababa de sondar le producía vértigo.

¿Podía creer que Camila, con sus buenos sentimientos de honor, de deber, de estrecho y fanático rigorismo hubiese entrado en aquella casa llevando el adulterio en el corazón?

La idea de aquella traición le producía horror hasta el punto de inspirarle más disgusto que cólera. Tuvo un ademán de desfallecimiento, tan grande que Mirmont sintió compasión por ella, arrepintiéndose de lo que dijo.

—¡Bah!—pensó para consolarse—¡es un servicio que le he prestado!—añadiendo en alta voz—He de permitirle advertirle, que si la señorita Frogé sabe que yo he hablado con usted, todo cuanto usted haga será inútil para mí... En su cólera me rechazaría ahora con más fuerza que antes.

—Tiene usted razón, caballero, no sabrá que nos hemos visto. Además,—añadió con amargura—se admiraría de que yo estuviese avisada.

Sin contestar á esta observación, Mirmont se apresuró á retirarse; su corazón era sensible y no le gustaba contemplar los males que había causado. Además, ¿de qué podía servir su presencia? Su único temor era encontrar á Camila en la escalera ó en las inmediaciones

de la casa; pero la divinidad especial que le protegía le evitó semejante disgusto.

Clara volvió á ponerse á trabajar, pero su cerebro no estaba para hacer aquella labor.

¡El misterio ya se había aclarado! Aquel era el motivo de los secretos reproches de Camila, de sus bur-las, de sus desdenes, de todas las cosas extrañas que desde hacía seis meses envenenaban su vida. Si Camila amaba á Pablo, era muy natural que censurase sus me-nores acciones, que se esforzase con sus palabras por arrojar á su rival en la sombra del olvido, de anonadarla. Todo esto le seguía pareciendo muy lógico, y Clara comprendió que nada podía ser más evidente,

¿Por qué semejante rivalidad? ¿Cómo siendo Camila tan orgullosa, tan altiva, tan susceptible había osado manchar su blancura de armiño con un amor semejante?

Al pensar en los hermosos principios que profesaba su amiga, la señora Brécart sintió compasión; ¿de qué servían aquellos pensamientos elevados, aquellas pala-bras austeras? ¿Para codiciar al esposo de otra? El des-precio más absoluto nació de repente en el alma de la joven, viéndose cien codos por encima de su desgracia-da rival.

¿Y Pablo? Al pensar que era á su esposo, á aquel ser noble y recto á quien Camila se había atrevido á diri-girse, la cólera de Clara estalló con furia; hubiese per-donado á la joven el haberle hecho daño; pero haber expuesto á Pablo á sucumbir, traicionar la fe del ma-trimonio, ¡eso no se lo perdonaría nunca!

—Nunca, nunca,—se dijo poniéndose en pie y cami-nando despacio por el salón, es preciso que yo la vea en

seguida aquí en mi casa, en el santuario que ha violado, pues en casa de los Frogé no le puedo hablar con cla-ridad.

Escribió en una tarjeta: «Tengo necesidad de verte» y la hizo llevar por un recadero.

Una hora después, Camila se presentó. Su antigua seguridad había disminuído desde el día anterior, y se presentaba en aquella casa con cierto miedo; el escrito de la señora Brécart era muy lacónico, para que pudiese adivinar lo que le pudiese querer, y sin embargo no auguraba nada bueno. Le era preciso acudir al llama-miento de su amiga ¿cómo negarse? Entró con inquietud casi asustada, pero ocultando sus temores, bajo la más-cara convencional de su sonrisa afable y seria.

—¿Me has mandado llamar?—le dijo—¿Qué me quieres?

Acercó su semblante al de Clara; ésta retrocedió un poco sin estrechar la mano que Camila le tendía. La se-ñorita Frogé palideció temblando de pies á cabeza; las dos mujeres se miraron un instante en silencio. Camila comprendía que Clara lo sabía todo. Sin embargo, su orgullo indomable le dió valor y no bajó los ojos. La hubiesen matado sin hacerle pedir perdón.

Además, un soberano desprecio hacia Pablo Brécart acababa de nacer en su corazón ante la idea de que so-lamente él podía haber descubierto su secreto. ¡Qué hombre por débil y tonto que sea no sabe defender la dignidad de una mujer, contra las expansiones de la in-timidación! Era indudable que los dos se habían burlado de ella, que le habían puesto en ridículo por ser víctima de un amor sin esperanza.

—¿Qué me quieres?—dijo esta vez con entonación breve é imperiosa.

Clara no se dejó intimidar; había tenido una hora de tiempo para coordinar sus ideas y le repuso con entonación firme y brillante:

—Quería decirte que amas á mi esposo.

Camila no pudo reprimir un movimiento de cólera; la señora Brécart estaba en posesión de toda su sangre fría, y el ultraje era más que sangriento. El orgullo de la joven le hizo tomar una decisión enérgica.

—Le amaba—repuso con altivez—pero desde que ha sido bastante vil para descubrir mi secreto á su mujer, ya no le amo, le desprecio.

A Clara le faltó poco para tapar con la mano la boca de quien acaba de insultar á su marido; pero supo contenerse y dió un paso atrás.

—¡Tú amas á mi marido, tú le has creído capaz de una cobardía; yo también le amo y ni un solo instante he sospechado de él! He aquí la diferencia entre tu amor y el mío.—Después de un breve silencio añadió:—Pablo nunca me ha hablado de ti. ¿Tú le has dicho que le amabas?

Camila, blanca de cólera y de vergüenza, siguió contemplando á Clara con los ojos rebosantes de odio y de desaffo. Véíase mortalmente herida, cuando se creyó traicionada podía aún luchar, ahora se arrepentía de haber renegado del amor de Pablo en el momento en que este se mostraba más digno que nunca.

—Ignoro—exclamó—el nombre del infame que me ha hecho traición; tú me dices que no ha sido él, te creo; en éste caso sigue siendo el mismo que antes, no ha perdido

nada de mi estimación... ni de su amor—concluyó diciendo con audacia.

—¡Traicionarte!—exclamó Clara.—¿Pero tienes necesidad de que te hagan traición? ¿Tú misma no te has descubierto cien veces? ¿No ha sido necesaria toda mi indulgencia, toda la necia compasión que tus desgracias me inspiran para permanecer ciega durante tanto tiempo ante tu conducta? En diferentes ocasiones he creído notar que tú no eras amiga mía, que tratabas de molestarte, de separarme de mi marido... Si he rechazado esta idea es porque no quería creer en el mal, porque tales sospechas me parecían indignas de mí... pero hoy que he abierto los ojos, te he hecho venir para decirte que todo ha concluído entre nosotras, que olvidaré tu nombre, tu existencia, y que...

—¿Y qué?—preguntó Camila con altivez.

—Que tu debes hacer lo mismo. No debías haberme obligado á que te lo dijese.

—Creo—repuso Camila con mala intención—que la mujer no tiene en la casa más autoridad que la que permite su marido. ¿Antes de despedirme le has pedido permiso á él?

Clara miró á su antigua amiga frente á frente y esta vez no se atrevió á sostener su honrada mirada, llena de una indignación que las palabras no podían expresar. Camila volvió la vista é hizo ademán de dirigirse á la puerta.

—Escúchame—le dijo la señora Brécart—es preciso que me oigas. Te conozco más de lo que crees, y hasta te diré que te compadezco. ¡Oh! á ti te parece bien mirarme con desdén; entre las dos, no soy yo quien es dig-

na de compasión; y este no es asunto de categoría ni de fortuna, es cuestión de carácter. Tú has querido ser perfecta, sustraerte á los errores y á los desfallecimientos de la vida ordinaria; has buscado en la existencia real la satisfacción de tus deseos, de tus sueños. Enrojece al pensar en la maternidad, me hallabas inconveniente cuando me veías abrazar á mi esposo... y he aquí que la naturaleza se venga de ti; ¡jamás al marido de otra! Conoces las palabras del Evangelio: «Aquel que ha cometido adulterio en su corazón es adúltero.» Pues bien, ese es tu castigo. Si fueses esposa de otro hombre no codiciarías á mi marido.

—Yo no he codiciado á tu esposo—interrumpió Camila;—el amor que yo siento, no tiene nada de común con lo que tú llamas por ese nombre.

—Camila, te pido perdón, pues lo que tú sientes por él no es más que una perversión de todo sentimiento honrado. ¡No es amistad, pues mi existencia te enoja y me odias! ¡No es amor, puesto que á ningún precio quisieras destruir tu pureza y dar hijos al hombre que amas! ¿Qué es sino un producto de tu espíritu enfermo? ¡Camila, yo te compadezco! Pero á los malhechores también se les compadece cuando caen en manos de la justicia, y sin embargo, la sociedad los rechaza. Así es, que te arrojé de mi casa, no porque te odie... yo no te odio, pero con el camino que has elegido no puedes hacer más que daño á ti misma y á los demás.

—Era inútil hablar tanto—repuso Camila abriendo la puerta;—no tenías más que haberme dicho por escrito que no volviese y nos hubiéramos evitado una escena ridícula.

—Yo no la encuentro ridícula—contestó Clara.—Ya ves la diferencia que hay entre nosotras. Tú te vas lanzando un sarcasmo, yo me quedo pensando en nuestra amistad que has destruído y manchado, mi corazón queda lleno de pesar.

Camila salió sin responder y Clara oyó cerrarse la puerta tras ella. Quedó inmóvil durante un instante; luego, cubriéndose el rostro con las manos, prorrumpió en llanto.

¡Qué de recuerdos de la infancia acudieron entonces á su imaginación en tan doloroso momento, desde la primera vez que sintió compasión por Camila, por la pobre huérfana, vestida de negro, con los ojos enrojecidos por el llanto; de la primera muñeca de que se privó por dársela á ella, hasta su encuentro durante la primavera última que le causó tanto gozo hallando otra vez á su amiga!...

—¡Ah, Camila!—murmuró—has abusado de mi confianza.

Lloró otra vez, esforzándose en vano en secar sus lágrimas. Llegó la noche. En el saloncito no había luz; Pablo que había llegado, penetró sin saber que su esposa estaba allí. Al oír aquellos pasos que conocía, Clara levantó la cabeza tratando de recobrar su aspecto normal, pero Pablo no se dejó engañar.

—Tú has llorado—le dijo con ternura—¿qué tienes?

La estrechó en los brazos apoyando sobre su hombro la fatigada cabeza de su esposa.

La joven vaciló un instante pensando: ¿qué le diré? Al fin se resolvió á hablar.

—Camila te ama y le he prohibido que vuelva.

—Pobre Clara, has debido sufrir mucho—exclamó Pablo estrechándola más contra su pecho.

—¡Ah, cómo me comprendes!—exclamó la joven en un arranque de amor y de gratitud.

—Tu también me comprendes—repuso Pablo con gravedad—¿no habrás dudado de mí?

—Si hubiese dudado, sería yo, quien se iría de aquí. Félix abrió la puerta del salón, avanzando á tientas y tropezando en los muebles.

—Papá ha vuelto y no me ha abrazado, eso no está bien.

El niño acabó por encontrarse con las rodillas de su padre, y agarrándose á ellas se esforzaba en subir; Pablo le cogió poniéndole en brazos de su esposa y estrechando en un abrazo á los seres que le eran queridos dijo:

—Clara, fuera de la familia, nada hay que sea hermoso y verdadero.

XIII

Camila caminaba sola á lo largo de los muelles. A salir de casa de Clara miró en dirección á la suya; pero no siguió el camino que allí la llevaba; por nada del mundo hubiese querido contar á sus tíos la escena que acababa de ocurrir; necesitaba tiempo para tranquilizarse y se puso á caminar sin rumbo fijo.

Una niebla espesa, saliendo del Sena, revestía los objetos de una especie de negruzco crespón; un frío húmedo se pegaba en las ropas, haciendo temblar á los transeuntes y que apretasen el paso; pero era difícil caminar sobre aquel suelo fangoso y resvaladizo; la aparición de la noche daba un aspecto triste á los grandes árboles del muelle.

Camila marchaba con lentitud hacia el hotel de Trémouille, atraída por el deseo malsano de apurar la copa del dolor y de recordar la amargura sufrida en aquel sitio. ¡Arrojada por la esposa después de haberlo sido por el marido! ¡Y cuán inmerecido lo encontraba la joven en su orgullo! ¡Era por haberse mantenido en una esfera ideal, por encima de todo lo que puede desagradar al ser humano, por lo que la infligieron tan terrible ultraje! ¿Para qué, pues, servían las aspiraciones elevadas, los sacrificios sobrehumanos? ¿A qué hacer

—Pobre Clara, has debido sufrir mucho—exclamó Pablo estrechándola más contra su pecho.

—¡Ah, cómo me comprendes!—exclamó la joven en un arranque de amor y de gratitud.

—Tu también me comprendes—repuso Pablo con gravedad—¿no habrás dudado de mí?

—Si hubiese dudado, sería yo, quien se iría de aquí. Félix abrió la puerta del salón, avanzando á tientas y tropezando en los muebles.

—Papá ha vuelto y no me ha abrazado, eso no está bien.

El niño acabó por encontrarse con las rodillas de su padre, y agarrándose á ellas se esforzaba en subir; Pablo le cogió poniéndole en brazos de su esposa y estrechando en un abrazo á los seres que le eran queridos dijo:

—Clara, fuera de la familia, nada hay que sea hermoso y verdadero.

XIII

Camila caminaba sola á lo largo de los muelles. A salir de casa de Clara miró en dirección á la suya; pero no siguió el camino que allí la llevaba; por nada del mundo hubiese querido contar á sus tíos la escena que acababa de ocurrir; necesitaba tiempo para tranquilizarse y se puso á caminar sin rumbo fijo.

Una niebla espesa, saliendo del Sena, revestía los objetos de una especie de negruzco crespón; un frío húmedo se pegaba en las ropas, haciendo temblar á los transeuntes y que apretasen el paso; pero era difícil caminar sobre aquel suelo fangoso y resvaladizo; la aparición de la noche daba un aspecto triste á los grandes árboles del muelle.

Camila marchaba con lentitud hacia el hotel de Trémouille, atraída por el deseo malsano de apurar la copa del dolor y de recordar la amargura sufrida en aquel sitio. ¡Arrojada por la esposa después de haberlo sido por el marido! ¡Y cuán inmerecido lo encontraba la joven en su orgullo! ¡Era por haberse mantenido en una esfera ideal, por encima de todo lo que puede desagradar al ser humano, por lo que la infligieron tan terrible ultraje! ¿Para qué, pues, servían las aspiraciones elevadas, los sacrificios sobrehumanos? ¿A qué hacer

aquellos sacrificios constantes, para librarse de las cosas mortales, si la vergüenza y el insulto debían ser su única recompensa?

Un solo consuelo quedaba á Camila; Pablo Brécart había respetado su secreto; la joven no pensó en Mirmont; semejantes combinaciones no entraban en sus ideas: pensó que Clara podía haber sido advertida por los criados, pues aun no había olvidado la mirada que el día antes le dirigió el portero, ó bien por el perverso instinto de mujer celosa.

Pablo seguía siendo su ídolo, ¡pero cuán cruel había sido con ella! Y además, ¿qué podía esperar de aquel hombre impulsado por su mujer injustamente irritada?

Por aquella parte todo había concluido por completo. Y, cosa extraña: Camila sintió una especie de consuelo al pensar que Pablo ya no era nada para ella. Se había aferrado á aquel amor, á la vez que creía librarse de él, y en el momento en que veía su impotencia ante la realidad, sentía una especie de alegría, semejante á la de los luchadores vencidos, pues al acabar la pelea, están seguros de no recibir más golpes, y cuentan con la noche para reposar y curarse los recibidos. Esta clase de contento no es más que la natural cobardía de la humanidad ante el sufrimiento físico ó moral; pero en aquel instante, Camila no estaba para hacer distinciones filosóficas.

Pablo había dejado de existir para ella; se crearía una nueva vida en la que la imagen hasta entonces querida no existiría; tembló pensando en el vacío que quedaba en su corazón. Pero ¿á qué pensar más en este asunto? ¿Qué objetivo tendrían ahora sus pensamientos

y sus acciones? El misticismo que siempre había guiado sus actos podría ofrecerle un refugio; pero los sentimientos religiosos de Camila eran superficiales, aplicados á la letra y no al espíritu; no era en el claustro donde podía hallar consuelo; pues en el fondo de su conciencia nunca aprobó que Jesús perdonase á la mujer adúltera, aquello fué una debilidad por parte del Señor, perdonable únicamente, por su gran bondad y por su esencia divina. ¡Cuántos no piensan lo mismo entre los que profesan las máximas más edificantes! Por éstos ha sido condenada la fe cuando no la acompañan las obras.

¿En dónde encontraría Camila la paz y el reposo? Seguía caminando á lo largo del muelle perdida en la opaca noche. Alumbrada por la difusa luz de los mecheros de gas; vagaba con paso turbado y distraído, sintiendo los efectos de la fría humedad. De pronto se detuvo, sus pensamientos la habían llevado al sitio en donde dos días antes evocó tan tristes imágenes.

Aquí es donde un desesperado vendría á poner fin á sus angustias—había dicho. ¿Sería ella el alma dolorida que sólo podría encontrar remedio en la muerte? Permaneció inmóvil un momento; después volvió á continuar la marcha con paso más rápido, bajando hasta la orilla del agua.

Aquel sitio era más lúgubre que nunca. Largos maderos ennegrecidos avanzaban hasta sumergirse en la corriente; algunas piedras blanquecinas formaban manchas en la sombra gris, y á su alrededor se reflejaba en el cielo la siniestra luz de París, alumbrado por el gas.

—¿Qué iba á hacer á aquel sitio? La joven retrocedió dos pasos, y sentándose sobre una piedra se puso á me-

ditar la necesidad de apurar hasta el fondo la copa del sufrimiento; la voluptuosidad amarga de una muerte próxima, inmediata, la había llevado hasta allí; ningún pensamiento suicida se mezclaba en su mente, pero Camila en su imaginación malsana y extraviada, no temía abordar todos los crímenes, á fin de conocer su sabor. Tenía una satisfacción íntima en sentirse más fuerte que los que se suicidan, en mojar sus pies en el cauce donde tantos se sumergieron y en decirse:—¡Yo no iré tan allá! Lo hacía por debilidad, el amor al deber ó por el amor á la vida? Nadie sabría definir este punto; pero en el fondo de su conciencia, la orgullosa joven se dijo que era amor al deber, y su vanidad la levantó un nuevo pedestal.

¡En el fondo qué le podían importar aquellas gentes despreciables! Pablo que sobre todo prefería las delicias materiales del matrimonio, Clara que no sabía apreciar su estimación y la acusaba de haberle querido robar á su esposo, ¡á su marido!... ¡Es que Camila podía amar al marido! Era á Pablo á quien había amado, no al marido de Clara! Se detuvo ante la idea de que en efecto, le había amado; ¡pero aquello era un pasado completamente muerto! ¡Ya no amaba á Pablo ni á nadie!

¿Y qué? ¡tanto mejor! ¡Libre de cuidados por los demás, que tanto le habían agitado, iba al fin á vivir para ella. Semejante idea la hizo estremecer de júbilo, y sintiendo algún frío se levantó. Maquinalmente sus pasos la llevaron hacia el muelle, y allí sin vacilación tomó el camino de su casa.

No era solamente la sopa lo que ya habían comido los esposos Frogé, sino también el pescado, lenguado al

gratin que tanto gustaba á Sebastián, y el asado; los restos de la ensalada se veían esparcidos por la fuente, y aunque los esposos no tuviesen hambre, habían comido por enojo, aun á trueque de una indigestión.

—Hay que hacerle creer que no nos incomoda su conducta—había dicho Isabel.—Tengo la seguridad, de que así nos obedecerá. Comámonoslo todo, Sebastián, y ya veremos lo que dice.

Camila entró con la cabeza levantada, había hallado un nuevo equilibrio y se sentía más fuerte que nunca: sus ojos brillaban con dureza, su desdinoso labio estaba más arqueado y se presentó como si tuviera que rechazar un desafío. En efecto, la vida era para ella un perpetuo desafío.

—Camila, ya hemos acabado—dijo la señora Frogé con una tranquilidad no exenta de reproche.

—Tía, ha hecho usted bien—repuso la joven.

Isabel miró con asombro á Sebastián, que no estaba menos estupefacto que ella.

—Cuando comas fuera de casa, ten al menos la atención de avisarnos; no es nada divertido tener que esperar á alguien que no viene.

—Tío, no he comido fuera de casa—repuso Camila cortando un pedazo de pan.

No tenía hambre; pero no quería ceder.

—¿De dónde vienes?—le preguntó su tía con una entonación más fuerte que de costumbre.

—Me he paseado—repuso la señorita Frogé sirviéndose un vaso de agua, y dirigiéndose á la sirvienta que le había traído un pedazo de pollo, añadió:—Llévese usted todo eso, no me gusta el asado.

La cocinera, sorda y vieja, no había oído las palabras; pero la comprendió en el gesto, y mucho mejor aun cierto fruncimiento de cejas de la señora Frogé, que no había visto en su vida más que tres ó cuatro veces, pero que siempre fueron presagio de furiosa tempestad.

Se retiró cerrando la puerta con precaución sin hacer ruido.

—Camila, ¿quieres decirme lo que significa todo esto? —dijo la señora Frogé.

—¡Dios mío, tía esto no significa nada! No tenía hambre y me he paseado en vez de venir para sentarme ante una mesa en la que nada había de comer; no veo que esto tenga nada de particular!

—¡Camila! —exclamó Sebastián golpeando la mesa con la mano. —Acabas de faltar á tu tía, discúlpate en seguida.

Al oír esta palabra, la joven saltó como si hubiese recibido un latigazo.

Después de lo que había sufrido por la tarde, aquella escena vulgar de familia le parecía un exabrupto.

—Tío —exclamó, —esto es una verdadera persecución y yo no sé cómo interpreta usted mis actos; tiene usted la manía constante de hallarme siempre faltas, y le declaro que no me someto á su exigencia!

—¡Encontrarte faltas! —exclamó Isabel, mientras que Sebastián, sofocado, se ponía de color carmesí —¡pero, desgraciada, si no hacemos otra cosa más que soportar tus caprichos! ¿Cómo no ves que ya hemos llegado al límite de la paciencia?

—Yo también, exclamó Camila cruzándose de brazos.

El vaso de agua que acababa de beber calmó su primer arrebató; pero sin quitarle nada de su cólera, lo que le daba notable ventaja sobre los dos viejos, que estaban fuera de sí por la extraña situación en que la joven se había colocado.

—¡Yo también estoy al cabo de mi paciencia! No es bastante tener que soportar las manías de ustedes, sus continuas reprimendas, vivir aquí entre sus jilgueros y la cocinera sorda y vieja, y oír hablar continuamente de cosas de cocina, cuando yo odio el sibaritismo; es preciso también obligarme á que venga en horas fijas, so pena de tener que presenciar las más ridiculas escenas. ¡Pues bien! no tío, no tía! Quiero ser dueña de mis acciones, tengo veinticinco años cumplidos y soy mayor de edad; respondo de mí y no quiero depender más que de mí.

—Está bien, Camila —dijo Sebastián mudando de color —desde mañana saldrás de nuestra casa, puesto que desdeñas esta protección modesta, pero segura.

—Sebastián, eso no puede ser —exclamó Isabel oprimiendo un brazo de su marido para atraerle mejor á la razón —¡es huérfana!

—¡Dios supo bien lo que hacía cuando la dejó huérfana —repuso Sebastián ahogando un sollozo —no era digna de que le viviesen sus padres. ¡Los míos murieron cuando yo tenía más de veinticuatro años!

Camila enojada por el cariz que tomaba la cuestión, pensó que necesitaba hacer concesiones para restablecer la paz.

—Vamos tío —dijo —usted siempre ha pretendido que yo era una original; ponga mis paseos en la cuenta de

la originalidad y prométame que no me esperará más.

Sebastián, que había recobrado su firmeza, con grande asombro de Isabel, que le hacía señas para que aceptase estas palabras como una excusa, dijo á Camila.

—Sobrina, has perdido la cabeza, te trataremos como á una niña enferma, considerando que en realidad lo estás. Por esta vez seremos indulgentes contigo; pero si en lo sucesivo vuelves á faltar al respecto que nos debes, dejaremos de tratarte como á una hija y en esta casa no serás más que una extraña á la cual mostraremos compasión á pesar de sus insolencias.

De todas las palabras del idioma la de *compasión* era la que más molestaba á Camila y hacía dos días que todo el mundo parecía estar de acuerdo para arrojársele á la cara.

—Tío, no necesito compasión—dijo con altivez—si usted está causado de mostrarse cariñoso conmigo, lo dice; eso será mucho mejor que perseguirme en la forma que lo hace.

—¡Está loca, Sebastián, está loca!—exclamó Isabel leyendo en el semblante de su marido todos los indicios de una cólera terrible—Déjala que se tranquilice, después no sabrá lo que ha dicho.

Medio por el cariño, medio á la fuerza, llevó á Sebastián á la alcoba, donde sufrió un violento acceso de dolor; durante más de una hora tuvo que irle administrando agua de melisa y flor de naranjo, no logrando calmarle más que con buenas palabras que enternecían su noble corazón.

Camila al quedarse sola en el comedor, paseó en torno suyo una mirada de satisfacción; todos aquellos ob-

jetos que le eran tan conocidos, le parecían ahora feos y desagradables. ¡Sí; aquella casa le era odiosa! hubiese querido poderla hacer polvo. ¿Le sería necesario vivir allí siempre? Sabía perfectamente el valor de la protección que sus tíos le dispensaban; al tenerla á su lado le garantían una posición social, saliendo de aquella casa perdería en seguida todas sus lecciones.

Llena de cólera contra la sociedad entera, contra esa sociedad mal formada, extravagante, idiota, que no quiere aceptar más que las cosas rutinarias y que no saluda más que á los que *son como todo el mundo*, Camila se retiró á su habitación.

Abrió el cajón en el que guardaba sus papeles y sacó la famosa carta origen de tantos males, y la miró un instante con despreciativa sonrisa.

¡Y por semejantes personas había sufrido tantas pesares! ¿Porque un ingeniero parisién se presentó en la pequeña ciudad y puso los ojos en el dote de Clara Laugé, una joven insignificante, ella, Camila, llena de inteligencia y de virtudes, radiante de hermosura, había perdido seis años de vida? Tuvo compasión de sí misma, y arrugando el viejo papel amarillo lo quemó en la bujía y lo arrojó á la chimenea mirando como se consumía.

—Esto ha concluído para siempre—se dijo cuando no quedaba más que un poco de ceniza negra.

Permaneció largo tiempo sentada ante el motoncito de cenizas que el viento movía al pasar por la chimenea. Las miraba sin verlas, pensando, en multitud de cosas pasadas, hasta entonces tenidas en olvido. Su infancia, sola al lado de sus padres, en una casa triste;

luego la muerte de su madre, su triste vida de adolescencia al lado de un padre triste y melancólico, cuya pérdida la dejó sola y sin recursos; todos estos recuerdos le asaltaban para aumentar sus amarguras, sintiéndose abrumada por un dolor indefinible, sumergida en un mar de angustia.

¿La causa de tantos sufrimientos? No le era difícil encontrarlos ¡la pobreza! No la pobreza confesada francamente, que pasea con indiferencia por las calles sus ropas raídas, desteñidas por lluvia, por el sol y el continuo lavarla, sino la pobreza oculta que lleva trajes decentes, logrados á fuerza de privaciones. Cada traje nuevo costaba á Camila estarse durante el invierno varios meses sin fuego, en verano cenar pan seco y beber sólo agua; entonces era joven y estoica en el fondo de su alma, inquietándola poco semejantes miserias; pero el recuerdo de aquel tiempo le era más duro ahora que en aquella época.

La pobreza era la mayor enemiga de Camila, ahora lo veía. ¿Cómo aquella pobreza, de la que siempre se mostró amiga, de la que estaba tan orgullosa, y que varias veces había enarbolado por bandera, como un padrón destinado á defenderla, contra las debilidades de la vida; cómo—repetía—aquella pobreza que consideraba un honor, le declaraba la guerra de repente? Se guardó muy bien de pensar que su inmenso orgullo arrojado de las regiones ideales en que hasta entonces se había mantenido, inspirándole la necesidad de dominar á sus semejantes, era su verdadero enemigo.

La vida en casa de sus tíos se le hacía insoportable. Si no podía proceder á su capricho, obrar según su gus-

to, ¿qué era aquella casa hospitalaria más que una prisión?

Pensó en librarse de aquella tiranía, alquilando un cuartito, en donde podría gozar de entera libertad; pero tuvo que renunciar á este proyecto; pues comprendió que para ponerlo en ejecución habría de reñir con sus tíos, y las consecuencias naturales de esta ruptura serían para ella la pérdida de sus lecciones.

¿Qué hacer? ¿Hacia qué lado dirigirse? ¿El convento? Camila comprendió que nunca podría plegarse á la regla estrecha del convento. Si hubiese sido en época de los santos, se hubiera cubierto con júbilo con el manto de una santa, reconocida como á tal y beatificada en vida, pero ¿qué le importaba la existencia ejemplar y las virtudes de una humilde superiora cuyo nombre no era conocido de nadie, durante su vida, ni glorificado á su muerte? Lo que necesitaba Camila era la ambiciosa satisfacción de ser, si no la primera, al menos figurar entre ellas, ser amada y estimada por todos aquellos entre quienes tuviese que vivir.

¡La sociedad había sido ingrata para ella! Siempre había procedido bien, prodigando lo mejor de su vida á personas que nunca la quisieron: sus tíos eran incapaces de comprenderla; eran seres materiales, aferrados á la prosa de la vida; no podían apreciar más que las delicias de una buena comida, y cuando más el mérito de saberse someter á las costumbres de la sociedad burguesa y mezquina. Clara era una mujer necia y orgullosa, infatuada con su dignidad de esposa, y como los Frogé incapaz de deshacerse de los estrechos prejuicios. ¿Pablo? ¡Oh, este le había engañado por completo! Com-

fiando en su exterior poético, en las palabras que antes salieron de sus labios, en aquella constante glorificación de lo ideal, que antes era su preocupación, había seguido amándole, mientras él se hundía en las vulgaridades del matrimonio, convirtiéndose en un hombre como los demás; y ahora se colocaba muy por debajo de los otros.

Uno solo se había mostrado más digno que los demás; uno solo le había demostrado la grandeza y nobleza de su carácter: era Mirmont. Mirmont le propuso olvidarse de que él a había amado á Pablo si consentía en darle su mano Camila se sumió en profunda meditación.

Esforzándose en reconocer las ventajas de esta unión material, se mintió una vez más; hizo un héroe de Mirmont para ocultarse á sí misma que era rico y que llegaría á encumbrarse. Voluntariamente, con la tenacidad que le era peculiar, puso en olvido el deseo demostrado por sus tíos de verla casada con el funcionario, llegando casi á persuadirse de que eran enemigos de este matrimonio. Como su norma era demostrar la firmeza de carácter, cuando se convenció de que sus tíos eran sus enemigos, que les desagradaría verla casada con Mirmont, y que la incitaron á casarse para deshacerse de ella, Camila no sintió ninguna vacilación. Arrojando á sus pies el orgullo femenino, á decir verdad, cegada por sofismas que disculpaban toda humillación, Camila se puso á escribir á Mirmont:

Caballero

Usted me ha invitado á que reflexione sobre su pro-

posición y siguiendo su consejo así lo he hecho. Estoy pronta á recibirle para hablar con usted.

Camila Frogé.»

Al firmar, la joven vaciló un instante, y cogiendo otra hoja de papel escribió con rapidez y mano firme, firmando: *Camila Mirmont*. Sus ojos se fijaron con complacencia sobre aquel nuevo nombre, y una sonrisa de triunfo iluminó su semblante. ¡Esta vez había vencido!

Se durmió casi en seguida con la satisfacción de un general que acababa de ganar una batalla, y á quien los lamentos de heridos y moribundos no turban el sueño, pues sabe acallar la compasión de su espíritu. ¿La guerra no exige esta necesidad cruel? Lo mismo sucedía con los sentimientos de Camila.

Al siguiente día, á eso de las cinco de la tarde, Mirmont, que había recibido la carta estando en la oficina, se presentó en casa de Frogé. Sebastián daba su paseo de costumbre, é Isabel estaba en la cocina vigilando á su vieja criada en la preparación de unos platos delicados con los que pensaba consolar á su esposo del disgusto del día anterior.

Mirmont fué introducido en el salón, mientras la señora Frogé se lavaba las manos con apresuramiento, preguntándose qué querría decirle, y se encontró con Camila esperándole de pie, con el corazón oprimido, pero en actitud tranquila.

Otro se hubiese mostrado orgulloso al ver al adversario vencido á discreción. Gustavo fué más hábil; ya tendría tiempo de triunfar, puesto que el matrimonio es

indisoluble! Se acercó á Camila en actitud humilde, besándole la mano con respeto; la hizo sentar en un sillón y después tomó una silla y se sentó él á respetuosa distancia.

Tranquila por aquella actitud, Camila recobró toda su calma.

—¿Ha recibido usted mi carta?—dijo con entonación firme.

—Gracias á ella me he permitido presentarme ante usted—repuso Mirmont sonriéndose para romper el hielo.—Sin su consentimiento nunca hubiera dado un paso que podría serle desagradable.

Camila no pudo menos que pensar en que Gustavo era muy bien educado, y en las ventajas morales que pueden proporcionar la observancia de las reglas de cortesía, pero ¿cómo decirle á un caballero rechazado dos ó tres días antes que se ha cambiado de opinión?

Mirmont le evitó también este trabajo, no sin comprender que así adquiriría una ventaja más sobre ella, ventaja que después seguiría conservando.

—¿Me autoriza usted á pedir su mano al señor Frogé?—preguntó con dulzura.

Camila vaciló un instante, la palabra que iba á pronunciar era trascendental. Un vago remordimiento le produjo repentina inquietud; ¿sería buena esposa para aquel hombre? ¿Podía jurarle, sin perjurio, amor y fidelidad? ¿No se lanzaba á una terrible aventura, con malos sentimientos, que debía rechazar, en vez de la calma y la paz en el corazón, que debe presidir todo casamiento verdaderamente respetable? Sintió que su conciencia no estaba tranquila.

—No es culpa mía—se dijo con cólera,—son ellos los que me han perturbado, ellos y no yo, son los culpables.

—Le autorizo á usted, señor Mirmont—añadió—pero con una sola reserva, y es que no me exija que vea nunca á los Brécart.

—Esta petición está de acuerdo con mis propios deseos.

En aquel momento, la señora Frogé, que había concluido de secarse las manos, se presentó en la puerta del salón, muy inquieta pensando en las tonterías que su sobrina hubiese podido hacer ó decir á Gustavo Mirmont, asombrándose al verlos en tan buena armonía.

Cuando su pretendiente iba á hablar para hacer á la buena señora su petición oficial, Camila le cortó la palabra; no tenía intención de pedir permiso á sus tíos; aquel paso que la cortesía obligaba á dar á Mirmont, era para ella una cosa humillante, sobre todo después de la escena de la víspera.

—Tía, me caso con Mirmont—dijo.

—Si usted tiene á bien darme su consentimiento—añadió el funcionario, resuelto desde el principio á no dejar atropellar su autoridad conyugal.

—¡Ah, caballero, con mucho gusto!...

¡Ya lo creo que se la concedo!—exclamó la buena mujer.—¡Picarona! ¿De modo que lo has pensado? Has hecho bien y serás feliz; señor Mirmont, es preciso que le abrace.

Mientras Camila sonreía con desdén, la señora Frogé recibía el abrazo de su nuevo sobrino, y después la joven tuvo que inclinar su frente altanera para recibir el beso de su tía.

En tanto, llegó Sebastián, sonrosado y alegre; su paseo le había despertado el apetito; de la escena de la víspera no le quedaba más que un recuerdo desagradable que se esforzaba en desvanecer.

Isabel al verle exclamó:

—¡Amigo mío! ¡Camila se casa con Mirmont!

En su sorpresa, Sebastián dejó caer el bastón, que Gustavo se apresuró á recoger con la atención de un sobrino afectuoso. Dió las gracias maquinalmente, después miró á su sobrina con atención, indudablemente debió leer en su rostro algo extraño cuando le dijo con entonación afectuosa, pero que ocultaba un secreto reproche.

—¿Te casas con Mirmont? ¿Supongo que no será para darnos gusto?

Camila adivinó la intención de aquella pregunta y su orgullo se sublevó.

—No—repuso con viveza,—lo hago por mí.

—¡Bien dicho!—dijo Mirmont estrechando con galantería la mano de su prometida.

Sebastián miró á Camila y un instante después movió la cabeza.

—Es una buena palabra—replicó con lentitud,—sí, es una buena palabra, usted puede estar contento. ¡Pues bien, Camila, yo te felicito!

—¿Y á mí señor Frogé, no me felicita usted?—repuso Mirmont con jovialidad.

—Sí, á usted también, señor Mirmont—repuso el anciano casi á la fuerza,—espero que Camila será una buena esposa y que serán ustedes felices.

La alegría de Isabel iba en aumento; su júbilo ocul-

tó á los ojos de Mirmont las inquietudes que la reserva de su esposo hubiesen podido despertar en él; sin embargo, adivinó que allí debía haber ocurrido algo anormal, pero se abstuvo de preguntar. Después de todo, aunque Camila hubiese estado de mal humor con sus tíos, esto no tenía por qué asombrarle.

Como era de un natural curioso, hubiese dado cualquier cosa por saber lo que había pasado en el tiempo que medió entre la visita que hizo á la señora Brécart y la carta de Camila: pero cada cual suele llevarse á la sepultura un deseo no satisfecho, una aspiración no realizada y algo de esto debía ocurrir aquel día á Gustavo.

Todos juntos comieron en el reducido comedor, con muebles de caoba tapizados de negro, con tanta alegría que los jilgueros despertados por el ruido también se pusieron á cantar.

La comida fue excelente; en otro caso Isabel no se hubiese permitido invitar á su futuro sobrino.

—Cuando usted sea mi esposa—dijo éste á Camila, que según su costumbre no comía más que pan y bebía agua—será necesario que se acostumbre á comer algo más que aire puro, ¡pues sino no la perdonarían los convidados!

Camila se sonrió, aceptando un ala de ánade; la idea de tener convidados á su mesa era lo bastante atractivo, hasta para hacerle comer asado á pesar de la repugnancia que sentía por él.

Después de algunas horas, cuando Mirmont se retiró, y mientras Isabel arreglaba la vajilla, Frogé llamó aparte á su sobrina.

—Camila—díjole con una seriedad que no acostum-

braba á emplear,—tú has aceptado á Mirmont; no necesito decirte que á nosotros nos alegra mucho, pues este casamiento te da una posición y una fortuna que no esperábamos. Pero tú no llevas al matrimonio nada de lo que ha hecho que tu tía y yo, á pesar de nuestras penas, seamos dichosos... un cariño y un amor sincero para el esposo.

—Tío...—dijo Camila impaciente y molesta por el sermón.

—Escúchame—añadió con una autoridad que la impuso silencio:—lo que voy á decirte nunca hubiese salido de mi boca; pero es preciso que lo oigas. Tú no amas á Mirmont, te casas por ambición, por cólera, tal vez por despecho: el consentimiento que hoy le has dado, después de la escena de ayer y de la negativa anterior, es una prueba de que no son únicamente los buenos sentimientos los que te guían. Esto es cosa tuya; lo dilucidarás entre tu conciencia y tú; pero acuérdate de que mientras seas soltera esta casa es la tuya, pero con la condición que has de respetar á tu tía y á mí, pues á ello tenemos perfecto derecho; ahora bien, esta casa se te cerrará por completo, si por tu culpa eres desgraciada en tu matrimonio. Has querido proceder sola, justo es que soportes todas las consecuencias y responsabilidades.

—Tío, esté usted tranquilo—dijo Camila sonriendo con altanería;—no volveré.

Herido en el corazón por esta respuesta, el anciano se fué; al quedarse sola Camila sintió una especie de pesar; había estado dura con su tío ¿no debía ir á darle una ligera explicación? ¿Su edad y su título de tío no le autorizaban á darle esa serie de continuos consejos que

á veces parecían reprimendas? ¿Aquel momento de nobleza fué ahogado por el orgullo?

—Quieren librarse de mí—pensaba—y tienen miedo que vuelva... ¡Están en un error, por este lado nada tienen que temer!

Isabel entró; no había visto á su esposo, y en su alegría maternal puso una mano sobre el hombro de su sobrina y mirándola con dulce júbilo le dijo:

—¡Y bien, Camila! vas á ser rica. ¡Tu esposo es muy amable y muy bueno..! Desgraciadamente no tienes dote: pero todo lo que nosotros poseemos ha de ser tuyo. Entre tanto hay que hacerte el ajuar, y yo voy...

—Tía—repuso la joven—para mí no haga usted nada, porque no lo aceptaría. Mirmont se casa conmigo tal como soy; entraré en su casa con lo poco que tengo: nada más.

—¡Pero desgraciada, y el traje de boda!...

—Tengo trescientos francos, me casaré con un traje de *cachemir* blanco; tía, no insista usted, porque sería inútil.

Isabel quedó consternada.

—¿Nos odias?—dijo llenándosele los ojos de lágrimas.

—No, querida tía; pero soy orgullosa y no quiero deber nada, más que á mí misma.

Isabel se puso á pasear por el salón pensando que una vez casada, Camila tendría que debérselo todo á su esposo.

Al cabo de algunos instantes se detuvo ante su sobrina diciéndole:

—¡Ojalá seas dichosa! ¡Es tan difícil saberse conducir en el matrimonio! Eso no se aprende más que á la

larga. Deberías pedir consejo á la señora Brécart; no he visto matrimonio que se lleve mejor.

Camila se estremeció; estaba lívida, sus ojos lanzaban llamas.

—¿Te has disgustado con ella?

—No es un disgusto, es una ruptura completa. No hablemos más de esto ó me incomodaré con usted.

Isabel miró con atención á su sobrina y una sospecha de la verdad cruzó por su cerebro. Aquel continuo malhumor, aquellos paseos nocturnos, aquella irregularidad de costumbres ¿no comenzó con la llegada de los Brécart?

Isabel movió la cabeza y, dando las buenas noches á su sobrina, se retiró sin añadir una palabra.

XIV

El matrimonio se celebró el 9 de Diciembre, con la mayor rapidez posible; Mirmont no era hombre para llevar las cosas con calma. La ceremonia fué magnífica; funcionaron los órganos, se encendieron los cirios, se alfombró el altar permaneciendo los suizos de la iglesia con las alabardas terciadas, no faltó nada. Hubo en el templo un millar de concurrentes. Del centro se destacó Mirmont conduciendo de la mano á Camila vestida de *cachemir* blanco, semejante á una estatua antigua, reformada por la moda moderna, con aquellos pliegos suaves que tanto agradaban á los romanos.

No le desagradaba á Gustavo Mirmont, condecorado el día antes, mostrar á toda la sociedad parisién, que se casaba con una joven sin fortuna, jesto indica en muchos casos que un hombre lo hace por amor!

Los diamantes que Camila llevaba en el cuello y en las orejas, sus monturas nuevas y relucientes indicaban que concluían de salir de la joyería. Era un regalo del feliz novio.

—Permítame usted—le dijo Camila—que no me los ponga para la ceremonia; quiero casarme con los adornos que mi pobreza me permite.

larga. Deberías pedir consejo á la señora Brécart; no he visto matrimonio que se lleve mejor.

Camila se estremeció; estaba lívida, sus ojos lanzaban llamas.

—¿Te has disgustado con ella?

—No es un disgusto, es una ruptura completa. No hablemos más de esto ó me incomodaré con usted.

Isabel miró con atención á su sobrina y una sospecha de la verdad cruzó por su cerebro. Aquel continuo malhumor, aquellos paseos nocturnos, aquella irregularidad de costumbres ¿no comenzó con la llegada de los Brécart?

Isabel movió la cabeza y, dando las buenas noches á su sobrina, se retiró sin añadir una palabra.

XIV

El matrimonio se celebró el 9 de Diciembre, con la mayor rapidez posible; Mirmont no era hombre para llevar las cosas con calma. La ceremonia fué magnífica; funcionaron los órganos, se encendieron los cirios, se alfombró el altar permaneciendo los suizos de la iglesia con las alabardas terciadas, no faltó nada. Hubo en el templo un millar de concurrentes. Del centro se destacó Mirmont conduciendo de la mano á Camila vestida de *cachemir* blanco, semejante á una estatua antigua, reformada por la moda moderna, con aquellos pliegos suaves que tanto agradaban á los romanos.

No le desagradaba á Gustavo Mirmont, condecorado el día antes, mostrar á toda la sociedad parisién, que se casaba con una joven sin fortuna, jesto indica en muchos casos que un hombre lo hace por amor!

Los diamantes que Camila llevaba en el cuello y en las orejas, sus monturas nuevas y relucientes indicaban que concluían de salir de la joyería. Era un regalo del feliz novio.

—Permítame usted—le dijo Camila—que no me los ponga para la ceremonia; quiero casarme con los adornos que mi pobreza me permite.

—Perdón, si soy de parecer contrario—repuso Mirmont—á mí me conviene demostrar que la estimo y este obsequio afirma mi ternura.

Camila obedeció; además la belleza de los diamantes es cosa harto agradable para que una mujer se niegue á adornarse con ellos.

Los esposos Brécart fueron invitados á la ceremonia á pesar de la oposición de Camila, que al saberlo se hubiese incomodado; pero Mirmont con su suspicacia supuso que no asistirían, contentándose con enviar tarjetas.

Al terminar el banquete de bodas los recién casados tomaron el tren para pasar en Niza ocho días. Los esposos Frogé, después de acompañarlos á la estación, regresaron á su casa.

—¿Y bien?—dijo Isabel que en su cualidad de mujer era más atrevida.

Sebastián después de pasear sus miradas por el comedor revisando los objetos que le eran tan familiares, repuso:

—Pienso que nos hemos quedado muy tranquilos.

—¡Y muy solos!—suspiró Isabel con lágrimas en los ojos.

—Pero muy tranquilos—repitió Sebastián con firmeza.—Isabel, no llores, harías mal en ello.

—Después de siete años de vida común—exclamó la buena mujer—se marcha de este modo.

Sin pesar, Isabel, sin acordarse de nosotros, y he aquí por qué seríamos unos insensatos al afligirnos por su causa. Oyeme,—añadió mirando á su esposa con ternura—las gentes creen que soy un viejo chocho, un glo-

tón, que prefiere comer bien y estar cómodo, sobre todas las cosas.

—¡Oh!—exclamó Isabel indignada.

—Deja que las gentes digan lo que quieran; es verdad, me gusta comer bien porque con esto no hago mal á nadie; me gusta seguir mis costumbres porque tienen para mí recuerdos muy queridos, cosas que están en mi corazón; pero yo no soy un viejo egoísta, ¡no Camila es una joven sin corazón; será una mala esposa, á no ser que su marido la sujete con mano firme.

—¡Oh! Sebastián, Camila no es mala—exclamó Isabel en medio de un torrente de lágrimas.

—No es perversa, pero es mala; es orgullosa y egoísta. Impidamos que sufra nuestro corazón por su culpa y tratemos de ser felices, y no vivir mucho tiempo más, pues esto sería un verdadero error.

Los dos, emocionados, con el corazón henchido, dejaron el comedor para ir á instalarse ante el fuego que ardía en la chimenea del saloncito.

Al regresar, los recién casados, se presentaron en sociedad de una manera brillante. Por un momento la política pudo deslucir la carrera de Mirmont, pero es hombre inteligente que sabe amoldarse á las circunstancias y ha cobrado nuevos empujes.

Hacia la mitad de la cuaresma asistieron los esposos Mirmont á una brillante velada musical dada en el ministerio; de pronto se dirigieron sus miradas hacia una pareja que atraía la atención de los concurrentes. Era Brécart y su esposa. El también llevaba una cinta roja

en el ojal, concedida el día anterior y todos se apresuraban á decirle que la había ganado bien.

Al ver á Clara radiante de alegría, con tranquilo orgullo, muy diferente del que animaba á Camila, no pudo ésta reprimir un movimiento de rabia. Si, Clara era una mujer feliz, gozaba del triunfo de su esposo, no solamente con su orgullo, sino también con su ternura.

—Vámonos—dijo á su esposo—me has prometido que nunca volvería á verlos.

—Quieres que haga un papel ridículo—repuso Mirmont, sonriéndose con dulzura.—Brécart es uno de los hombres más influyentes que hay aquí, y no puedo correr el riesgo de hacerle enemigo mío.

—Pero tú me prometiste...

—Te prometí no llevarte á su casa, ni hacerles venir á la mía, pero nunca el impedir que en sociedad pudieses encontrarte con ellos.

Estrechó ligeramente la mano de su esposa que se apoyaba en su brazo, la acompañó hasta un asiento, para ir después á reunirse al grupo que rodeaba á Brécart.

Camila empieza á sufrir, desde que se pregunta si debe continuar estimando á su marido, y la pregunta no es fácil ni agradable de contestar. Además, el cielo se ha encargado de castigarla, pues ella, que detesta á los niños, muy pronto será madre, y personas competentes se preguntan si el cielo, en su clemencia, no le otorgara unos gemelos. Esto el tiempo nos lo ha de decir.

FIN

ONE
PO
.D
A